

ANNA CIDDOR

El país del hielo



MAGIA 3 VIKINGA

Lectulandia

Cuando Oddo vio al joven esclavo de Grimmr comer las semillas que había dejado para alimentar a los pájaros, pensó que aquel chico estaba rematadamente loco. Pero la prudencia y sabiduría de Thora le convencieron de algo distinto: el pobre desdichado comía las semillas a causa del hambre que padecía. Compadecida de la mala fortuna del muchacho, pocos días después Thora se acercará con cautela hacia él con el fin de llevarle algo de comida y ropa de abrigo. Así averiguará su nombre, Dúngal Mac Flainn, además de la trágica forma en que había sido arrancado de entre los suyos para servir como esclavo en las gélidas tierras vikingas.

Conmovida por su relato, Thora tramará amistad con Dúngal y se erigirá en cómplice de sus planes de fuga, hasta el punto de involucrar al hechicero Oddo y a su perra Peluda, en un desesperado intento por devolver a su tierra al extraño pelirrojo. Iniciarán así una increíble aventura que les llevará, mar adentro, hacia las lejanas costas de Ériu, el nombre vikingo por el que se conoce a Irlanda. Y en este viaje plagado de adversidades y peligros ignotos llegarán al temible país del hielo y del fuego, donde caerán en las redes de esclavistas sin escrúpulos. Un auténtico desafío y una prueba de fuego para las mágicas habilidades de Oddo y el proverbial sentido común de Thora.

Thora, haciendo oídos sordos a los lamentos quejumbrosos de su amigo Oddo, había decidido ayudar a escapar al joven esclavo Dúngal. Ya no habría marcha atrás. Navegarían desde las mágicas tierras vikingas hasta la lejana Irlanda, lugar de origen del pobre condenado. Acompañados por Peluda, y a bordo de una frágil embarcación, los tres muchachos se abrirán camino por un mar embravecido, luchando contra los elementos y naufragando en su aventura en una extraña y misteriosa tierra hecha de fuego y hielo.

Lectulandia

Anna Ciddor

El país del hielo

Magia vikinga - 3

ePub r1.1

Titivillus 01.04.17

Título original: *Stormriders*
Anna Ciddor, 2003
Traducción: Joan Soler

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Gracias a las personas maravillosas que me ayudaron a crear *El país del hielo*.

Gracias a mis lectores especiales, Hanna y Yianni, Jemina y Miranda,
Sophie y Elisa;

a mis inspiradores editores Sarah Brenan y Rosalind Price;

a mi hermana Tamar, que siempre me ayuda a ver el bosque entre los
árboles;

a Dennis King por sus consejos acerca del irlandés antiguo;

a mi increíble marido, Gary, por su entusiasmo y valiosos consejos;

y a la clase de quinto de Grimwade House, en Melbourne Grammar, a
quienes encantó mi primer manuscrito de *La runa secreta* aún sin publicar
y me dieron confianza para escribir la trilogía.

Melbourne, enero 2004

Mensajes secretos de las runas

Las runas son las letras del alfabeto vikingo, también llamado futhark. Tienen poderes mágicos. Si descifráis los secretos de los mensajes de las runas de este libro, aprenderéis a hacer vuestra propia



(El alfabeto futhark del final del libro seguramente os será útil).

1. ¡Invasores!



Dúngal se subió la túnica, se ciñó el cinturón y se metió en el río. La superficie del agua burbujeaba y danzaba. Entrecerró los ojos mientras exploraba el arenoso fondo en busca de piedras lisas y redondas para su honda.

A su espalda oyó un chapoteo de remos. Se produjo un ruido sordo cuando un *curach*, un bote de remos de listones y cuero, se acercó a la orilla. Dúngal esperó que alguien le gritara un saludo, pero sólo percibió el crujido de pies y el tintineo metálico. Intrigado, se volvió para mirar.

No había *curach* alguno, sino un *drakar* enorme hecho de madera. Y los hombres que saltaban a tierra llevaban lanzas y dagas. ¡Vikingos!

Uno gritó en su extraña lengua y señaló a Dúngal. La cabeza, protegida por el yelmo de hierro, era como una diabólica calavera gris. Dúngal sacó la honda del cinto y buscó desesperadamente un guijarro en el agua. Cualquier piedra serviría. La encajó en el tirachinas y lanzó.

Se produjo un chapoteo patético a los pies del vikingo.

El hombre soltó una risotada. Tenía la boca de color rojo sangre y le brillaban los dientes. Dúngal chapoteó hacia la orilla y salió a gatas del agua. Los pies le resbalaban en el musgo mientras corría como una flecha entre los árboles. Alcanzaba a oír a los vikingos que le perseguían con estrépito por entre los helechos.

El poblado vallado estaba delante, justo al otro lado del campo. Dúngal ya veía la profunda zanja y el alto muro de tierra. Sólo tenía que cruzar. Después podría levantar la rampa de madera para impedir el paso a los invasores. Entonces se hallaría a salvo con los suyos. A salvo en el patio empedrado, con la casita redonda y el techo puntiagudo, con su padre y su madre, sus hermanos y hermanas...

Dos de sus parientes estaban trabajando en el campo. Alzaron la vista, dejaron las herramientas y echaron a correr. Dúngal miró hacia atrás. Los perseguidores salían de entre los árboles, centelleantes las lanzas. Oyó un traqueteo de madera cuando sus parientes saltaron a la rampa y galoparon a través de la zanja. Dúngal asió una de las azadas abandonadas y la arrojó a los vikingos. Uno de ellos tropezó y cayó gritando, y otros dos dieron una voltereta sobre él en un frenesí de brazos y piernas.

—¡Bien! —exclamó Dúngal.

Pero al instante siguiente, un enorme puño le golpeó en la espalda y lo dejó despatarrado. Se golpeó la barbilla contra el suelo y se mordió la lengua. Se puso de rodillas con dificultad, jadeando. Notó el sabor de la sangre. En la puerta que tenía delante vio que sus parientes se agachaban para alzar la rampa.

—¡Esperad! —chilló Dúngal—. ¡Un momento!

Una mano le agarró el tobillo y tiró de él hacia atrás. Dúngal se retorció y agitó furiosamente las piernas intentando zafarse.

—¡Déjame ir, maleante apestoso!

Su cabeza rebotaba mientras era arrastrado por encima de los surcos y las raíces de los árboles. De pronto, el barco vikingo se perfiló frente a él, con su cincelada cabeza de dragón mirando maliciosa.

—¡Nooo!

El asaltante soltó a Dúngal y éste se puso en pie. Pero en cuanto se volvió para escapar, el hombre lo agarró por la túnica. Durante un instante, Dúngal estuvo colgado, sacudiendo las piernas, y entonces el vikingo hizo oscilar al muchacho y lo lanzó. Dúngal sintió que volaba por los aires, y mientras se precipitaba lo último que vio fue la cubierta de madera del barco.

ᛒᛞᛞᛞ ᛞᛞᛞᛞ ᛞᛞᛞᛞ

2. El esclavo de Grimm



—Eh, *Peluda*, ¿te gustaría otro perro para jugar con él? —Oddo se agachó para arrancar una hoja ondulada—. Ésta es igual que tu cola. Y esto... —Cogió un puñado de ramitas— podrían ser las patas. Ahora sólo nos hace falta un cuerpo, y una cabeza... —Reunió más hojas y ramitas y las dispuso formando la silueta de un perro—. No sé si éstas son las plantas apropiadas para la magia. Thora sí lo sabría.

Se sentó sobre los talones y frunció el ceño ante el modelo que había fabricado en el suelo.

—¿Crees que se parece a un perro? —Echó una mirada a *Peluda*, que observaba con atención, ladeada la cabeza. Parecía enarcar una ceja—. Bueno, probemos.

Oddo respiró hondo y empezó a salmodiar.

¡Donde sólo hay hojas y ramas
Haz que surja un perro que ladra!

Sonrió burlón a *Peluda* y aguardó. La perra husmeó.

La hoja ondulada se retorció y comenzó a menearse como una cola, y de repente un perrito se puso en pie, vacilante. Soltó un excitado ladrido y trató de correr, pero como cada pata era de distinta longitud, se caía. Cuando *Peluda* se inclinó para oler al animalito, frente a ella sólo había un montón de ramas y hojas.

Oddo ahogó una risita.

—Creo que no me ha salido muy bien —dijo—. Bueno.

—¡Oddo! —se oyó un grito.

Bolverk se acercaba a grandes zancadas a través del campo arado.

—Huy. Mejor que vuelva al trabajo.

Oddo agarró el cesto de las semillas. A su padre no le gustaría verle perder el tiempo con hechizos inútiles. Bolverk silbó, y *Peluda* corrió hacia él.

—Para variar, esta perra podría servirme de algo —gritó Bolverk. Movié la

cabeza hacia los pastos de las montañas—. Podría ayudarme a guardar las ovejas.

Oddo notó que su padre lo observaba cuando empezó a recorrer la serie de surcos, esparciendo cuidadosamente un puñado de granos cada dos pasos.

—Si cuidas estas semillas como hiciste el año pasado, tendremos otra vez la mejor cosecha de la región —dijo Bolverk—. Nuestro codicioso vecino se morirá de envidia. —Frotándose las manos, se volvió hacia la montaña.

Oddo irguió la espalda. Miró los surcos de tierra que humeaban ligeramente bajo el sol de primavera, y se los imaginó cubiertos de una pelusa de brotes verdes.

«Todo gracias a mí», pensó.

Mientras avanzaba orgulloso, echó un vistazo a la granja de Grimmr, al otro lado de la cerca. Un chico más o menos de su edad trabajaba en la franja rocosa de terreno. Oddo no lo había visto antes.

«Será un esclavo —pensó—. Seguro que Grimmr lo compró en el mercado para que se ocupe de las tareas más duras. No le envidio, ¡trabajar para ese bravucón!»

El muchacho se esforzaba en volcar un pesado cubo. El estiércol se derramó y él empezó a esparcirlo por el campo. Oddo frunció la nariz, dejó su cesto en el suelo y dio palmas.

—Mándame algo de viento —le gritó al cielo—. ¡Aleja este olor!

Al instante, se levantó una brisa y el hedor se disipó. Oddo sonrió con una mueca y se agachó para coger el cesto.

Un joven estornino estaba encaramado en el borde, picoteando las semillas.

—¡Eh! ¿Qué te propones? Ya he dejado algo por ahí para vosotros.

Señaló hacia el campo, donde un grupo de pájaros reñían sobre un montón de cebada. Miró el batir de alas y el incesante picoteo, y luego se volvió hacia el pequeño estornino, que erguía esperanzado la cabeza.

—De acuerdo —dijo, exhalando un suspiro—, sólo unas cuantas más. —Dio unas zancadas hasta la cerca divisoria y fue soltando semillas de cebada hasta hacer un montoncito en el suelo—. Y ya está —advirtió, severo—. Deja que las otras crezcan.

En cuanto Oddo reemprendió la marcha, se oyó un graznido de indignación. El estornino estaba chillando y aleteando mientras el muchacho desconocido del campo de Grimmr se inclinaba sobre las piedras del linde, cogía un puñado de semillas y se las metía en la boca.

«Creo que Grimmr no alimenta lo suficiente a este esclavo», pensó Oddo.

Cuando el chico vio que Oddo lo observaba, se enderezó, y sus oscuros ojos brillaron desafiantes. Llevaba el pelo recortado y se le levantaba en mechones rojizos, como el brezo en invierno, y su pálida cara estaba salpicada de diminutas manchitas marrones que le recordaron las semillas desparramadas por el suelo.

Oddo avanzó un paso en su dirección y le tendió el cesto.

El esclavo hizo una mueca y mandó un chorro de semillas masticadas en la dirección de Oddo.

—¡Vikingo! —soltó—. *¡Tothaim cen éirge foirib uili!*

Oddo retrocedió.

—Yo...

Cerró la boca en cuanto el muchacho cogió un montón de estiércol y lo sostuvo en la mano en un gesto amenazador.

Oddo dio media vuelta cautelosamente. Esperó a que aquel terrón de estiércol lo golpeará en mitad de la espalda mientras metía la mano en el cesto y sacaba un puñado de semillas. Las esparció con un movimiento rápido, consciente de esos ojos que lo atravesaban. Pero cuando llegó al final del campo y miró alrededor, el esclavo había vuelto al trabajo.

Oddo hinchó las mejillas y soltó aire.

—Rata —murmuró—. Es la última vez que intento ser amigo suyo.

X R F B F T Y F R T Y F

3. El regreso del gobernador



En el bosque, nuevos brotes de helechos y ortigas asomaban entre las hojas secas del otoño.

«Camino de casa cogeré estas ramitas para la cena», pensó Thora mientras se apresuraba hacia la granja de Bolverk.

Llegó al linde de los árboles y se detuvo.

A la izquierda, los corderos se perseguían subiendo y bajando por la ladera mientras las ovejas disfrutaban de la fresca hierba de la primavera. A la derecha se apreciaban destellos de la luz del sol en el agua. Era el río, que se abría camino hacia el fiordo y el mar, el río que siempre parecía llevársela de aventuras con su amigo Oddo.

Delante, la espléndida tierra del campo de Bolverk era negra y brillante, regada por una lluvia recia que caía de una solitaria nube en el cielo azul.

«Oddo está ocupado», pensó.

Y allí estaba él, de pie junto al campo y hablándole a la nube.

—¡Eh, Oddo! —gritó—. ¿Por qué no haces que deje de llover un momento? Quiero enseñarte algo. —Se interrumpió el chaparrón y Thora corrió por el campo—. ¡Mira, tengo una runa nueva para ti!

Se puso en cuclillas y con el dedo empezó a grabar un signo en el húmedo suelo.

—¡No! —Oddo le apartó el brazo y borró la marca restregando con el pie—. No quiero volver a intentar nada con las runas —dijo—. Ya sabes qué pasó la última vez.

—¡Pero ahora he encontrado una buena! —le aseguró ella—. Quizá no puedo hacer sortilegios como el resto de mi familia, pero sí puedo copiar una runa. Ulf el Granjero le pidió a mi padre que celebrara una ceremonia para ayudar a que sus semillas crezcan bien, y mi padre dibujó una runa en la tierra. Así que decidí mostrártela.

Oddo no cedió.

—Tu padre es Runolf, el Fabricante de Runas —explicó—. Si quiere grabar runas para hacer que crezca la cebada, o para que alguien sea sabio o rico o valiente o lo que sea, ése es su trabajo. Yo no lo volveré a intentar. En cualquier caso, ¡yo no necesito ninguna runa para hacer que crezcan las semillas! Sabes que puedo manipular el tiempo, y alejar las plagas simplemente hablando con ellas. Puedo hacer crecer la mejor cosecha de la región. Eso dice mi padre.

—¿Bolverk dice eso?

Oddo sonrió y un rubor de orgullo le cubrió las mejillas.

—Y parecía estar muy complacido conmigo —añadió.

Thora lo miró fijamente, recordando al chico tímido que había conocido dos años atrás, el mismo que pensaba que su padre no le quería, que temía abrir la boca para no hacer magia sin querer. Ahora alardeaba de sus poderes. Por un instante, sintió una punzada de pesar. Oddo ya no la necesitaría.

Se puso en pie y miró la tierra húmeda que se le había pegado al delantal. Lo sacudió.

—Tienes razón, no te hace falta ninguna runa —dijo ella—. Pero... asegúrate de que crezca mucha cebada; así podrás pagar los tributos del rey cuando vuelva el gobernador.

—¿El gobernador? ¿Quién te ha dicho que viene?

—Mi madre. Lo ha visto en la bola de cristal.

—No es justo. Ya pagamos.

—Lo sé, pero supongo que el rey Harald ya ha consumido todo el grano, la mantequilla y todo lo que le dimos el año pasado.

—¿Cómo vas a pagar tú? —preguntó Oddo.

Al ver la cara preocupada de su amigo, Thora sonrió con aire burlón. Oddo sabía lo difícil que había sido para ella la última vez. Los miembros de la familia de Thora no sembraban semillas ni hacían mantequilla. No tenían ni siquiera una vaca. Se dedicaban a elaborar hechizos. Como Thora era la única persona práctica, esperaban que ella encontrara un modo de pagar los tributos. El año anterior estuvo a punto de no conseguirlo y su familia por poco pierde la casa y la libertad. Pero esta vez...

—¿Te acuerdas de la bolsa de plata que perdí?

—¿La has encontrado?

—Aún no. Pero la encontraré si voy río abajo hasta la casa de Gyda. Estoy segura de que se nos cayó cuando saltamos por su ventana.

—Pero... de eso hace siglos. Fue el año pasado. La última vez que vino el gobernador.

—Si Gyda la encontró, me la habrá guardado.

Se imaginó la acogedora casa de la comadrona, y la sensación de una especie de cálido abrazo que la envolvía. Y luego vio de nuevo la sobresaltada mirada en los ojos de la anciana al oír que Grimmr aporreaba la puerta.

—Fue divertido cuando con mi magia hice que estallara una tormenta dentro de la

casa —dijo Oddo—. Y cuando ella y Grimmr se pusieron a gritar en la oscuridad.

—Y luego les engañaste al hacerles creer que nos habíamos caído por el barranco —señaló Thora—. Eso estuvo mal. Gyda estaba preocupada de veras.

—Ya, pero ¿qué podía hacer? Tenía que impedir que Grimmr el Codicioso nos persiguiera.

Ambos se volvieron para mirar la granja de Grimmr.

Había un chico desconocido trabajando en el campo.

—¿Quién es ése? —preguntó Thora.

—El nuevo esclavo de Grimmr —respondió Oddo—. No te acerques a él. Es peligroso. Y está loco.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba comiéndose las semillas crudas que yo había dejado para los pájaros.

—Esto no significa que sea peligroso —objetó Thora—. Probablemente tiene hambre. Mira lo delgado que está. Seguro que Grimmr no lo alimenta bien.

—Bueno, pero esto no es razón para escupirme cuando yo trato de ser amable, o de decir palabrotas en una lengua extraña.

El esclavo pareció notar que hablaban de él. Cogió un terrón de estiércol y lo arrojó por encima de la cerca.

—¿Lo ves?

Thora meneó la cabeza.

—Está enfadado, desde luego. Pobrecito. ¿Cómo te sentirías tú si alguien te capturara y te convirtiera en esclavo? Y fíjate en sus piernas desnudas. ¡Estará congelándose! —Se tocó el imperdible de la capa.

—No vayas a darle la capa —avisó Oddo—. Te tirará algo.

MI MI <FMKQ

4. Encuentro en el bosque



Cuatro días después, Thora percibió el extraño olor. Pasaba junto al círculo de zarzas donde había construido su huerto secreto dos veranos atrás. Se detuvo y husmeó el aire. Creía conocer el aroma de todas las plantas del bosque, pero no acertó a identificar aquel olor dulzón y empalagoso. Miró las zarzas y se quedó sin respiración del asombro. En el suelo había un agujero: su viejo túnel secreto estaba abierto. Alguien había cortado la nueva vegetación que tapaba la entrada. Algún desconocido había descubierto la vía para entrar en el espacio que había tras las zarzas.

Por un instante, Thora pensó en el delantal y el vestido limpios, pero acto seguido se arrodilló y se metió en el agujero. Había crecido mucho desde la última vez. Las espinosas ramas de encima se le enganchaban en el cabello y le arañaban la espalda. Se apretó contra la tierra, avanzó arrastrándose y por fin salió al claro.

El chico del campo de Grimm estaba dentro en cuclillas, mirándola fijamente. Thora advirtió el destello de una daga en su mano y algo enorme y peludo extendido en su regazo. A sus pies había un hoyo lleno de líquido marrón, espumoso, del que se elevaba un vapor que producía ese olor empalagoso y dulzón.

Thora se quedó paralizada y contuvo el aliento. Acto seguido reparó en que la cosa peluda que el muchacho sostenía en los brazos era sólo una piel de buey que estaba raspando con ayuda de un cuchillo.

Fue él quien rompió el silencio.

—*¡No-m léic m'óenur!* —gruñó.

Thora miró las temblorosas manos del chico. Vio las magulladuras y cicatrices en sus piernas desnudas, las mejillas hundidas, y la mirada asustada en sus ojos.

—Soy tu amiga —susurró, preguntándose qué cosa asquerosa se estaría pudriendo en aquel lodo oscuro, produciendo tan espantoso hedor—. Me llamo Thora. —Se dio unas palmaditas en el pecho e intentó sonreír mientras le señalaba a él—. ¿Y tú? ¿Quién eres?

Hubo unos instantes de silencio.

—Dúngal —respondió finalmente—. Dúngal Mac Flainn.

Thora alzó las manos despacio y quitó el imperdible de la capa, que se deslizó de sus hombros.

—Toma, tendrás frío.

Se inclinó sobre el hoyo y se la tendió.

El muchacho guardaba silencio, mientras la observaba con cautela. De pronto, su mano saltó como un rayo y agarró la capa. Pillada por sorpresa, Thora sujetó la prenda un instante de más. El tirón le hizo perder el equilibrio, y soltó un grito al caer en el hoyo. El cieno marrón le salpicó la cara. El vestido húmedo le envolvió las piernas, arrastrándola, y durante un instante atroz se hundió por debajo de la superficie. Después se puso en pie, jadeando y atragantándose, sumergida hasta la cintura en el horrible brebaje. Cosas blandas y pastosas oscilaban bajo sus pies, y algo baboso le humedecía la mejilla. Cuando sacudió la cabeza, aquello se desprendió y cayó en el agua.

—¡Aggg! —exclamó asqueada, pero Dúngal ya la agarraba de los brazos y tiraba de ella para sacarla de allí.

Thora escaló como pudo la resbaladiza pared del hoyo, y al llegar a lo alto se desplomó rendida en el suelo seco. Con una sonrisa burlona, Dúngal cogió la capa y le cubrió con ella los hombros.

—¡Puaj, ahora... tú frío! —dijo.

Al sonreír tenía un aspecto totalmente distinto. Su pequeña nariz apuntaba hacia arriba y le brillaban los ojos. Thora intentó sonreír a su vez. A continuación, Dúngal sacó del hoyo un objeto viscoso y lo estrujó para escurrirlo. Tenía en la mano un trozo de corteza de roble. ¿Corteza de roble?

Dúngal sostuvo en alto la piel de buey.

—Yo... hago... —Señaló su cinturón—. Cuero.

Sin salir de su asombro, Thora volvió a mirar el hoyo.

—Sí. —Dúngal hizo el gesto de introducir la piel en el agua apestosa—. Dejo muchas noches en agua y... corteza. Hago buen cuero.

—Pero... ¿qué vas a hacer con el cuero?

La mirada feroz regresó al rostro de Dúngal por un instante. Entonces se agachó y alzó una ceja.

—¿Tú, mi... amiga? —preguntó—. ¿Verdad?

Thora asintió con solemnidad.

Dúngal la observó en silencio. Ella empezó a tiritar de frío. Apretó los dientes con fuerza para que no le castañetearan y mantuvo los ojos fijos en la cara del muchacho.

Por fin Dúngal habló con voz ronca.

—Yo hago *curach* —dijo.

—¿Cu... qué?

—*Curach*. —Agitó los brazos como si remara.

—¿Un bote?

Dúngal asintió vehemente.

—¡Sí! ¡*Curach*... bote!

—Pero ¿cómo haces un bote con cuero?

Dúngal sonrió con una mueca.

—Yo sé cómo. En mi tierra, todos los botes de cuero.

Thora lo miró fijamente.

—¿Qué vas a hacer con un bote?

Ahora Dúngal no sonreía. Al inclinarse, se le acercó tanto que el aliento le hizo cosquillas en la cara.

—Ir a casa —susurró.

Thora lo miró preocupada.

—¿Vas a marcharte? ¿Escapar?

Dúngal asintió.

—Pero ¿adónde has de ir? ¿Dónde está tu casa?

—Ériu.

Cuando pronunció la palabra, se le quebró la voz, y Thora advirtió que le brillaban lágrimas en los ojos.

—¿Ériu? ¿Dónde está eso?

—Vosotros decís... Irlanda.

—¿Irlanda? Pero eso queda muy lejos. Allí es donde van los vikingos a hacer incursiones... —Se le fue apagando la voz mientras los ojos de Dúngal ardían de indignación.

—¡Vikingos! —masculló con rabia.

Thora se mordió el labio, pero tenía que continuar.

—Dúngal, los asaltantes vikingos tienen *drakares* grandes y muchos hombres para manejarlos. Tú no puedes ir a... a Ériu con una barquita de cuero. Zozobrarás. ¡Te ahogará! ¡No lo lograrás nunca!

Dúngal echaba fuego por los ojos.

—¡Mejor ahogar que ser esclavo!

MS RUF RUF

5. Un *curach* excelente



El caballo relinchó débilmente y Dúngal abrió un ojo. Distinguió sobre el bajo establo el primer indicio del alba. Se quedó tumbado otro minuto, acurrucado en la paja. Después refunfuñó y se levantó a duras penas.

Fuera, el aire era tan frío que los ojos le escocieron, y sus entumecidos pies tropezaron en los congelados guijarros del patio. Retiró la cortina de la puerta y entró en la casa. Como de costumbre, Grimmr yacía de espaldas, roncando. Dúngal recordó la primera vez que había visto a ese cerdo asqueroso. Grimmr había estado mirando por el mercado de esclavos con sus ojos saltones en busca del esclavo más pequeño y barato. Dúngal alzó la mano y se frotó la barbilla. Siempre recordaría el grillete de hierro alrededor del cuello, las sacudidas y los golpes que le daba en el mentón cada vez que se movían los esclavos más altos que había a su lado.

El calor le hizo moquear. Se sorbió la nariz mientras se agachaba junto al fuego en medio de la estancia y sopló en las ascuas. Cogió más leña para avivar el fuego y soltó una maldición cuando se clavó una astilla en el dedo. La rompió y acto seguido una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro. Se deslizó al otro lado de la habitación y colocó la astilla en el zapato de Grimmr. En ese preciso instante, el hombre resopló y se desperpezó. Dúngal retrocedió al punto hacia el fuego.

—Leña casi acabada. ¿Corto más?

Dúngal hizo un gesto en dirección al montón de ramas y aguardó tenso la respuesta de Grimmr. Ir a buscar leña le brindaría la excusa para ir al bosque con el hacha. Podría cortar las ramas que necesitara para su bote.

—Siempre nos quedamos sin leña —gruñó Grimmr—. Seguro que la desperdicias, babosa holgazana. —Dúngal contuvo la respiración—. Sí, ve y corta un poco más... cuando me hayas preparado el desayuno.

Sacó las piernas de la cama, y Dúngal observó ansioso mientras su amo se calzaba y se ponía en pie.

—¡Aaaaag!

Saltando alocadamente, Grimmr dio un puntapié al zapato culpable y cojeó hasta la mesa.

Dúngal se esforzó por poner cara seria mientras servía las humeantes gachas a su amo. Pero su júbilo se desvaneció al probar su propio desayuno. El trozo de pan duro

estaba hecho de puntiagudas cáscaras de cebada, y era tan seco que se le atascaba en la garganta. Mientras se inclinaba sobre el fuego para cocer bizcochos tiernos para Grimm, el delicioso olor de la mantequilla friéndose hacía que su estómago gruñera de deseo. Dejó bruscamente la caliente plancha sobre la mesa y se volvió hacia la puerta. El cubo de agua estaba delante de él. Le dio sigilosamente un empujón y lo volcó hacia el fuego. Se derramó el agua sobre las llamas, de donde brotó un humo acre.

—¡Estúpido inútil! —Grimm se apartó de la mesa tropezando, tosiendo y agitando los brazos.

Con una sonrisa socarrona, Dúngal descolgó el hacha del gancho.

—Voy por más leña —dijo.

El zapato de Grimm estaba en el suelo, donde había llegado debido al puntapié. Oculto por una nube de humo, Dúngal lo empujó tras un baúl de madera.

«A ver si lo encuentras, fanfarrón», murmuró. Y acto seguido se escabulló de la estancia.

Durante los meses siguientes, Dúngal siempre procuró encontrar una excusa para ir al bosque. Cazaba, recogía hayas silvestres o cortaba madera, y luego se metía en su escondite para trabajar en el bote.

Mientras trabajaba, a veces lo visitaba aquella chica, Thora. Un día oyó ruido de pies arrastrándose y alzó la vista, buscando el hacha con la mano. Luego, la cara sonriente de ella asomó en el agujero, las sonrosadas mejillas sucias de tierra, el pelo alborotado.

Ella le llevaba comida extraña: pequeños huevos de pájaro cocidos en su cáscara, hojas que cogía en el bosque, incluso algas malolientes.

«En casa, esto es lo que esparcimos en los campos como fertilizante», pensaba, pero se obligaba a tragar.

Thora cortaba las tiras de cuero sin curtir que sujetarían el *curach*, mientras él tallaba y moldeaba ramas de fresno para el armazón. Por fin llegó la hora de colocar la primera rama. Thora le dio una tira de cuero y él la ató con fuerza. Sonrió orgulloso y cogió la siguiente, pero al tratar de atarla, le saltó de las manos. Lo intentó una y otra vez, pero se meneaba como si estuviera viva. Le picaban los ojos por las lágrimas de frustración. Estaba a punto de darse por vencido y arrojar el trozo de madera al claro cuando vio la mirada de Thora, resplandeciente de esperanza. Maldiciendo, se esforzó por colocar la pieza en su sitio y se secó la sudorosa cara con la manga. Acto seguido, cogió otra rama.

Poco a poco, el armazón del bote fue tomando forma.

Mientras trabajaba, Thora charlaba, y sólo se callaba cuando oía pasos o voces al otro lado de las zarzas. De repente, ambos se quedaban paralizados, esperando a que los sonidos se alejaran. Un día oyeron a una niña con una voz estridente que le decía

a alguien qué tenía que hacer.

—Es Astrid —susurró Thora—. Mi mandona hermana mayor. ¿Tú tienes hermanas? —preguntó ella después.

—Días... dos. Pequeñas —murmuró Dúngal.

Le daba vergüenza hablar, se veía apurado cuando buscaba las palabras adecuadas en aquella lengua extraña. Pero Thora siguió haciéndole preguntas.

—Háblame de tu familia —dijo.

Poco a poco, a medida que pasaron las semanas, Dúngal observó que las palabras vikingas fluían a sus labios con más facilidad.

—¿Cómo visten tus hermanas? —preguntó Thora—. ¿Tejen su propia ropa? ¿Algo como esto?

—Tejen, sí, pero no es como esto. —Cogió con dos dedos la basta tela de lana—. No es de lana. Utilizan hojas... hojas especiales, largas.

—Yo sé hacer cuerda con hojas —señaló Thora—. ¡Hojas de ortigas! Eh, ¿necesitas cuerdas para la embarcación? ¿Te hace falta una vela? Yo te las puedo fabricar.

Un día, Dúngal cogió tres tiras de cuero sin curtir en las que trenzó flores, y las enrolló en la larga cabellera de Thora, que tenía el color de la miel.

—Bonita —dijo él—. Como mis... *sethir*. Mis hermanas. Ellas también llevan... —Indicó los imperdibles del delantal—. Algo así, en las orejas.

—¿Imperdibles? ¿En las orejas? —exclamó Thora.

—Imperdibles no, oro.

—Los míos no son de oro —aclaró Thora—. De bronce, creo. ¿Tus hermanas llevan broches? ¿Y collares? ¿Y brazaletes?

—Sí. En Ériu mucho oro.

—¿Cómo se llaman tus hermanas?

—Aife y Eithne.

Dúngal agarró un palo y grabó los nombres en la húmeda tierra, junto al hoyo.

Cuando alzó la vista, vio a Thora que lo miraba boquiabierta.

—Sabes hacer runas —susurró—. ¡Eres mago!

—¿Mago? —Miró lo que había escrito—. No, sólo son palabras, los nombres de mis hermanas.

—¿Sabes... dibujar... nombres de personas?

—Pues claro. ¿Tú no?

Thora negó con la cabeza.

—¿En Irlanda todo el mundo dibuja nombres? ¿Dónde aprendéis?

—Con los sacerdotes. Son muy inteligentes. Saben dibujar muchas, muchas palabras, no sólo nombres de personas. Yo voy con el sacerdote. Otros chicos van también. Y aprendemos a dibujar palabras.

—¿Sabes hacer mi nombre?

Dúngal pensó un instante y acto seguido trazó en el suelo el nombre de Thora.

—¿Y aquí dice Thora?

—Sí.

—Entonces, ¿en Ériu no hacéis magia?

—Desde luego que sí. Están los magos... los *sídaigi*. Son muy pequeños, pero muy... poderosos. En las noches de las grandes hogueras, cuando los granjeros plantan o cosechan... es cuando los vemos. Hemos de darles de comer y beber y procurar que estén contentos. Si no, hacen cosas malas.

—¡Igual que aquí! —exclamó Thora.

—¿También tenéis *sídaigi*?

—Los llamamos gente menuda. Y cuando celebramos una fiesta, les ofrecemos regalos para que estén felices, como vosotros. Cuéntame más cosas de Ériu. ¿Cómo es tu casa?

Entonces Dúngal describió el poblado vallado en que vivía su familia y todos sus parientes, y el gran fuego para cocinar al aire libre, donde se reunían por las noches a comer, a contar historias y a escuchar al Abuelo cantar.

—Cuando regrese y vuelva a sentarme junto al fuego, el Abuelo hará una canción sobre mis aventuras.

Habló de los prados de verano al otro lado de la valla, donde zumbaban las abejas y donde las ovejas pastaban rodeadas de ranúnculos que les llegaban a la altura de las rodillas. Describió el arroyo donde crecían berros con aroma a mostaza. Y lo mejor de todo, explicó cómo era la casa redonda, con su tejado alto y puntiagudo, tan diferente de las casas de Noruega, achaparradas y cubiertas de tepe. Mientras hablaba se imaginaba a su padre agachándose para cruzar la puerta baja, sonriendo a Aife y Eithne, que jugaban en el suelo con una camada de gatitos. Podía ver a su madre encendiendo las velas de cera de abejas, que llenaban la estancia con su fragante aroma.

—*Máthair* —susurró.

Y a continuación pensó en los apestosos y humeantes candiles de la casa de Grimm, en las solitarias noches que pasaba en el establo con los animales...

Dio un brinco al oír la voz de Thora, que le dejó el hacha en la mano.

—No te entristezcas. Estás haciendo un *curach* magnífico. Regresarás con tu familia. Sé que lo conseguirás.

ƵƵƵƵ ƵƵƵƵƵƵƵƵ

6. Un cesto lleno de agujeros



—¡Oddo, hemos de ayudarle! —suplicó Thora—. Está construyendo un bote y quiere volver a Irlanda.

—¿Y qué? Yo no se lo voy a impedir. Me alegrará mucho ver que puedo andar por ahí sin que ningún idiota me tire estiércol.

—Sólo lo hizo una vez.

—Ah, hemos de darle las gracias, ¿no?

—No seas bobo. Si te hubieran secuestrado, tampoco te mostrarías muy amistoso.

—Mira, ya tengo bastante. No quiero ser amigo suyo. No seré tan estúpido de volver a acercarme a él. Y no entiendo por qué has de ir a verle tan a menudo. ¿Lo has mirado bien? Si tiene pecas por toda la cara, y ese ridículo pelo corto que se le eriza como rastrojo de cebada y...

—No seas malo. No es culpa de Dúngal que alguien lo haya convertido en esclavo y le haya cortado el pelo.

Al oír la agitada voz de Thora, *Peluda*, que había estado dormitando al sol, se despertó y se puso a ladrar alborotada. Oddo removi6 el suelo con los pies.

—En todo caso, no hay nada que yo pueda hacer —gruñó.

Alzó la vista. A Thora le brillaban los ojos.

—Sí hay algo. Lo tengo todo pensado. Podemos ir los dos con él en esa barca que llama *curach* y tú puedes utilizar tus poderes mágicos para que el viento sople en la buena dirección hasta llegar a Irlanda. Si hay tormenta, la detienes. Llegaremos enseguida.

—¿Cómo? ¿Esperas que me pase no sé cuántos días metido en un bote con ese *lemming*?

—Pues claro. Cuando conozcas a Dúngal, te caerá bien. Ven, te enseñaré dónde está construyendo la barca. —Le tiró emocionada de la manga—. Dúngal es...

—Dúngal es un nombre estúpido. Suena como si uno estuviera tragándose algo. Dúngal. Dúngal.

—Ven y mira. Ha comenzado a construir el bote. Prepara el armazón con ramas de fresno y luego lo cubrirá con cuero de buey. Yo tejeré la vela y haré las cuerdas

con ortigas, como me enseñaron Hallveig y Erp en la Gula.

Ahora se hallaban en el bosque y Thora se detuvo frente al zarzal.

—Es aquí —susurró—. Donde yo había tenido mi huerto secreto.

—Puaj, ¿qué es esa peste?

—El hoyo de curtido, donde Dúngal prepara las pieles. Vamos.

Instantes después, Oddo salió serpenteando del túnel y se encontró cara a cara con Dúngal. El chico irlandés parecía tan sobresaltado como Oddo. Se puso rápidamente en pie, ceñudo y agitando el hacha.

—¡Vikingo!

Esta vez Oddo llevaba su daga. La sacó al instante del cinturón y miró desafiante a su vez. Ahora no iba a intimidarle ningún esclavo.

—Eh, vosotros dos, basta. Dúngal, baja el hacha. Oddo es amigo.

La cabeza de *Peluda* asomó por el túnel. Al ver a Dúngal, se le erizaron los pelos del cuello. Thora alargó la mano para cogerla cuando el animal ya enseñaba los dientes y soltaba gruñidos.

Oddo sostuvo el puñal en la mano hasta que Dúngal bajó el hacha.

—Vamos, bobo —dijo Thora—, ven a ver el bote. Dúngal ha sido muy habilidoso.

Thora bordeó el hoyo y *Peluda* la siguió. Oddo fue detrás, sintiendo arcadas y tapándose la nariz. Al llegar al otro lado, vio la embarcación.

—¿Qué tiene esto de especial? —Seguía agarrándose la nariz—. Parece un cesto lleno de agujeros.

Miró de reojo a Dúngal y acto seguido dio con el pie unos golpecitos al armazón, que tembló, y una de las cuadernas vibró hasta acabar en el suelo. Oddo advirtió que el esclavo apretaba los puños. Thora le lanzó una mirada feroz, cogió el trozo de madera y trató de encajarlo de nuevo.

—¿Es aquí donde va? —preguntó.

—*A díbergaig bréanalaig!* —soltó Dúngal a Oddo.

Con el entrecejo fruncido, puso la cuaderna en su sitio mientras Thora la sujetaba.

—¿De veras piensas navegar hasta Irlanda en esto? —preguntó Oddo. El *curach* era diminuto, más pequeño que *El Cormorán*, que su padre llevaba a remo hasta el mercado—. Aquí no caben tres personas.

—Sí caben —objetó Thora.

Pero Dúngal alzó la vista, los ojos abiertos como platos.

—¿Tres? —Señaló a Oddo—. ¡Tú no vienes!

—Perfecto —dijo Oddo—. De todas formas, no quería ir. Esto se hundirá en cuanto toque el agua. Thora, estás de broma si pretendes que alguien se suba a esto. Vamos, *Peluda*, larguémonos de aquí.

—Dúngal, no lo entiendes. —Al volverse, Oddo oyó la voz suplicante de Thora—. Necesitamos a Oddo. Hace magia. Puede lograr que el bote vaya donde queramos.

Y mientras se arrastraba por el túnel, oyó la respuesta de Dúngal.

—No me hace falta magia —dijo el esclavo, obstinado—. He construido un buen bote.

F <M TFS <QSSFS <RMV<FV

7. Alrededor del fuego



—¿Qué les contarás a tus padres? —preguntó Oddo—. No aceptarán que vayas a Irlanda en ese ridículo *curach*.

Thora se encogió de hombros.

No se preocuparán tanto. Les consta que sé cuidar de mí misma. En todo caso, creo que no se lo diré. Explicaré tan sólo que voy a casa de Gyda a buscar la plata. — Oddo guardó silencio—. No es ninguna mentira. Iré a casa de Gyda... cuando regrese.

—Eso si el bote no se hunde y tú no te ahogas.

—No se hundirá. Dúngal va a cubrir el cuero con grasa para que sea impermeable.

—¿Y de dónde pretende sacar toda esa grasa?

—La conseguiré yo. Iré por ahí y pediré a todos los granjeros que la próxima vez que maten una oveja me guarden la grasa. Diré que la necesito para las pócimas.

Oddo meneó la cabeza.

—Estás loca, jugarte la vida por ese idiota.

Sin embargo, la siguiente vez que Bolverk sacrificó una oveja, Oddo llenó un balde con trozos de amarillenta grasa, veteados de sangre, y lo llevó por el bosque hasta la casa de la colina. Vio a Thora en un espacio despejado entre la maleza, ocupada en su huerto de hierbas.

—Mira cómo crece todo —gritó entusiasmada. Le mostró los pequeños guisantes con sus diminutos brotes rizados, las yemas de las coles, el perfumado romero—. Aunque no me vendría mal un poco de lluvia. —Entonces advirtió el cubo en la mano de él—. ¡Oh! ¿Es para el bote? Ahora mismo voy a cocerla.

—No puedo permitir que os ahoguéis —dijo Oddo con un refunfuño.

El sonido de las gotas de lluvia los siguió hasta la casa.

En el interior, la estancia estaba saturada de un humo espeso. Oddo se abrió camino a través de un suelo cubierto por bultos misteriosos. Sin querer pisó algo que se despachurró desagradablemente bajo su pie. Vociferantes siluetas salían brincando de la penumbra. Oddo iba esquivando cosas mientras la abuelita Huida, seguida de

Astrid y Edith, bailaba a su alrededor, arrojando objetos al aire y entonando un extraño sonsonete. A Oddo le cayó en la cabeza algo que rebotó al suelo. Era un pájaro muerto. Thora se abalanzó ansiosa sobre él.

—Ya tenemos cena —soltó alegre.

Oddo notó que una telaraña pegajosa se arrastraba por su cara, y que las hierbas que colgaban de las vigas le salpicaban el pelo de polvorientas y fragantes hojas.

Llegaron al hoyo de la hoguera, donde Ketil estaba allanando un trozo de masa con un rodillo.

—¡Cocínala ahora! —dijo, sosteniéndola en alto.

Era gris y estaba llena de polvo y plumas.

La cogió Finnhilda, la madre de Thora. Pero en lugar de colocarla en una plancha para cocerla, introdujo la mano desnuda en las llamas y murmuró un hechizo.

La abuelita Hulda dejó de hacer cabriolas y permaneció inmóvil, recorriendo la habitación con sus ojos redondos y brillantes, y arañando el aire con sus finos dedos. Parecía un escarabajo pequeño y apelotonado.

—¿Es éste el hijo del granjero? —preguntó—. ¿El que cree poder hacer hechizos? De súbito apareció ante Oddo un niño desgarrado.

—¿Qué runas conoces? —quiso saber Erik.

—No sé... hacer runas —contestó Oddo.

—Bah. —Erik tiró una piedra que casi da a Oddo en la cara.

—¿Puedes volverte invisible? Yo sí.

Ketil dio un salto desde el suelo y corrió en busca de su capucha de piel de cabra.

—¿Y qué hay de los sortilegios de flores? ¿Sabes hacer alguno? —preguntó Edith—. Enséñale, Sissa.

Una niña diminuta de grandes ojos y pelo ralo como un tronco de un montón de leña. Un instante después, estaba todo lleno de flores y hojas. La niña ahogó una risita y Oddo asintió.

—No sabe hacer nada —soltó Astrid con desdén—. Thora sólo presumía.

—¡Él también sabe! —Oddo se sobresaltó por la furia que dominaba la voz de Thora—. Demuéstraselo, Oddo.

Azorado, Oddo echó una mirada al agujero de la chimenea. Todos miraban. Estaba a punto de pedir unas gotas de lluvia cuando un chamariz surcó el aire con un aleteo de plumas amarillas.

—Eh —gritó él—. Ven aquí.

El pequeño pájaro se paró en mitad del vuelo, se introdujo por el agujero y se posó en la mano extendida de Oddo.

—Eso no es nada —dijo Astrid.

Oddo acercó la boca a la cabeza emplumada y susurró algo.

Al instante siguiente, el chamariz se precipitó por la estancia y agarró con el minúsculo pico un mechón del cabello de Astrid.

—¡Ay! —chilló Astrid, que trataba de liberarse. Pero el pájaro seguía tirando del

pelo como si quisiera apoderarse de un sabroso gusano—. ¡Ay! ¡Haz que me suelte!

—Qué lástima —dijo Oddo—. No soy muy hábil con los hechizos. No sé cómo detenerlo.

Guiñó el ojo a Thora, que rápidamente echó los trozos de grasa en un caldero.

Mientras Astrid corría por la habitación gritando con las manos en la cabeza, Thora añadió agua y colgó la marmita sobre el fuego. Los otros hermanos y hermanas iban detrás de Astrid, dándole instrucciones a gritos. Oddo cruzó una mirada con la del chamariz. Éste soltó el pelo y se alejó volando.

Astrid se detuvo, jadeando; tenía la cara colorada.

—Tú... tú...

—Tú lo has pedido, Astrid —dijo Harald riendo entre dientes, y se largó en cuanto ella se volvió hacia él.

La grasa del caldero comenzó a burbujear. Subían a la superficie arrugados chicharrones grises y porciones de sangre y espuma.

—Como barcos en el mar —dijo Harald, mirando por el borde.

Oddo observaba los vigorosos rizos que se arremolinaban entre las burbujas.

—Seguro que flotan mejor que el *curach* de Dúngal —murmuró. Miró a Thora.

Ella no le hizo caso y con un cucharón de madera fue espumando la superficie. Harald agarró un chicharrón y se lo metió en la boca. Oddo miró mientras el chico lo masticaba, y se imaginó una embarcación pequeña, desintegrándose...

—Thora, no pensarás subirte a ese bote de pega, ¿verdad? —preguntó.

Thora frunció los labios, se sentó y empezó a desplumar el ave muerta.

—¿Remueves tú el caldero, por favor? —dijo.

Un torbellino de plumas flotantes se sumó al humo de la grasa cociéndose.

Oddo miró fijamente a su amiga y se la imaginó intentando navegar todo el trayecto hasta Irlanda en el *curach*, con un zoquete por toda compañía.

Por fin, Thora cubrió un barril con una tela y le pidió a Oddo que lo sostuviera mientras ella inclinaba el caldero. Él volvió la cara mientras la grasa líquida se derramaba en el barril a través del paño en un flujo hediondo y humeante.

—Ahora dejaré esto en la despensa para que se enfríe —señaló Thora—. Mañana tendrá una limpia capa de grasa blanca, y eso es lo que Dúngal usará con el cuero.

Camino de casa, la ropa y el cabello apestando a grasa, Oddo pasó junto al zarzal donde Dúngal estaba construyendo el bote. Se detuvo y miró alrededor. No había nadie a la vista ni se oía sonido alguno procedente de las zarzas. Se deslizó sigilosamente por el túnel.

Ya en el otro lado, se puso en pie con dificultad y contempló el *curach*. Era incluso más pequeño de lo que recordaba. En comparación con un barco vikingo, parecía frágil como el esqueleto de un pájaro. ¿De veras podría alcanzar el otro lado del mar?

I MS FSI

8. El dilema de Oddo



—¡Oddo, se te cae la leche por todas partes!

Oddo miró con aire culpable. La espuma de la leche se derramaba por los bordes de la tina que había en el suelo de tierra de la quesería.

—¿En qué demonios estabas pensando? —preguntó su madre.

Oddo no respondió. Tras verter el cubo, lo que había visto no era la leche derramándose, sino el mar engullendo una pequeña embarcación. Aquellos días, todo lo que veía y oía le evocaba olas y tormentas y velas agitándose al viento. Estaba atormentado por visiones de un diminuto *curach* zarandeado en un mar embravecido, y una imagen de Thora agarrada a la borda y suplicándole: «¡Oddo, pon fin a la tempestad!».

Cuando salió de la quesería, vio a la verdadera Thora apresurándose por el prado.

—Eh —gritó él—. Estoy aquí.

Le fastidió que no se detuviera.

—Ahora no puedo hablar —replicó ella por encima del hombro—. Llevo esto a Dúngal. —Agitó un ramal de cuerda hecha de ortigas verdes recientes.

Al otro lado de la cerca el muchacho dejó de pasar la azada, se enderezó y saludó con la mano. Echando chispas, Oddo observó mientras Thora se acercaba al otro.

—Siempre tienes tiempo de hablar con él —murmuró en voz baja.

Dio media vuelta y se dirigió al río a grandes zancadas, pero al sumergir el cubo en el agua volvió a ver el pequeño bote. Esta vez lo estaban cargando poco a poco de algas, y Thora, en vez de suplicarle nada a él, se aferraba a Dúngal. Enojado, metió el balde hasta el asa, lo dejó un rato y lo observó hundirse envuelto por ondas de agua. Después lo agarró y lo sacó. Lo dejó bruscamente en el suelo y el agua chapoteó y le mojó los pantalones.

—La cebada vuelve a crecer estupendamente —dijo Bolverk en la cena—. Te estás convirtiendo en todo un granjero.

Oddo sabía que estas palabras debían llenarle de orgullo, pero se quedó mirando

el plato fijamente, jugueteando con las migas.

—¿El campo podría pasar sin lluvia un par de días? —preguntó—. ¿Si me... voy?

—¿Que te vas? ¿Adónde?

—Yo...

Oddo frunció el ceño. Le había costado mucho ganarse la confianza y el respeto de su padre. ¿Qué pasaría si Bolverk descubría que su hijo planeaba ayudar a un esclavo a escapar y navegar hasta Irlanda en un bote hecho de ramas y jirones de piel de animal?

—Thora me ha pedido que la acompañe a ver a Gyda —musitó—. Río abajo.

Hace semanas que no veo a Thora —dijo Sigrid—. Estará muy ocupada.

—Ajá —gruñó Oddo.

—Es una chica encantadora. Esposo, ¿recuerdas aquel verano que estabas enfermo y ella vino a ayudarme? Como si fuera una hija.

—Bueno. —Bolverk se quitó las migas de la barba—. Tendréis que ir andando. Yo necesito *El Cormorán* para pescar.

—Pero... ¿no les pasará nada a los plantones?

—No, claro. Pero antes de irte dales un buen remojón.

—De aquí a la casa de Gyda hay un buen trecho —observó Sigrid, inquieta.

Bolverk dio una palmada sobre la mesa.

—Mujer, ¿olvidas que tu hijo hizo a pie todo el camino desde la Gula? No le costará mucho ir y volver de la casa de Gyda.

A Oddo se le formó un nudo en la garganta.

«Ojalá fuera sólo eso», pensó.

Al día siguiente abordó a Thora mientras ésta se abría paso por el bosque acarreado un pesado fardo.

—¿Qué es esto? —Señaló el montón de trapos de lana.

—Nada que te interese. Es la vela del *curach*. —Thora alzó la barbilla—. Zarpamos mañana.

Se hizo el silencio. Oddo respiró hondo.

—Bueno, ¿qué quieres que traiga?

Thora lo miró fijamente. Acto seguido dejó caer el bulto y le echó los brazos al cuello. Oddo notó que de repente se le quitaba de encima el peso que había estado soportando durante días. Él la abrazó a su vez y aspiró junto a su mejilla el olor del cabello caliente por el sol.

Aquella noche, Oddo estaba tan nervioso que no pudo comer nada en la cena.

—Acuérdate de despertarme antes de que amanezca —le pidió a su madre—. Queremos irnos bien temprano.

—Pues a la cama ahora mismo —dijo Sigrid.

Pero cuando Oddo se tendió en el banco de dormir, notó como si alguien le hubiera metido un palo en el estómago y estuviera removiéndolo. Gracias al resplandor del fuego agonizante, echó un vistazo a la estancia; la escoba de ramitas

apoyada en un rincón, los pucheros bien colocados en los estantes, las volutas de humo subiendo en espirales desde los apagados candiles, la alta hechura del telar de su madre y los pesos de arcilla en los hilos tintineando ligeramente.

«Si el bote se hunde, no volveré a ver nada de esto», pensó.

Cuando Sigrid le sacudió el hombro, se sintió como si hubiera pasado la noche en vela. Observó a su madre mientras ella le servía las gachas y trató de fijar su imagen en la memoria: Bolverk, una forma oscura y dormida en segundo plano, los ronquidos reverberando en la habitación, y Sigrid, con las mejillas redondas y sonrosadas brillando a la luz de la lumbre.

Se sentó a la mesa a comer, pero no paraba de temblar, y tuvo que esforzarse por engullir las gachas. Cuando Sigrid le sujetó la capa alrededor de los hombros, él extendió los brazos para darle un torpe abrazo. Al pasar junto a la cama, tocó suavemente el cabello de su padre con la punta de los dedos.

Fuera, *Peluda* saltaba delante de él, ladrando excitada. Apenas comenzaba a amanecer cuando Oddo recorrió el túnel, pero Dúngal y Thora ya estaban allí. En cuanto apareció, ambos se levantaron de un salto. Thora cogió los remos.

—Muy bien, vamos. ¡Aprisa!

Los dos muchachos agarraron el bote y cuando Oddo percibió lo liviano que era, se le cayó el alma a los pies. Con aquello era imposible cruzar el mar.

Enfilaron hacia el túnel.

—¿Y cómo vamos a sacarlo? —preguntó Oddo.

Todos miraron fijamente la abertura, demasiado estrecha para que cupiera siquiera aquella minúscula embarcación. Oddo sintió una oleada de alivio.

«No podremos pasar», pensó. Pero entonces advirtió la decepción en los demás rostros.

—¡Abramos más el agujero! —gritó Dúngal. Dejó caer su extremo del bote y comenzó a romper las espinosas zarzas con las manos desnudas—. ¡Ayudadme!

—Espera. Iré a por un hacha —dijo Oddo con resignación—. *Peluda*, tú cava la tierra.

Las patas de *Peluda* removieron el suelo mientras Oddo se precipitaba a la casa.

Ya de vuelta, empuñando el hacha, gritó a los otros que se apartaran y empezó a tirar tajos al espeso y erizado muro de árboles y arbustos. A su alrededor volaban ramitas y hojas que le arañaban la cara y se le enganchaban en el cabello. Por fin alcanzó a ver el otro lado.

—Probemos ahora —soltó en un jadeo.

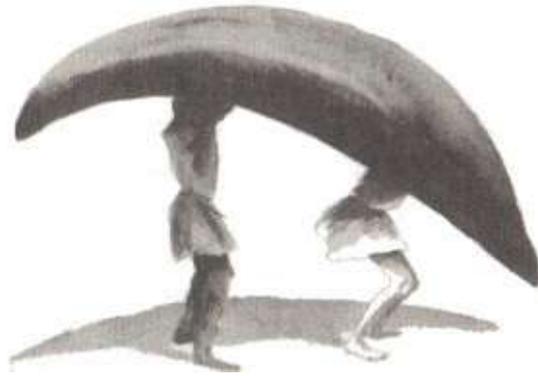
Se dobló, tratando de recobrar el aliento, mientras el pequeño *curach* se deslizaba por el hueco. Vio que Thora observaba el hacha que él sostenía en la mano y que luego le contemplaba el rostro. ¿Por qué parecía tan preocupada? De pronto cayó en la cuenta. Fue como un puñetazo en el estómago. Thora le había avisado sobre como cortar un árbol. Le había dicho que, debido a sus poderes mágicos, primero debía pedirle perdón. Si no lo hacía... le sucedería algo horrible. Dejó caer el hacha al suelo

y se limpió nervioso las manos en la túnica. Pero ya era demasiado tarde.

Con la sensación de estar condenado, levantó su extremo del bote y siguió a Dúngal río abajo.



9. ¿Por dónde?



—¡Deprisa! —insistía Dúngal—. Es tarde. Grimmr se despertará y verá que no estoy.
¡Puaj!

Tropezó con una raíz de árbol y se le soltó el *curach* de las manos. Se agarró la túnica exasperado antes de agacharse para alzar de nuevo la embarcación.

—Espera. Mejor le damos la vuelta. Lo llevaremos sobre la cabeza.

—¿Y cómo sabremos adónde vamos? —La voz de Oddo resonaba dentro del casco del bote.

—Mira abajo.

Dúngal observaba sus pies que brillaban en el suelo. De repente, vislumbró el agua.

—Alto, hemos llegado.

Cuando bajaba el bote, oyó gritos y pasos apresurados. Antes de acertar a esconderse, aparecieron dos formas entre los árboles. Eran dos chicos, altos y desbarbados como Oddo. El más alto corría delante, sosteniendo algo sobre la cabeza, mientras el menor intentaba darle alcance y lo llamaba a voces, enojado. Cuando irrumpieron en el bosque, los sonidos se desvanecieron.

Dúngal dio la vuelta al *curach* para ponerlo derecho.

—Oddo, ¿crees que te han visto? —le preguntó en un siseo.

—¿A mí? —Oddo parecía sorprendido.

—Eran tus hermanos, ¿no?

—No. Los hermanos de Thora.

—Oh. Pues se parecen a ti.

—Basta de cháchara —dijo Thora—. ¿Qué más da a quién se parezcan? Metamos el bote en el agua y larguémonos de aquí. —Se volvió y buscó en el matorral—. Aquí está la vela —gritó con voz amortiguada—. Bueno, ¿y el mástil?

Thora gateó hacia atrás, arrastrando el montón de tela. Oddo estaba inmóvil apoyado en una rodilla, mirando hacia el bosque. Dúngal encontró el extremo del mástil.

—Oddo, ¿no piensas ayudar? —le recriminó. Dejó el mástil en la orilla y sujetó la verga por la punta de arriba—. Vamos, sostén esto.

Oddo se puso en pie titubeando, los alejados extremos de la verga sobresaliendo a ambos lados.

—Yo la ataré a la vela —indicó Thora.

Al cabo de unos minutos se dispusieron a levantar el mástil. Thora se arrodilló en el *curach* para guiar la base y colocarla en su sitio. Dúngal asió el estay y empezó a tirar. Tenía la boca seca. Si el mástil no encajaba en la carlinga de madera...

—¡Dentro! —gritó Thora cuando el palo se encajó en el hueco con un ruido sordo.

Dúngal tragó saliva, aliviado.

Sin embargo, cuando el largo mástil estuvo en posición vertical, el *curach* se balanceó de modo alarmante. Oddo agarró la borda para que no volcara.

—¡Ya te dije que era imposible! —chilló.

—Metámoslo en el agua y ya está —dijo Dúngal, malhumorado.

No obstante, mientras lo empujaba por la orilla, notó el sabor amargo de la bilis en la garganta. Acaso Oddo tuviera razón. Tal vez no flotara.

El *curach* se deslizó en el agua y Dúngal saltó a bordo. El alto mástil se ladeó, el bote se escoró y entró agua por un costado.

—¡Esto se hunde!

Rodó frenéticamente hacia el otro lado y al cambiar su peso de sitio, la embarcación se estabilizó. Se tumbó de espaldas. El bote osciló y Dúngal miró fijamente el mástil, que temblaba pero se mantenía vertical. Notaba las olas azotando el cuero. Se incorporó despacio, con cuidado.

Thora estaba brincando y aplaudiendo entusiasmada en la orilla.

—¡Lo has conseguido! ¡Estás flotando! —chillaba.

Con una amplia sonrisa, Dúngal cogió un remo. Lo bajó por el lado de la barca y comenzó a remar trazando un círculo.

—A óen —empezó a contar.

Siguió remando en círculo.

—A dó.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Thora—. ¡Creía que tenías prisa!

—Obtener la bendición del sol —explicó Dúngal—. Tres círculos para tener suerte. Éste es el último. —Completó el giro—. A trí! —dijo, y se dirigió a la orilla—. Id con cuidado. Que no vuelva a ladearse.

—Ojo, *Peluda* —avisó Oddo, apartando a la ansiosa perra.

En cuanto todos hubieron subido a bordo, el *curach* osciló peligrosamente. Oddo palideció y se sentó de golpe, agarrándose a los lados.

Cuando el caldero, las mantas de piel y los tarros de comida estuvieron a bordo y colocados a sus pies, Dúngal desplegó orgulloso la vela. Ésta colgó flácida y el bote se balanceó en la corriente.

—Muy bien, Oddo. —Thora señaló río abajo—. ¡Haz que sople el viento!

Todos miraban arriba anhelantes; incluso *Peluda* levantó el hocico y miró la vela

entornando los ojos. Dúngal percibió una ligera brisa a través del pelo. La tela de lana tembló, se agitó una vez, y luego se hinchó. El *curach* dio una sacudida y zarpó a toda velocidad.

—¡Muévelo al otro lado! —chilló Dúngal, asido el timón.

—¡Estamos navegando! —gritaba Thora, pero Oddo levantó una manga empapada.

—¡Estamos haciendo agua! —bramó. Señaló con el dedo. El agua se escurría por los agujeros donde el cuero estaba cosido al armazón—. Ya dije que esto pasaría.

Thora cogió el cucharón de madera y se dispuso a achicar.

—¡No te preocupes! —dijo Dúngal—. Cuando el cuero esté mojado, los agujeros se cerrarán. —Pero cuando se acercaban a la desembocadura del río, distinguió las altas y batientes olas. Mantenía la mano agarrada al timón. ¿Resistiría el pequeño bote aquellas enfurecidas olas? Cuando se acercó la primera ola grande, tomó a Thora del brazo—. ¡Sujétate fuerte!

La montaña de agua se alzó por encima de sus cabezas y la blanca espuma goteó desde la cresta. Pero el *curach* también se levantó, bailando y balanceándose con la marejada. La ola se deslizó por debajo del casco y luego se fue debilitando, como una ondulación inofensiva. El *curach* flotaba como una gaviota, elevándose y sumiéndose en el mar.

Dúngal notó que todo su cuerpo suspiraba de alivio y sintió las mejillas surcadas de lágrimas.

Thora rió alborozada.

—Oddo, ¿no te dije que Dúngal construiría un autentico barco?

Con agua en los ojos y sal en los labios, Thora y Dúngal se desternillaron de risa ante las olas. Balanceándose sobre las patas traseras, *Peluda* ladraba a las aves marinas que revoloteaban en lo alto y a los alcabuces de largo cuello, que se zambullían en busca de peces. Gráciles y pequeñas golondrinas de mar maniobraban y graznaban entre las crestas de las olas, perseguidas por un voraz págallo que intentaba arrebatarles la presa de sus rojos y brillantes picos.

En el penol, se había desatado un nudo y la vela batía ruidosamente al viento.

—Mejor que la asegure —dijo Dúngal.

—¿Bajo la verga?

—¡No! No aminores la marcha. Ya llego.

—Qué tontería —soltó Oddo—. Eres demasiado bajo. Yo lo haré.

—Lo arreglaré yo —dijo Dúngal—. Tú no sabes cómo se hace.

Apiló las mantas de piel y luego colocó encima el enorme caldero boca abajo, a modo de escalón. Cuando subió, toda la estructura se bamboleó. Tuvo que agarrarse al mástil intentando no perder el equilibrio antes de alzar los brazos para atar la correa.

—¡Ten cuidado! —avisó Thora.

Esbozó una mueca y miró hacia abajo.

—*Déccaid!* ¡Mira! —Escogió el momento adecuado, se reclinó hacia atrás apoyado en el mástil y mantuvo el equilibrio—. ¿Qué te parece? —gritó, estirando los brazos y balanceándose.

La vela se aflojó y se agitó ruidosamente. Dúngal miró alrededor sorprendido.

—¿Y el viento? ¿Dónde está? —preguntó.

—No me has dicho qué dirección hay que tomar —aclaró Oddo—. No puedo leerte el pensamiento.

Dúngal lo fulminó con la mirada.

—Primero a las islas Feroe —dijo.

—Al oeste —explicó Thora.

Se produjo un «zuuum» y el bote se escoró. Pillado por sorpresa, Dúngal osciló sobre las olas, agitando los brazos. Oyó el grito de alarma de Thora, y acto seguido cayó dentro del *curach*. Mientras descendía, advirtió la mueca burlona en el rostro de Oddo.

—Ya te decía que me dejaras a mí.

Dúngal se incorporó, ceñudo, frotándose el codo. Ahora el *curach* sobrevolaba las olas. Se inclinó a un lado y miró a lo lejos con los ojos entrecerrados para protegerse de las salpicaduras.

—Y después de las islas, ¿dónde? —preguntó Thora.

—Me parece que al sur.

—¡Te parece! —graznó Oddo como un ave enojada—. ¿Qué quieres decir con eso? Nos tienes en medio del mar, lanzados a toda velocidad en este cascarón, ¿y ni siquiera sabes dónde vamos?

—No tenías por qué venir. Yo solo ya habría encontrado el camino.

En ese momento entró agua por un lado de la embarcación. Oddo cogió el cucharón y empezó a achicar, frenético.

—Ya decía yo que eras un *lemming*. Sólo un *lemming* sería lo bastante estúpido para lanzarse al mar y ahogarse adrede.

—¡Eso lo serás tú! —replicó Dúngal—. ¿Y qué pasa con tus hechizos? Si eres tan listo, ¿por qué no usas tu magia para encontrar el camino?

Dúngal pensó que Oddo le iba a lanzar a la cara el cucharón lleno de agua.

—Dúngal, no seas tonto —dijo Thora.

—¿Tonto yo?

—La magia no lo puede hacer todo. Oddo no puede...

—¿Que no puedo qué? —soltó Oddo—. Puedo hacer las cosas mejor que ese idiota. —Arrojó el cucharón al suelo del bote—. Haré el cambio de forma y buscaré su maldito Ériu.

—Pero... —Thora parecía nerviosa—. ¿Has traído una varita? ¿Y el círculo mágico?

—Puedo prescindir de eso.

—Pero Oddo, será peligroso...

—Tonterías. Te preocupas demasiado. Lo hice una vez, y salió bien. —Abrió la bolsa y sacó lo necesario para encender fuego—. Puedo hacerlo con un fuego de verdad... Sólo necesito algo que arda. —Se precipitó sobre un trozo de cuerda de ortigas y empezó a cortarla con el puñal—. Esto servirá.

—Es la cuerda de repuesto —protestó Dúngal—. ¿Y si las otras se rompen? —Vio que los cabos se tensaban y vibraban en la vela hinchada.

—No se romperán. —Oddo apretaba los dientes mientras tiraba tajos—. Las hizo Thora. Son resistentes. —Cogió el caldero—. Encenderé el fuego aquí.

—¡No! —Thora agarró el caldero por el otro lado y tiró de él.

—¿Qué pasa? —preguntó Dúngal—. ¿Qué es un... cambio de forma?

—Oddo adopta una forma animal mientras su verdadero cuerpo se queda en el sitio. Pero... ha de estar protegido por un círculo mágico. Ojalá no le hubieras insultado. ¡Oddo, no lo hagas!

Thora intentó llevarse el caldero, pero Oddo se lo impidió y golpeó el eslabón con el pedernal. Chispas amarillas saltaron en el aire hasta que una llama minúscula empezó a titilar entre las secas hebras de cuerda. Oddo dejó sus herramientas, arrebató el caldero a Thora y comenzó a soplar en el fuego.

—Ahora, aseguraos de que no se apague —ordenó entre jadeos—. ¡Si no, no podré regresar a mi cuerpo!

—Pero...

—Durante un par de días, el viento soplará hacia el oeste. Precisamente en la dirección de las islas Feroe. Nos vemos allí.

—Pero... —Thora estaba cada vez más inquieta.

—¡Psst! —Se encogió, abrazándose las rodillas—. Voy a ser un ave marina —susurró—. Una de esas golondrinas de pico rojo.

—Pero...

Dúngal observaba con interés mientras una mirada vidriosa aparecía en los ojos de Oddo.

RN1X1F

10. Cambio de forma



Mientras Oddo miraba porfiado en las profundidades del caldero, las vacilantes hebras estaban cada vez más al rojo. Las llamas llenaron el caldero y se alzaron en una cortina de luz dorada, y más allá, posado en la borda, se apreció la silueta de un ave.

El cuerpo de Oddo parecía fluir hacia las llamas. Se le aceleró el corazón, que palpitó cada vez más rápido. Le latía la sangre en la cabeza. El viento bramaba, tratando de tirarlo del bote. Se encorvó y se agarró fuerte a la madera con las patas.

Peluda ladró y se abalanzó sobre él. Por instinto, Oddo alzó los brazos y empujó hacia abajo. Entonces notó sobresaltado que su cuerpo se elevaba. Desapareció la sólida madera que había bajo sus pies y se sintió impulsado hacia delante. El viento lo levantó, lo transportó. ¡Estaba volando! En pocos instantes estuvo lejos de la embarcación, en pleno mar.

Agitaba las alas y se movía a sacudidas, como una flecha disparada de un arco. Se desplazaba a toda velocidad por encima del agua mientras el viento le atravesaba el plumaje.

«¡Puedo volar!», pensó exultante.

Movió las alas en el aire como si se trataran de remos en el agua. Subió más alto, más alto y más rápido. Veía pasar las olas sin parar. Desde las alturas, parecían rizos inofensivos.

«¿Cómo giro? —se preguntó—. Quizá también ocurra como al remar». Agitó un ala más deprisa que la otra y logró trazar una curva.

El *curach* apareció en su campo visual, y vio que los viajeros escudriñaban el cielo. Pero sólo *Peluda* alcanzó a distinguir su forma mágica de ave. A medida que Oddo se acercaba, la perra ladraba en señal de bienvenida, mientras Dúngal y Thora miraban hacia arriba sin comprender, incluso cuando él descendió en picado sobre sus cabezas.

—¡Kik kik kik! —gritaba.

Pero naturalmente ellos no le oían.

Extendió las alas y comenzó a dejarse llevar por el viento, a planear. Notaba las

corrientes que lo elevaban, lo transportaban, como un bote en un mar apacible. Pasaba rozando las olas, luego se quedaba suspendido un instante, mirando los lomos plateados de los raudos peces. De repente, pegó las alas a los costados y se dejó caer bruscamente como una piedra. Golpeó el agua con un ¡plaf!, hundió el pico, y enseguida volvió a estar en el aire, bajo una lluvia de gotas de agua que producían destellos irisados y un pez vivo meneándose en el interior de su garganta.

En ese preciso instante oyó un aleteo en el aire. Miró hacia arriba y vio un enorme págalo que se abalanzaba sobre él. Oddo maniobró tratando de alejarse, pero su perseguidor hizo lo propio. Las horribles garras le rasgaban las alas, y de pronto le asieron de las plumas de la cola y lo arrastraron. Oddo graznó de miedo, y el págalo aprovechó la oportunidad para arrebatarse el pez del interior del pico abierto y llevárselo.

Asustado y con las plumas desordenadas, Oddo regresó bamboleándose al *curach*. Sus patas buscaron a tientas una percha en el penol, y dejó caer pesadamente las alas a los lados. Se quedó allí acurrucado, balanceándose al ritmo del bote, con el plumaje maltrecho. En cuanto su cuerpo dejó de temblar, volvió la cabeza hacia su espalda y hurgó bajo la cola buscando un poco de aceite. Con el puntiagudo extremo del pico rozó las plumas, frotándolas con el lubricante para suavizarlas. Extendió las dos largas plumas de la cola y luego empezó con las alas, acariciándose y recomponiéndose. Sólo cuando tuvo las plumas limpias y arregladas bajó la vista al bote.

El fuego aún ardía en el caldero, y *Peluda* estaba acurrucada al lado. Oddo vio que Thora cortaba un trozo de queso y se lo daba a Dúngal. Cuando se inclinó hacia el chico, el viento le levantó el largo pelo color de miel de modo que le envolvió la cabeza. Parecían cómodos y satisfechos, sin pensar en él ni por asomo. Incluso dieron la espalda a su forma de muchacho al pie del mástil.

«He dejado a Thora a solas con este ceporro», pensó Oddo, irritado.

Por un instante estuvo tentado de abandonar el cambio de forma. Las llamas del caldero se alzaban tentadoras hacia él. Entonces vio que Thora se protegía los ojos del sol y miraba el mar.

—¿Aún no ves tierra? —preguntó.

Estaba hablando con Dúngal, pero Oddo alzó sus rojas y palmeadas patas y se dio la vuelta en la percha para poder mirar también. Incluso con su vista aérea, lo único visible en cualquier dirección era el mar infinito.

«Si regreso a este bote —pensó—, podemos estar navegando por los siglos de los siglos y no llegar jamás a Irlanda. Nunca me libraría de este engreído vanidoso...»

En ese preciso instante, Thora se volvió para vigilar el caldero. De modo que no se había olvidado de él. Su amiga cogió una hebra de cuerda de ortigas para avivar las llamas, pero al inclinarse hacia delante, Dúngal tiró de su falda y sostuvo en alto el trozo de queso.

«Déjala en paz, asquerosa boñiga», pensó Oddo malhumorado. Levantó la cola y

mandó hacia abajo un pequeño proyectil blanco. Hizo plaf en el pelo rojo, y goteó por la mejilla de Dúngal. Oddo graznó de júbilo. «¡Toma excremento!»

Lástima que Thora no pudiera verlo. Pero aquellas heces no eran para ella más visibles que su forma mágica de ave. Oddo se quedó allí descansando otro rato; luego, tras un último vistazo de añoranza a la embarcación, extendió las alas y alzó el vuelo.

MI XRFBFMOR DM RNFS

11. El caldero



—¿Por qué no vamos más deprisa? —dijo Dúngal—. ¿Tu amigo no iba a controlar el viento?

—Si está en un cambio de forma, no puede —aclaró Thora.

—En este caso, espero que se dé prisa.

Thora miró esperanzada a Oddo, pero su forma de muchacho seguía con la mirada perdida.

Dúngal bostezó ruidosamente. El crepúsculo los iba envolviendo.

—Uno de los dos ha de quedarse despierto y vigilar el fuego —advirtió Thora. Dúngal se recostó y cerró los ojos—. Supongo que me toca a mí —añadió.

Cuando el mundo más allá del bote hubo desaparecido en la negrura, el pequeño fuego pareció arder con más intensidad. La embarcación se balanceaba, cabeceaba, las danzarinas llamas destacando un aleteo de la vela, un vislumbre de la mejilla de Dúngal apoyada en su mano, y el brillo del agua en el pelaje de *Peluda*.

Thora distinguió parado en las olas un alcatraz dormido, engullido luego por la noche tras dejarlo atrás.

Poco a poco despuntó el alba y Dúngal abrió los ojos.

—¿Todavía no ha vuelto Oddo?

Thora negó con la cabeza.

—Tengo hambre. —Thora se puso en pie con dificultad, moviendo el bote mientras tiraba de un pescado seco que colgaba del estay.

—¡Cógelo! —gritó.

Thora lo intentó, pero estaba rígida y entumecida. El pescado se le escurrió de entre los dedos y *Peluda* se lo arrebató.

—Demasiado lenta.

Las horas transcurrían despacio y Dúngal empezó a impacientarse: ajustó la vela, apretó nudos, atisbo el horizonte cada cinco minutos por si se veía tierra.

El viento arreció y comenzó a llover. Thora se inclinó sobre el caldero para protegerlo.

—Date prisa, Oddo —dijo, pero la figura al pie del mástil no se movía.

—Un ave vuela muy rápido, ¿verdad? —preguntó Dúngal.

Thora se encogió de hombros.

—No sé, pero en nuestro caso puede que tarde siglos en llegar a su destino.

La segunda noche no durmieron ninguno de los dos. Thora sabía que Dúngal también escudriñaba la oscuridad, tratando infructuosamente de distinguir qué había delante. Como ella, aguzaba el oído para percibir cualquier sonido que anunciara que se aproximaban a tierra.

Se oyó el lejano chillido de un ave marina. Esperanzada por un momento, Thora pensó que acaso fuera Oddo; pero pronto recordó que no podía oírle.

Amanecía. Thora echó un vistazo a Dúngal. El cabello y la manta de piel alrededor de los hombros centelleaban con diminutas gotas de humedad. Miró hacia el mar que los rodeaba. Se hallaban sumidos en una niebla que poco a poco se iba disipando. Observó unas algas que se arremolinaban en el agua, las oscuras siluetas de unas rocas, y luego... ¡tierra!

A medida que se fueron acercando, el borroso contorno adoptó la forma de islas desperdigadas. Alcanzaban a ver una costa abrupta y las blancas crestas de las olas estrellándose contra los acantilados.

—¡Uf! Mira esas olas —dijo Dúngal, inquieto.

Su voz casi quedaba ahogada por los golpes del viento y los gritos de las aves.

Thora abrazó con fuerza a *Peluda* y miró los acantilados.

—¿Dónde vamos a desembarcar?

Dúngal señaló un canal que discurría entre dos islas.

—Iremos hacia allí —chilló.

Mientras maniobraba en dirección a la abertura, el *curach* se vio arrastrado por la marea y arrojado entre las islas. El viento, encauzado por la costa rocosa, se elevaba hasta producir un chillido. El agua burbujeaba, subía y bajaba como si borboteara en un caldero.

Agarrada al bote, Thora buscó un lugar donde desembarcar.

—¡Allí! —indicó ansiosa, señalando una playa de guijarros.

Dúngal hizo presión sobre el timón, pero no pasó nada.

—¡No obedece! —gritó. Tiró de las sujeciones de cuero, y éstas se desprendieron, quedando rotas e inservibles en su mano—. ¡Arriemos la vela!

Quitaron las cuerdas como pudieron mientras el agua les azotaba la cara y el viento aullaba y los desequilibraba. Sin embargo, incluso sin la vela, la corriente los hacía girar impotentes frente a las pequeñas bahías y playas resguardadas. Desde el agua se elevaban aguzadas aristas de roca, y Thora temió que el pequeño bote chocara contra ellas y quedara triturado.

—Hemos de parar —murmuró con un lamento.

Alcanzó a distinguir ovejas que pastaban en los prados, casas de las que salía humo por la chimenea y gente que gritaba y saludaba con la mano. Y llegaron a la última playa, las últimas rocas, el último vislumbre de tierra; salieron del canal y

alcanzaron otra vez mar abierto.

—Increíble.

Thora miró las islas Feroe, que se iban perdiendo en la distancia.

—¡Hemos pasado de largo!

Dúngal cogió los remos.

—¡Volveremos!

—Espera, yo ayudaré. No empieces aún...

Antes de poder llegar hasta él, una ola le arrancó los remos de las manos. Thora golpeó el costado de la embarcación y sintió que unas lágrimas de cólera y frustración le llenaban los ojos.

—Te he pedido que esperaras.

—No te preocupes. Los recuperaré. Sé nadar.

Dúngal se zambulló en el agua e inmediatamente desapareció bajo una ola. Cuando emergió, tosiendo y resoplando, los remos eran minúsculos palitos a lo lejos. Thora le arrojó una cuerda.

—¡Dúngal, están demasiado lejos! No los alcanzarás.

Durante unos momentos angustiosos, Dúngal se agarró al extremo de la cuerda, mirando hacia los oscilantes remos, hasta que se volvió y subió a bordo. El *curach* se inclinó y entró agua.

—Estás loco. —Thora lo miró. Dúngal estaba sentado en un charco, ya que la ropa y el pelo le chorreaban—. Podías haberte ahogado.

En ese instante, *Peluda* se levantó de un salto. Alzó la cabeza al cielo, los pelos del cuello erizados en el viento, y soltó un gañido insistente.

—*Peluda*, ¿ves a Oddo? —Thora miró hacia arriba, esperanzada—. Oddo, ¿estás ahí? ¡Por favor, háblame!

Oddo escudriñaba el mar en busca de alguna señal del *curach*. Había estado volando dos días con sus respectivas noches sin descanso, pero por fin había encontrado Irlanda, y ahora ya podía dejar de ser un ave. Le dolían los músculos de las alas. Además, tenía hambre. Esos págalos abusones nunca le dejaban comer nada. Cada vez que atrapaba un pez, se lo arrebataban.

Miró con envidia a una bandada de alcatraces que se zambullían en busca de su almuerzo.

«Ojalá hubiera escogido ser un ave grande como ésas.»

En cuanto se le ocurrió este deseo, sintió que lo inundaba un chorro de energía. Puso los ojos en blanco y vio que tenía largas y níveas alas con las puntas negras.

—¡Me he convertido en un alcatraz! —Se dirigió hacia un págalo y notó una sensación de triunfo al pasar y alejarse como una flecha—. Ahora sí que podré comer.

Escrutó el horizonte y distinguió un conjunto de formas nudosas en la lisa superficie del mar. ¡Las islas Feroe! Oddo se dirigió hacia ellas, ayudándose por las

corrientes ascendentes de las encrespadas olas. En un instante estuvo dando vueltas en círculo, aguzando el oído para percibir los ladridos de *Peluda* o el tintineo de la risa de Thora. Localizó el pequeño *curach*, que se bamboleaba entre las olas más allá de las islas. Chillando de alivio, se lanzó en picado.

Allí estaba Thora, y el caldero... enseguida distinguiría las llamas. ¡Ahora recuperaría su forma humana! En un frenesí de plumas, se posó en el tope y bajó la vista, inquieto. Miró fijamente y parpadeó, sin dar crédito.

Apenas reparó en que *Peluda* se levantaba rápidamente y aullaba, con el pelo del cuello al viento. Vio que Thora inclinaba la cabeza, siguiendo la mirada de la perra. El cabello también le ondeaba alborotado, y extendió las manos para apartarse los mechones que le tapaban los ojos.

—Oddo, ¿estás ahí? —gritó. La voz sonaba ronca—. ¡Por favor, háblame!

Oddo se fijó en las lágrimas que corrían por las mejillas de Thora. Abrió el pico, del que brotó un débil graznido, aunque, por supuesto, ella no lo oyó.

Nunca más podría oírle.

El caldero se había volcado, y el agua entraba y salía a cada balanceo del bote.

El fuego se había apagado.

MMMM MFR<FR

12. Tormenta



—¿Sabrías encender otro fuego? —Dúngal puso otra vez derecho el caldero y lo miró expectante.

Thora lo observó fijamente y acto seguido se arrojó sobre el empapado revoltijo en el suelo del *curach*.

—Ayúdame a encontrar las herramientas para encender fuegos.

Pero no había ni rastro. Quedó abatida, sumida en la desesperación.

—Puf, habrán saltado por la borda —apuntó Dúngal con un hilo de voz.

De todos modos, en este bote que más parece un lago no se puede usar nada como yesca. —Thora asestó un manotazo a una manta que goteaba, y al instante farfulló asqueada cuando el agua le salpicó la cara—. Todo está empapado.

—Creo que los cucharones también han desaparecido —señaló Dúngal, cabizbajo.— Pero no te preocupes. Puedo achicar con las manos. Tengo las manos grandes.

Comenzó a achicar, pero la mayor parte del agua se le escurría por entre los dedos antes de acertar a echarla por la borda. Resignada, Thora se dispuso a ayudarle. Al final del día, ambos tenían las manos despellejadas e hinchadas, pero el movimiento del bote era algo menos perezoso.

—¿Lo ves? —dijo Dúngal—. Todo irá bien. No te preocupes. Yo cuidaré de ti. ¿Quieres... *uisce*? ¿Agua?

Cogió la bolsa de piel de cabra y la sostuvo en alto. Thora tomó un sorbo.

—¡Uff! Aquí también ha entrado el agua de mar. —Enseguida notó la lengua seca como un arenque salado—. ¿Cómo nos las arreglaremos sin agua? Quizá tardemos días en desembarcar en algún sitio donde podamos conseguir más.

Miró a Dúngal, que estaba encorvado y alicaído.

—Es culpa mía, ¿verdad? —dijo.

Thora suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de él. Los dos permanecieron en silencio, con la mirada fija en las interminables olas. Thora deseaba que anocheciera. Deseaba tener una excusa para tumbarse, cerrar los ojos y olvidar. Pero en ese extraño mundo perdido, el sol se ponía tan despacio que parecía que nunca iba a caer

la noche.

Cuando Thora se despertó, Dúngal estaba hurgando en un revoltijo en el suelo del bote.

—Oye, no hay nada para comer —murmuró.

—¡No digas tonterías, algo ha de haber!

Pero Dúngal tenía razón. Las olas se habían llevado la carne seca, las zanahorias y el queso, y sólo quedaban unas cuantas migajas empapadas de pan que se habían enredado en las mantas.

—¡Me muero de hambre! —gimió Thora.

En ese instante oyó un silbido y un aleteo sobre su cabeza. Sobresaltada, alzó la vista y tuvo el tiempo justo de agacharse y esquivar un pez que cayó desde el cielo al *curach* produciendo un sonoro «paf».

—¡Oddo! —exclamó Thora en un susurro.

Dúngal miró la enorme caballa, cuyas escamas verdeazuladas relucían al sol, mientras daba coletazos por el bote.

—¿No dijiste que se había convertido en un ave?

—¡No, no! Quiero decir que Oddo ha cogido este pez para nosotros. Oddo es un ave. Y nos ha traído comida. Estará volando cerca, escuchando y observando. Y...-Se le formó un nudo en la garganta y alzó los ojos. —Está... cuidando de nosotros. Oh, Oddo, lamento lo del fuego.

Eh, gracias por el pescado —gritó Dúngal—. Lo cortaré en pedazos para que nos lo podamos comer.

Dúngal alargó la mano hacia el cuerpo inerte de Oddo, sentado aún junto al mástil, y le quitó la daga del cinturón. Thora puso un trozo de pescado en la palma de su mano, la sostuvo en alto y se concentró con todas sus fuerzas.

—¡Oddo, compártelo con nosotros!

Una ligera vibración en el aire le acarició la mejilla, y el trozo desapareció. Thora miró la palma vacía.

¡Oh, Oddo! ¡Ojalá pudiera verte!

Se volvió y miró abatida la carcasa del chico que había sido Oddo.

—Lo lamento —susurró de nuevo.

Él no se movió ni pestañeó.

Una ráfaga de viento azotó las olas, y el bote dio molestos bandazos. Thora se agachó cuando le salpicó en la cara una rociada de agua salada.

—¡Icemos la vela! —gritó Dúngal, poniéndose en pie de un salto—. Encontraremos tierra.

—Pero... ¿dónde? —chilló Thora, tirando de la maraña de cuerdas y tela—. No sabemos qué rumbo tomar.

—No importa. ¡Iremos a cualquier parte, a donde nos lleve el viento! Encontraré

agua y comida.

La pesada y empapada vela les golpeaba la cara al agitarse, y las cuerdas les quemaban las manos. Pero al fin lo lograron, y el pequeño bote volvió a navegar.

—Te apuesto lo que quieras a que soy el primero en divisar tierra —gritó Dúngal.

Thora se metió los doloridos y congelados dedos bajo las axilas y volvió la vista hacia el mar. Avanzaban sin parar, y los dos escrutaban la interminable extensión de grises olas en busca de alguna señal de tierra.

—*Ced sin?* —gritó Dúngal—. ¿Qué es esto?

Pero sólo era la joroba de una ballena.

Thora se dejó caer pesadamente y cerró los ojos. Sólo pensaba en su garganta reseca. Tenía los labios hinchados y agrietados. Cuando intentó lamérselos, advirtió que la lengua estaba acartonada.

Perdió la noción del tiempo. Unas veces, al abrir los ojos, el mundo era oscuro; otras brillaba la luz del sol. Dúngal había dejado de parlotear y de moverse impaciente, y los únicos sonidos eran los crujidos del bote, los golpazos de las olas y los gemidos del viento.

—¡Thora! ¡Mira!

Thora abrió los ojos de golpe. El cielo tenía el color morado intenso de un cardenal. Estaba sembrado de nubes espesas y grises como lana sucia. Y apiñadas en el límite del mar se advertían vagas formas que semejaban montañas.

—¿Aquello es tierra?

La joven se incorporó tambaleándose, agarrándose al mástil para conservar el equilibrio. Forzó la vista mientras el viento iniciaba un gemido agudo y extraño. Las olas comenzaron a embarullarse, a cabalgar unas encima de otras. El gemido se convirtió en un furioso vendaval, y el oleaje se embraveció. Thora vislumbró una avalancha de agua ondulándose sobre ellos. Notó que el mástil se doblaba y se tensaba, arrastrado por la fuerza de la húmeda y pesada vela.

—¡Dúngal! ¡Ayúdame a arriar la vela! ¡Se va a romper el mástil!

Una de las cuerdas se partió de golpe y azotó la cara de Thora, que soltó un grito. Con la mano en la mejilla y los ojos ardiéndole por las lágrimas, observó que Dúngal cortaba los otros cabos que sujetaban la vela.

Un relámpago rasgó la capa púrpura del cielo. Un segundo después, retumbó un trueno. Thora apenas podía pensar ni respirar. El viento la golpeaba y le abrasaba el rostro. Arrastrándose y sollozando, juntó unas cuerdas con las manos.

—... Atar... al mástil —dijo entre jadeos.

Empezó a pasar una cuerda en torno al cuerpo flácido de Oddo y al pequeño bulto tembloroso que era *Peluda*. Diluviaba agua helada, y notó que Dúngal asía una cuerda, la arrastraba hacia él y los sujetaba a los dos al mástil.

El bote iba disparado. A través de sus ojos irritados por la sal, Thora distinguió la amenazadora silueta del acantilado. Al instante siguiente, fueron absorbidos en un tumulto de olas atronadoras, y el *curach* chocó y trepidó contra las negras y brillantes

rocas. El mástil se quebró por la base. Las sujeciones se rasgaron, y Thora, aferrada a Oddo, fue lanzada al aire.

Alcanzó a ver el cielo púrpura, los saltos del verde oleaje, y luego se hundió en el agua helada y revuelta. Agitó las piernas, tratando de impulsarse hacia la superficie, pero el desvalido cuerpo de Oddo la arrastraba hacia abajo. El agua se le metía por la nariz y la garganta, asfixiándola, ahogándola. De repente, por un instante, pareció que se aligeraba la carga. Notó que ascendía. Experimentó unos momentos de alivio, una bocanada de aire, pero enseguida una ola grande la lanzó hacia los abruptos y negros acantilados.

AN<NFS

13. Naufragio



Dúngal abrió los ojos. Estaba tendido boca abajo en una playa. Le cayó encima una ola, que acto seguido se retiró y dejó sólo unas blancas burbujas de espuma en la arena mojada y negra que lo rodeaba.

Sintió náuseas y vomitó agua de mar.

Se acercaba otra gran ola. Pese a las arcadas, intentó levantarse apoyándose sobre las manos y las rodillas, y empezó a arrastrarse por la playa. Lo seguía el extremo roto de la cuerda que llevaba en torno a su cintura. A la derecha se alzaba la enorme sombra de una pared rocosa.

—¡Thora! —gritó.

El viento y la lluvia se llevaron su voz. Se volvió para localizar el *curach*, pero fue en vano. Se puso en pie como pudo y echó a correr por la playa, tropezando y gateando. Llegó a los acantilados y buscó desesperado entre los oscuros huecos y los fragmentos pedregosos. No localizó movimiento alguno, ninguna respuesta a sus gritos. Sólo los espeluznantes graznidos de las gaviotas.

Abrazándose, se acurrucó contra las rocas, sintiéndose tan solo e impotente como un polluelo recién salido del cascarón y caído del nido. La lluvia le acribillaba la cara. Levantó los ojos y abrió la boca, pero su lengua reseca sólo recibió unas pocas gotas desesperantes. Desazonado, se volvió para lamer la húmeda y reluciente superficie del acantilado.

Sabía a sal.

Se dejó caer pesadamente y miró hacia la cala.

«Soy el único superviviente», pensó.

La playa estaba desierta. No se veían botes ni redes de pesca. Nada. Sólo un gran vacío negro de arena y guijarros, y luego más rocas dentadas, más paredes rocosas. Delante, las olas batían y rodaban huecas e implacables hacia la orilla. Cogió un puñado de piedras negras y brillantes y las arrojó a la playa.

Se oyó un aleteo: unas gaviotas que chapoteaban en la espuma levantaron el vuelo, sobresaltadas. Borearon la costa impulsadas por el viento, trazando círculos y chillando. Pero en las rocas de más abajo, un ala pálida seguía levantándose y hundiéndose, levantándose y hundiéndose.

Dúngal la observó desconcertado. De repente lo asaltó un soplo de esperanza. Quizá no fuese un ave. Quizá... Se puso en pie de un salto y echó a correr. Enseguida descubrió, sobre las rocas, un sucio trozo de tela hecho jirones. ¡La vela! Se elevó una esquina en el viento, y debajo vislumbró unos pies blancos y pequeños. ¡Thora!

Se acercó tambaleándose, agarró el extremo de la vela y tiró de él. Oddo estaba allí espatarrado, y más allá Thora, con los dedos entrelazados todavía alrededor del cinturón. Yacía tendida sobre los guijarros. Sus cabellos mojados parecían algas y tenía los ojos cerrados.

—¡Eh! ¡Thora!

Dúngal la asió del hombro y la zarandeó. Su cabeza se balanceó y emitió un gruñido. Sus ojos se abrieron, parpadeando. Lo miró fijamente.

—¿Dónde está Oddo? —preguntó en un susurro.

Dúngal señaló hacia un lado.

Ahí. Estás agarrada a él.

Ella se volvió para mirar, soltó el cinturón y se frotó los dedos. Se incorporó vacilando.

En ese momento, una ola se deslizó en la playa. Se rizó en torno a las piernas de Thora y bañó el rostro de Oddo. Ella alzó la cabeza de su amigo.

Hemos de trasladarlo.

El desmadejado cuerpo de Oddo pesaba como el de una ballena. Lenta y penosamente, lo arrastraron un trecho por la playa y luego se pararon, resollando.

—Bien, un poco más.

Dúngal apretó los dientes, aferró a Oddo con fuerza y volvió a tirar. El chico se desplazó por la tierra y las piedras hasta detenerse. Dúngal y Thora se desplomaron a su lado.

—No pienso arrastrarlo más —gruñó Dúngal.

Por el rabillo del ojo advirtió que Thora se esforzaba por sentarse derecha. Vio que señalaba algo verde en el acantilado que se alzaba sobre sus cabezas.

—¿Dúngal? —dijo con voz ronca—. ¿Llegas tú? Es hinojo marino. Bueno para comer.

Dúngal miró. Se imaginó el agradable jugo bajándole por la garganta. Logró reunir fuerzas para levantarse y ponerse de rodillas, y unos instantes después los dos estaban sorbiendo ávidamente el líquido de las largas y carnosas hojas.

—Esto ya está mejor —dijo Thora—. Pero aún tengo hambre.

Miró ceñuda alrededor y empezó a arrastrarse por la arena. Dúngal la observaba, pero tenía la fuerza de una hebra de alga. Se dejó caer y cerró los ojos.

Le despertó el sonido de alguien masticando. Un aroma intenso y agradable neutralizó los olores del mar y la sal. Dúngal abrió un ojo despacio.

—¿Quieres un poco? —Thora estaba comiendo un tallo grueso, de color morado,

mientras el jugo amarillo le goteaba por la barbilla—. Es angélica. Te hará sentir mejor.

Dúngal consiguió incorporarse y tendió la mano. Thora tenía razón. Mientras mascaba, el muchacho empezó a sentir un cosquilleo en el cuerpo y fue recuperándose. Al cabo de unos minutos se notó lo bastante fuerte incluso para ponerse en pie. Dio unos pasos vacilantes y sonrió abiertamente de gozo. Sentía las piernas casi normales. Miró al mar. Una cabecita con orejas negras y despabiladas se meneaba en el oleaje.

—¡Eh, mira!

La ola barrió la playa, y en la arena quedó un bulto mojado y erizado. Se levantó titubeante, dio una débil sacudida y se acercó a ellos trastabillando.

—¡Peluda! —Thora lanzó los brazos a la temblequeante criatura y le ofreció unas cuantas hojas—. ¡Otra vez todos juntos! —exclamó—. Y sanos y salvos.

—Pero... estamos aquí atascados —dijo Dúngal tartamudeando—, sin bote. Y Oddo... está todavía... —Contempló el rostro de mirada fija y vacía.

—Pues conseguiremos un bote. Y haremos fuego.

—¿Cómo? —Dúngal miró alrededor, a la ensenada desierta—. ¿Dónde?

En este lugar ha de haber gente —dijo Thora. Señaló a través de la arena, y por primera vez Dúngal advirtió que más allá de la cala había una extensión verde—. Creo que es una granja. —Se puso rápidamente en pie—. Vamos, echemos un vistazo. *Peluda*, quédate aquí con Oddo.

¡Aguarda! —Dúngal cogió un palo y lo sopesó en la mano—. Coge tú uno también.

—¿Para qué?

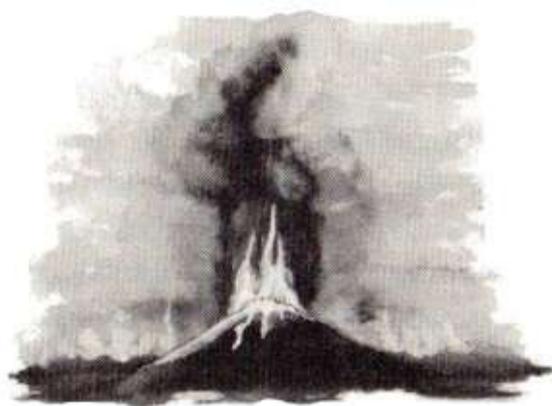
—¿Tenemos la certeza de que esa gente va a mostrarse amable?

—Pero... Bueno, de acuerdo.

Dejaron atrás la pared del acantilado, andando a buen paso sobre las piedras y la arena de la playa. De pronto se hallaron en un terreno de hierba mullida.

RNIF S MIFMRM↑MS

14. Hielo y fuego



—Mira estas tierras, son magníficas —comentó Thora resollando.

En todas direcciones se extendían prados exuberantes y ondulados, flores y árboles. Y gran número de pequeños riachuelos reluciendo al sol.

—¡Agua!

Mientras corrían alegres por la hierba, los trinos de las aves parecían hacerse eco de su entusiasmo. Tordos y malvises revoloteaban entre los árboles. Dejó de llover, y el sol brilló en un cielo dorado y neblinoso.

Se dirigieron al arroyo más cercano y empezaron a beber ansiosamente.

—¡Alto! ¿Qué ha sido eso?

Thora se detuvo con el agua escurriéndosele entre los dedos.

—¿Qué?

—El arroyo. Es... como si... hubiera algo raro.

Thora frunció el ceño.

—No veo nada.

Esperaron. Ella se encogió de hombros.

—Será un pez o algo así. En todo caso —se sacudió el agua de las manos—, ya es suficiente. Vamos por ese fuego.

Se puso en pie y miró alrededor buscando alguna columna de humo, pero sólo distinguió hierba y árboles.

—¿Dónde está la gente? —preguntó Dúngal—. ¿Y las casas? ¿Y los animales?

—Estarán más lejos —dijo Thora—. Vamos.

Emprendieron la marcha siguiendo el curso del río. Se hizo visible una montaña baja cubierta de nieve. Parecía una bestia con las patas extendidas, agachada tras los herbosos altozanos.

—Será mejor que subamos por ahí. Cuanto más alto estemos, más lejos podremos ver.

El río los condujo hacia la montaña. A medida que se aproximaban, la gris superficie rocosa fue adoptando un matiz verdoso, y cuando le daba la luz brillaba de una forma extraña.

Dúngal se volvió hacia Thora y le tendió el palo.

—Sujeta esto mientras subo —dijo.

Metió el dedo gordo del pie en una grieta y se impulsó hacia arriba. Pero en cuanto tocó la superficie con los dedos, soltó un chillido y resbaló hasta el suelo.

—¿Qué pasa? —Thora alargó la mano hacia la granulosa pared del acantilado, y acto seguido la retiró sobresaltada—. No es roca. ¡Es hielo!

Siguió con los ojos la línea grisácea hasta la nieve de la cumbre.

—¿Qué es esto? —susurró Dúngal.

—Un glaciar —explicó Thora—. Y eso —añadió señalando el río a sus pies— es hielo que se está fundiendo.

Dúngal abrió los brazos.

¿Toda esta tierra es de hielo?

No seas bobo. —Thora hurgó con el palo en la orilla—. Mira, aquí hay tierra.

Bajo el suelo se oía un débil estruendo. Thora dejó caer el trozo de madera y retrocedió vacilante. El río dio un salto, y salió disparado al aire un chorro de agua.

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

El agua volvió a subir, emitió un fuerte silbido y estalló en burbujas de olor nauseabundo. Entonces todo el río se arremolinó hacia abajo en un torbellino y desapareció. Una enorme joroba burbujeaba fuera del agujero y se elevaba en un gran chorro negro.

El suelo retumbó de nuevo y Thora notó que temblaba bajo sus pies. El hielo comenzó a vibrar. Por las grietas salía vapor que los rodeaba formando torbellinos. Con un atronador y prolongado crujido, la cumbre del glaciar se resquebrajó. Fuego rojo y amarillo fue escupido al cielo.

Thora estaba paralizada. Oía los gritos de Dúngal, pero el calor y el ruido la envolvían. Tenía los ojos fijos en el fuego que saltaba y estallaba.

¿Fuego?

Si había algún fuego que pudiera liberar a Oddo del hechizo en que se hallaba, era ése.

Dúngal seguía sujetando su trozo de madera. Thora se lo arrebató de las manos y se dirigió hacia las llamas. Tenía que encenderlo. Tenía que acercarse más al fuego.

Bajo sus pies, la tierra palpitaba y se abría, expulsando asfixiantes nubes de vapor y ceniza. Thora se lanzó hacia la temblorosa masa de hielo. Resbalando y patinando, rompiéndose las uñas, buscaba desesperadamente un modo de trepar por la inestable superficie.

Dúngal la sujetó por la espalda. Al tratar de obligarle a retroceder, le desgarró una manga.

—¡Déjame! —gritaba—. ¡Tengo que llegar al fuego! ¡Por Oddo!

—¡No!

Thora veía que los labios de Dúngal se movían, pero no oía nada a causa del estruendo. Rocas al rojo vivo salían disparadas al aire y les llovían encima. Una

piedra renegrada rebotó por el prado, efervescente y humeante, y la hierba estalló en llamas. Con Dúngal detrás, Thora se apresuró hacia el fuego. Metió el palo, y luego, con un grito de júbilo, lo agitó en el aire.

—¡Lo he encendido!

Sin embargo, su victoria pronto se tornó en sobresalto. Al pie del glaciar en llamas, un torrente de agua irrumpió contra el hielo rompiéndolo en pedazos sobre la cabeza de Dúngal. Y sobre el agua desaforada, los enormes bloques de hielo corrían embalados por la hierba. Directamente hacia ellos.

Dúngal tomó la mano de Thora y los dos echaron a correr, mientras la tierra se estremecía y retumbaba. Todo lo que alcanzaban a oír era el agua atronadora y el fuego rugiente. A Thora, el aire le arañaba la garganta. El humo y las cenizas la cegaban. Tropezó y cayó en un arroyo poco profundo, sosteniendo el brazo en alto para salvar la madera ardiente. Dúngal cayó a su lado y los dos se agacharon en medio de los remolinos.

—Creo... que ya nos hemos alejado lo suficiente. Ahora estamos a salvo —jadeó Dúngal.

Thora salió a gatas del agua y respiró hondo con un escalofrío. El aire estaba saturado de un humo acre, pero la ropa estaba fría y goteaba, y la hierba se notaba suave bajo las rodillas.

Se volvió y contempló la escena que se desarrollaba a sus espaldas.

Desde una grieta del glaciar salía una llamarada. Por encima, una densa nube gris trepaba hacia el cielo. Y debajo, el propio mar parecía borbotar desde el hielo. Árboles enteros eran arrancados de raíz y arrastrados por el torrente. Rocas y barro, hielo y árboles, formaban un violento torbellino que se derramaba por la pendiente. Thora observaba la vertiginosa corriente que lo barría todo a su paso en su descenso hacia la costa, hacia la tranquila cala de arena y guijarros, donde...

—¡Oddo! —gritó Thora—. ¡Y *Peluda*!

Se levantó de un brinco. Oddo, desamparado, yacía en un lugar por donde pasaría el torrente. Ella dio un paso y luego se detuvo, mirando desazonada el interminable y atronador chorro de agua.

—No puedo hacer nada —sollozó. Miró el palo que aún ardía en su mano y lo arrojó al suelo—. ¡Este fuego ya no le hará falta! ¡Se va a ahogar!

M S T F M S T F

15. La cueva



Dúngal cogió la antorcha.

—Nosotros lo necesitaremos para calentarnos —dijo.

Condujo a Thora por la hierba. Ella era apenas consciente de que su compañero estaba amontonando trozos de madera, encendiendo un fuego, cubriéndole los hombros con su capa mojada. No dejaba de temblar. Dúngal se agachó a su lado, le tomó las manos y las acercó al calor.

—¿Estás bien ahora?

¿Bien? Nunca volvería a sentirse bien. Oddo se había ahogado. Ahogado.

—Es culpa mía, ¿no? —dijo Dúngal—. Por mi culpa se ha ahogado. Por mi culpa se quedó como un estúpido pájaro. Si no hubiera sido por mí, no habría hecho un cambio de forma.

Ella no fue capaz de responder. Permaneció tumbada, pero el agitado estruendo de la tierra siguió palpitando en su oído, recordándole una y otra vez la corriente que bajaba arrolladora por la ladera y llevándose el desvalido cuerpo de Oddo. Al cerrar los ojos, todavía percibía el rumor del inacabable flujo plateado bajo el rojo resplandor de las llamas.

Por la mañana, Thora estaba tan entumecida que no podía ni moverse. Del glaciar aún se elevaban nubes de humo, y la crecida había dejado olas de barro espeso y gris que se ondulaban en la tierra. Relucientes bloques de hielo medio sumergidos asomaban desde el fango entre las retorcidas formas de árboles destrozados.

Dúngal estaba dormido con la cabeza apoyada en una almohada de hojas caídas, completamente cubierto por una capa de fina ceniza gris. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas. Rodó hacia su compañera y abrió los ojos.

—Hemos de... ir a mirar —dijo Thora con voz ronca.

Él asintió y le tendió la mano. Cruzaron la extensión de hierba en silencio. El glaciar aún humeaba. A medida que se acercaban, repararon en que estaban pisando una gruesa capa de ceniza caliente que formaba nubes grises a su alrededor. El aire estaba impregnado de un hedor que recordaba el de mil huevos podridos.

Dúngal se tapó la nariz, pero Thora siguió marchando sin más, la mandíbula por delante, las lágrimas escociéndole en los ojos.

Apareció la playa, y Dúngal le apretó la mano con fuerza.

Thora contempló la desolación de la pequeña ensenada. Incluso había desaparecido la playa de brillantes guijarros negros. No había nada salvo una espesa capa de cieno de un color gris macilento. No había señal alguna de que Oddo o *Peluda* hubieran estado allí. Thora avanzó unos pasos y se hundió en el barro.

Sobre sus cabezas estalló un frenesí de ladridos eufóricos. Thora levantó la cabeza y vio un hocico familiar asomando por la pared rocosa.

—¡*Peluda!* —Las lágrimas le empañaron los ojos y su pecho apenas pudo contener la risa. Al instante siguiente, estaba corriendo dando traspiés a través del fango—. ¡*Peluda!* ¡*Peluda!*

Llegó al acantilado y se puso de puntillas, pero no alcanzaba al saliente donde estaba la perra.

—¡Vamos pequeña, salta!

Peluda se volvió y desapareció en una cueva que había tras ella, gañendo y ladrando.

—Vamos, no es tan alto.

Dúngal llegó a su lado.

—La muy tonta no quiere saltar. Habrá trepado a esa cueva, donde vería comida, y ya no va a bajar.

—Quizá todavía está asustada.

Thora lanzó una mirada furiosa a la desmoronada pared rocosa.

—Bueno, pues yo no puedo subir hasta ella —soltó exasperada. La fuerza de la corriente había arrancado la base del acantilado.

—Entonces prueba con esto. —Dúngal comenzó a amontonar piedras y barro—. Súbete ahí, a ver si logras alcanzarla.

Thora apoyó un pie en lo alto del montón, se agarró a una roca que sobresalía y se impulsó. Sus ojos llegaron al nivel del saliente. Podía ver a *Peluda*, y tras la perra, en la oscuridad, un bulto en el suelo de la cueva. Se estiró para intentar ver qué era. *Peluda* empujó un poco el bulto y éste se movió. Apareció un brazo, que cayó pesadamente.

Thora palideció. Trastabilló sobre las piedras y cayó al suelo.

—Dúngal —dijo jadeante—. Dúngal... hay... hay alguien ahí dentro.

Thora temblaba tanto que apenas se tenía en pie. Se abrazó mientras Dúngal saltaba al montón de piedras y se subía al saliente. Ella le oyó trepar. Desde el interior de la cueva llegó un grito ahogado, y acto seguido el chico asomó la cara de nuevo, rojo y alborotado.

—¡Es Oddo! —chilló—. ¡Y creo que está vivo!

Thora se sentó en el barro. ¡Oddo no se había ahogado! *Peluda* lo habría arrastrado a la cueva. Estaba allí, sano y salvo. Y ahora...

—¡El fuego! —exclamó—. Iré a buscar el fuego.

Recogiéndose con la mano la falda cubierta de barro, salió disparada hacia el

prado. Aún había unas cuantas llamas menudas danzando entre las ennegrecidas varas. Thora sopló frenéticamente para avivarlas, cogió una rama ardiente de sauce y la llevó a la playa.

Dúngal esperaba frente a la cueva. Ansiosa, Thora sostenía la tea en alto. Él la cogió y luego vaciló.

—¿Y qué he de hacer con esto?

Thora abrió mucho los ojos. No tenía ni idea. Miro alrededor, desesperada, como si el caldero pudiera reaparecer de repente.

—Tal vez... sólo sostenerlo cerca de él —dijo al fin.

Dúngal se deslizó de nuevo al interior, y Thora se subió a la pila de piedras y atisbo por encima del saliente. El interior de la cueva era un revoltijo de sombras danzarinas y una resplandeciente luz anaranjada. Tras la forma negra de la figura agachada de Dúngal, distinguía la parte superior de la cabeza de Oddo y sus piernas espatarradas.

No se movía.

Thora se agarró al borde de la roca y contuvo la respiración.

<M NMMMM XRFBR

16. La luz en la roca



Oddo el alcatraz planeaba por encima de la espantosa confusión de árboles quebrados y barro gris que cubría la playa. Una muchacha iba dando traspiés por el suelo empapado junto a un perro que no paraba de brincar y ladrar. Oddo quería huir, elevarse como las demás aves, pero en la mano de la muchacha había algo que ardía y resplandecía como un pedazo de sol arrancado del cielo, y aquello lo atraía hacia abajo... hacia abajo...

La luz iluminó durante un instante un arco de roca y luego desapareció en el acantilado. Con los nervios a flor de piel, Oddo se lanzó hacia allí. Notó que unos bordes dentados le arañaban las alas; vio que un brillante resplandor iluminaba el espacio que le rodeaba. A continuación, su cuerpo se volvió ingrátido, insensible.

Oddo abrió los ojos. Había un chico inclinado sobre él, con un palo encendido en la mano. Miró fijamente los oscuros ojos, la cara despejada, la cresta de plumas pardo rojizas en lo alto de la cabeza. No... no eran plumas, sino ¡pelo! Era... Oddo dio un respingo para ponerse en pie, golpeándose la cabeza contra la piedra que sobresalía por encima en el preciso instante en que Dúngal le avisaba.

Oddo se frotó la cabeza, se dio la vuelta y vio los ojos de Thora mirándole fijamente desde el borde de la roca. Esbozó una mueca. Se sentía raro. No estaba acostumbrado a tener boca en vez de pico.

Dejó de frotarse la cabeza y examinó sus manos. Un guijarro golpeteó el suelo. Oddo lo miró, luego lo cogió delicadamente con dos dedos. Suspiró aliviado y dio a Dúngal un golpecito en la rodilla.

—¿Me dejas salir de aquí? —preguntó.

Mientras Dúngal descendía gateando, Oddo se deslizó por la roca hasta llegar al borde. Allí levantó los brazos instintivamente y soltó una exclamación de sorpresa cuando cayó como una piedra. Conmocionado, se agazapó en el punto de contacto con el suelo, los pies hundidos en el barro. Se sentía enorme, pesado y torpe.

Se precipitó sobre él una mancha borrosa que lo golpeó en la espalda. Se revolvió mientras *Peluda* le llenaba la cara de húmedos besos perrunos. Un instante después notó que los brazos de Thora lo rodeaban y lo estrujaban. Él también la abrazó y después se incorporó. Ella lo contemplaba, llorando y riendo al mismo tiempo.

Luego él miró a Dúngal.

—Oddo, lo siento —dijo el muchacho irlandés—. Yo...

—Oh, Oddo —interrumpió Thora—, cuando se apago el fuego del caldero, ¡pensé que nunca más volvería a hablar contigo! —Después lo miró furiosa—. ¡Sabía que no era seguro hacer un cambio de forma sin una varita mágica! Sobre todo después de que cortaras aquel árbol sin pedirle permiso.

—¡Bueno, pero al final he regresado! —exclamó Oddo. Al moverse para intentar levantarse, el fango produjo un sonoro borboteo succionador—. ¿Sabéis dónde estamos?

Thora negó con la cabeza.

—Aún no hemos visto a nadie —aclaró—. ¡Sólo encontramos ese... ese fuego en el hielo!

Oddo hizo una mueca.

—Pues menos mal —dijo—. ¡De lo contrario, no habría podido librarme de mi forma de ave!

ƵFRF ƵFR↑M

17. Búsqueda



Oddo sopló la chamuscada raíz de bistorta, y luego con lenta fruición la introdujo entre sus dientes. Le llenó la boca el picante aroma de la pulpa roja y caliente.

—¡Ya era hora, después de tanto pescado crudo! —soltó.

Se lamió los dedos, se apoyó en el tronco de sauce y miró fijamente a sus compañeros.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó—. No tenemos bote ni remota idea de dónde estamos. ¿Cuál es el plan?

Dúngal se inclinó hacia delante.

—¿Averiguaste dónde queda Ériu? —inquirió.

Oddo asintió e indicó la costa con un gesto.

—Al sur —dijo.

—Ya te lo había dicho.

Oddo abrió la boca para replicar, pero se contuvo al ver que Dúngal enrojecía de vergüenza.

—Lo siento —murmuró Dúngal—. Tienes razón. No estaba seguro del todo. Y... gracias... por haber buscado.

—Muy bien —dijo Thora—, ahora lo sabemos con seguridad. Así que lo que necesitamos es otra embarcación. —Se puso en pie, otra vez con su típica resolución—. Buscaremos a la gente que vive aquí. Tendrá botes.

Dúngal agarró una rama encendida de la hoguera.

—¡Yo llevaré el fuego!

Se pusieron en marcha impacientes, siguiendo la cadena de montañas que se alzaban a su derecha. Cruzaron pasaderas reflejadas en arroyos de agua cristalina y vieron picos de glaciares que relucían al sol. Atravesaron prados donde agachadizas y chorlitos dorados se afanaban entre flores rosadas y malvas. Hallaron una cascada tan alta que parecía derramarse desde las nubes, y un bosque donde malvises y bisbitas vociferaban en los árboles.

—Este lugar es precioso, sobre todo cuando no está ardiendo o inundado —

musitó Thora.

—Pero... ¿dónde se ha metido la gente? —preguntó Oddo.

Tras varias horas de camino no habían visto ni rastro de granjas, animales o personas.

Siguieron andando durante toda la tarde y el prolongado crepúsculo.

—Es una suerte que aquí los días sean tan largos —señaló Thora.

Oddo exhaló un suspiro. Empezaba a temer que jamás encontrarían lo que estaban buscando. Esa tierra igual estaba desierta. Además se sentía agotado y tenía hambre. Dirigió furtivas miradas a Dúngal, pero el joven irlandés avanzaba imperturbable, con el rostro iluminado por la antorcha, mientras el mundo alrededor de los tres se desvanecía entre las tinieblas.

Oddo apretó los dientes. «No me daré por vencido antes que él.»

Por fin advirtió que Dúngal vacilaba y bostezaba. A Oddo le bastó esa señal.

—No tiene sentido andar de noche —comentó.

Se dejó caer pesadamente donde estaba, en la mullida hierba de un prado, y de inmediato quedó sumido en un profundo sueño.

Parecía haber transcurrido sólo un minuto cuando alguien le sacudió el hombro.

—¿Qué pasa? —gruñó, y abrió un ojo.

Thora estaba inclinada sobre él.

—¡Está lloviendo a cántaros! —dijo en tono quejumbroso—. Y se ha apagado el fuego.

Oddo farfulló a la lluvia que se fuera y luego trató de darse la vuelta. Pero Thora no le dejó.

—Levántate —insistió—, ya despunta el día. —Mientras Oddo se ponía en pie tambaleándose, Thora se encaminó hacia el prado—. ¡Vamos, holgazanes! —gritó por encima del hombro.

Oddo se volvió y vio que Dúngal, adormilado, se arrodillaba con esfuerzo. Se miraron el uno al otro y pusieron los ojos en blanco en el mismo instante. Oddo percibió por primera vez una chispa de afinidad con aquel extraño muchacho.

Mientras caminaban los tres juntos dando traspiés sobre la hierba cubierta de rocío, un pato de flojel graznó airado al levantar el vuelo casi desde debajo de sus pies. En el terreno que quedaba tras el ave, en un nido de suave plumón gris, había tres huevos amarillos.

—¡Desayuno! —chillaron al unísono—. ¡Eh, Thora!

Se detuvieron el tiempo imprescindible para dejar que la yema cruda resbalara por su garganta. Mientras se apresuraban, Oddo pensó con ansia en gachas calientes y en pan recién hecho untado con mantequilla.

Más adelante, a toda prisa, Thora saltó a una roca y se detuvo.

—¡Eh! —gritó—. Aquí hay un río.

Ladrando agitada, *Peluda* llegó a su lado dando saltos y acto seguido desapareció. Cuando Oddo y Dúngal alcanzaron la orilla, la perra ya estaba a medio cruzar. Trepó

por la otra orilla y se sacudió el pelaje con una mirada de orgullo.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo Thora. Agarrándose a las piedras y las ramas que sobresalían, se metió en el agua totalmente vestida—. ¡Vamos, patas de pollo! — Se volvió y los salpicó de agua helada.

Oddo echó una mirada a Dúngal.

—Vale.

Los dos chicos abandonaron la roca y saltaron junto a Thora con un gran chapoteo.

Oddo jadeó cuando se sintió rodeado por el agua glacial. La fuerza de la corriente casi les hacía perder pie. Dúngal soltó un chillido y Oddo llegó a tiempo de agarrarle la túnica antes de que desapareciera bajo la espuma. Thora le asió la manga y los tres se aferraron unos a otros para cruzar el río. Subieron gateando a la otra orilla.

Dúngal lanzó un chillido y se puso a bailar como un loco. Dentro de su túnica había algo que se agitaba.

—¡Desabróchate el cinturón! —gritó Thora.

Todos contemplaron atónitos una trucha que se agitaba y caía al suelo. Thora se arrojó sobre ella.

—Nos la comeremos luego.

—De acuerdo —suspiró Oddo.

Reanudaron la marcha, pero ahora ya no charlaban animadamente; tan sólo se oía el chapoteo de las ropas mojadas. Oddo pronto sintió las piernas irritadas y doloridas por el roce con los pantalones húmedos. Iba con la cabeza gacha, sin molestarse en mirar el camino. No iban a encontrar ni gente ni botes. Ese lugar estaba desierto.

La voz de Thora rompió el silencio.

—¿Qué es eso? —Parecía inquieta.

Oddo alzó la vista. Entre los árboles de delante se alzaban espirales de humo o vapor.

—No será otro de estos glaciares en erupción, ¿verdad?

Los tres vacilaron y luego siguieron avanzando con cautela, temiendo que en cualquier momento la tierra estallara bajo sus pies. Los envolvía la bruma, densa y húmeda, cuyo hedor a huevos podridos les impedía respirar. Sólo se oía el susurro de las hojas muertas al andar. No veían nada salvo las espectrales formas de los árboles que se perfilaban bruscamente delante de ellos.

De repente Thora soltó un grito y retrocedió al descubrir que el terreno desaparecía abruptamente. A sus pies, medio oculto por la envoltura de niebla blanca y arremolinada, se extendía un lago de un intenso azul turquesa.

—Esto no es un glaciar —observó Oddo en voz baja.

Dúngal se dejó caer en la orilla y metió los pies en el agua. Soltó una exclamación y alzó las piernas súbitamente.

—¡Está caliente! —chilló.

—¿Qué quieres decir?

Thora y Oddo se arrodillaron y sumergieron las manos con cuidado. Se miraron uno a otro asombrados.

—Pues sí que está caliente —balbució Thora.

—¡Vamos a bañarnos! —propuso Dúngal.

Al cabo de unos instantes, entre chillidos y resuellos, los tres se sumergieron lentamente en las aguas calientes.

—Está... caliente... de verdad —comentó Oddo, jadeando.

Se puso a dar saltos y sus pies se hundieron en el fondo de grava, de tal modo que de la tierra brotaban lenguas de calor. *Peluda*, medio oculta por espirales de humo, ladraba nerviosa desde la orilla.

A Oddo le bastaron unos minutos. Salió del agua a gatas seguido por Thora, pero Dúngal estaba decidido a quedarse más rato. Cuando por fin salió, le chorreaba la cara de sudor y tenía la piel roja y brillante.

—Prácticamente estás cocido —observó Oddo—. Creo que el agua está tan caliente que serviría para cocinar.

—¡Probemos! —exclamó Thora—. ¡Aquí está el pescado!

Un rato después, estaban sentados en la orilla, mirando la gorda trucha que se iba cociendo en el agua lentamente. Thora meneó la cabeza incrédula.

—¡Este lugar me parece increíble! —dijo—. Agua caliente que surge de la tierra. Peces que se dejan coger. ¡Es la mejor tierra del mundo!

—No tan buena como Ériu —protestó Dúngal—. En Ériu no tenemos montañas de hielo que escupen fuego y piedras. Nosotros...

—¡Pero Ériu estará llena de gente! —soltó Oddo—. Mira este lugar. ¡Toda esta tierra vacía! Podríamos construir una casa donde quisiéramos.

—No tendrías que preocuparte de si Grimmr el Codicioso viene a robarte la tierra.

—Y tú no tendrías que angustiarte por el estúpido rey y sus tributos.

—Y podrías traer aquí las vacas y las ovejas en el *drakar* de Ulf el Granjero.

Oddo miró fijamente a Thora.

—¿Hablas en serio? —preguntó—. ¿De verdad crees que podríamos vivir aquí?

Dúngal interrumpió antes de que Thora pudiera contestar.

—Eh —avisó—, la trucha ya debe de estar lista.

Oddo apenas reparó en que estaba comiendo. Se imaginaba la casa que su padre podría construir en la colina cercana al lago. Hundió el dedo en el suelo para desmenuzar la tierra blanda y fértil. Imaginó un campo de cebada, un establo, un pajar...

—Primero tenemos que regresar a Noruega para traer a nuestras familias —señaló Thora.

Oddo parpadeó y la imagen se desvaneció.

—¿Cómo?

—Aquí tiene que vivir alguien... en algún sitio. Y habrá alguna embarcación.

Vamos.

Y volvieron a ponerse en marcha, la cadena de montañas parecía trazar una curva cruzándose en su camino. A medida que se acercaron descubrieron una montaña que se elevaba solitaria por encima de los prados circundantes. Empezaba a ponerse el sol, pero en la penumbra Oddo alcanzó a distinguir huecos oscuros en las irregulares cuestas.

—Eh, mirad aquellas cuevas. Podemos dormir en el interior...

Se quedó con la palabra en la boca.

Algo se movía al pie de la montaña. Algo grande. Un animal... o una persona.

Todos habían visto la figura, y cuando ésta se separó de la sombra de la montaña se quedaron paralizados.

BFIR

18. El padre Connlae



—Es una mujer —dijo Oddo con voz entrecortada.

También Dúngal vio el largo hábito que rozaba el suelo. Era del color de las rocas, ceñido por un cordón a la cintura. Sin embargo, observó el cabello... largo en el cuello, pero afeitado de oreja a oreja.

¡No es una mujer! —chilló, con un timbre de entusiasmo en la voz—. ¡Es un sacerdote! —Echó a correr, gritando en su lengua—: *A Athir! A Athir!*

El sacerdote se volvió, sorprendido, y extendió las manos para detener la alocada carrera que había emprendido Dúngal.

—*Fáilte!* —exclamó, y ante el sonido del saludo irlandés, Dúngal se sintió desbordado por la emoción—. Pero muchacho, ¿qué estás haciendo tan lejos de casa? ¿Cómo has llegado aquí?

Dúngal miró fijamente con gran regocijo el mentón afeitado, que le confería un aspecto muy distinto de las largas y descuidadas barbas de los vikingos. Contempló sus ojos, que eran del color azul pálido y transparente del cielo.

—Fui capturado por asaltantes vikingos. Construí un *curach* e intenté llegar a casa, pero... —A Dúngal le temblaron los labios y se le llenaron los ojos de lágrimas. Tragó saliva—. ¡Pero acabé aquí!

—¿Y quién eres tú, muchacho? ¿Cómo te llamas?

—Dúngal Mac Flainn de Laigin.

—Yo soy del monasterio de Cill Dara. Me llamo Connlae.

La voz del padre Connlae era suave y susurrante como el sonido del viento entre las hojas. Era un hombre menudo, viejo y vacilante. Le temblaba la mano que apoyaba en la manga de Dúngal. Pero curiosamente no tenía arrugas en el rostro, igual que el abad del monasterio donde Dúngal había aprendido a leer y escribir.

Dúngal oyó que Oddo y Thora se acercaban por detrás, así como la respiración jadeante de *Peluda*. La perra le dio un golpecito en la rodilla con el hocico, y él le acarició la cabeza.

—Ésta es *Peluda*, y ellos son mis amigos, Oddo y Thora. Son vikingos, pero me han ayudado. Y ahora por mi culpa, también están aquí atrapados. —Echó una mirada

alrededor, a la voluminosa forma de la montaña y los árboles oscuros—. En cualquier caso, ¿qué es esta extraña tierra? —preguntó—. ¿Hay otras personas de Ériu?

El padre Connlae negó con la cabeza.

—Ya no. Ahora soy el único procedente de Ériu. Había conmigo otros hermanos, pero se marcharon debido a los vikingos. Incluso aquí, en este lugar de recogimiento y oración, nos buscan y nos hostigan.

—¿Vikingos? ¿Dónde? ¡No les hemos visto!

—No, de momento sólo han llegado unos pocos. Y se han instalado en aquella dirección. —Levantó una mano temblorosa—. Al oeste.

Dúngal notó que Oddo le pellizcaba el brazo.

—¿Qué es esto? ¿De qué estáis hablando? ¿Qué te está contando?

—Dice que aquí hay vikingos.

—¿Aquí? Pero ¿qué lugar es éste?

Dúngal se volvió hacia el sacerdote y advirtió en su rostro una expresión de desconcierto.

—¿Sabes hablar con esa gente en su lengua? —preguntó.

Dúngal asintió orgulloso y dijo:

—Y preguntan el nombre de este lugar.

—Los vikingos lo llaman Islandia, «el país del hielo».

—¿El país del hielo? Pues yo lo llamaría «el país del fuego».

—Sí —dijo el sacerdote—. Bajo las montañas hay un núcleo de fuego. Pero también es una tierra pródiga. A mis cabras nunca les falta comida. Los ríos están repletos de peces, los pastos son interminables... Hasta que llegaron los terribles vikingos esto era un remanso de paz. Y ahora vivo temeroso de que me encuentren y me conviertan en esclavo suyo.

—Entonces, ¿por qué no vuelves a Ériu?

—Ganas no me faltan... Pero no tengo bote. Cuando los otros hermanos decidieron marcharse yo preferí quedarme, y ahora... —Meneó la cabeza con tristeza—. Bueno, ya he hablado bastante; estarás cansado y tendrás hambre. Ven con tus amigos y cenad todos conmigo.

Los condujo por una grieta de la ladera de la montaña, por la que se deslizaron a duras penas, y pasaron al interior de una cueva. En el suelo había hierba seca, y muebles hechos de ramas y troncos cortados de cualquier manera.

—Esto debe de ser su casa —susurró Thora.

Su voz titubeó cuando vio la mesa llena de comida en medio de la estancia.

—El padre Connlae dice que tiene *biad*... comida —señaló Dúngal.

Se abalanzaron todos sobre la mesa. Había un pan redondo y plano hecho de semillas de hierbas silvestres, tiras de pescado seco coronadas con una sabrosa salsa de hinojo de mar, y un cuenco de blanco y grumoso requesón.

Dúngal cogió el pan y lo engulló casi por entero de un bocado.

—Eh —exclamó Oddo—, ¿y los demás?

Dúngal notó que se ruborizaba. Se sacó el trozo de la boca. Estaba húmedo y un poco masticado.

—Perdón. ¿Queréis un poco?

—¡Ahora no!

—No discutáis, por favor. Hay comida de sobra. —El padre Connlae abrió un baúl de madera, del que sacó puñados de nueces, algas y frutos secos que llevó a la mesa—. Tomad, tomad. —Con manos inseguras ofreció la comida a los chicos—. Comed.

Sonreía y asentía, mientras cogía exquisiteces y las ponía en sus manos en cuanto hacían una pausa.

—¡Dile que ya no puedo más! —soltó Thora.

—¡Yo tampoco!

Los tres amigos se desplomaron sobre un montón de mullido brezo en un lado de la cueva.

—¿Qué es esto? —Thora cogió un libro que había en el suelo y levantó la tapa—. Son nombres, como los que tú escribiste en la tierra, Dúngal. ¡Montones de nombres!

Dúngal agarró el libro y leyó unas cuantas líneas.

—No son sólo nombres. Es una historia.

—¿Una historia? —Thora pasó la mano por la suave y blanca página—. ¿Y qué material es éste?

—Piel de... *lóeg*... becerro.

Thora y Oddo examinaron con curiosidad la cueva.

—¿Y de qué están hechas estas extrañas antorchas? —Oddo señaló las velas sujetas en salientes rocosos de las paredes.

—No sé cómo se dice en vuestra lengua. Procede de las abejas.

—¿Esto es lo que tenéis en Irlanda? ¿Por qué no usáis madera, o aceite de pescado, como nosotros?

—Creo que dura más.

—Y también huele mejor.

El sacerdote los observaba hablar, satisfecho, moviendo la cabeza de un lado a otro a medida que iban tomando la palabra. De pronto, la vela que había sobre la cabeza de Thora soltó un chisporroteo y empezó a humear. El padre Connlae se puso en pie.

—Hora de acostarse. —Apagó la agonizante vela—. Por favor, colocad la cabeza aquí. —Dio unas palmaditas al brezo donde estaban sentados—. Y cubríos con esto. —Les dio un atado de pieles de cabra, y luego fue apagando las otras velas de la estancia.

—Dice que nos acostemos. —Dúngal bostezó y se tumbó.

—Mañana encontraremos a esos vikingos —dijo Thora—. ¡Y sus *drakares*!

—¡No! —Dúngal se incorporó de golpe—. ¡No podéis hacer eso! Si me ven, me convertirán de nuevo en esclavo. ¡Y también al padre Connlae!

Bajo el tenue resplandor de una solitaria vela, Oddo y Thora lo miraron boquiabiertos.

—Entonces, ¿cómo vamos a salir de aquí?

No hubo respuesta. Se apagó la última luz. Los tres agotados viajeros se tumbaron tristemente en silencio. Ahora tiritaban en su ropa fría y húmeda. A tientas en la oscuridad, Dúngal se echó encima una piel de cabra y se acurrucó para entrar en calor.

END OF THE WORLD

19. Piel de cabra



Cuando Oddo volvió a abrir los ojos, vio las borrosas siluetas de sus compañeros dormidos. La luz del sol se colaba por la entrada formando un pálido reflejo en el suelo de la cueva. El padre Connlae estaba tendido en la dura tierra con la cabeza apoyada en una roca.

«Hemos utilizado todas sus cosas de dormir», pensó Oddo sintiéndose culpable. Se sentó temblando. Al punto, se echó la piel de cabra alrededor de los hombros y sobre la cabeza.

Thora se desperezó, bostezó y dio un codazo a Dúngal.

—¿Dónde está Oddo? —susurró.

Dúngal escudriñó la cueva con los ojos entornados.

—Tal vez ha salido.

Oddo los miró frunciendo el entrecejo.

—Estoy aquí.

Thora lo miró fijamente.

—¿Dónde?

—Aquí, tonta, justo a tu lado.

Thora levantó en el aire su mano vacilante, que acabó posada en el brazo de él. Soltó un grito.

—¡Te noto pero no te veo! —chilló—. ¿Qué has hecho?

—No he hecho nada. Mira, estoy aquí. —Oddo se puso en pie.

Thora parpadeó.

—Ahora te veo, pero... —Cogió la piel de cabra que le resbalaba de los hombros al suelo—. ¿Llevabas esto en la cabeza?

—Sí, pero...

Thora tenía los ojos abiertos como platos.

—Habrà funcionado como la capucha de piel de cabra de Ketil... sí, aquella que lo vuelve invisible.

Oddo clavó la mirada en el cuero blanco y peludo.

—¡Hazlo otra vez! —sugirió Dúngal.

Oddo tendió la mano despacio, agarró la piel y se envolvió la cabeza con ella. Por

el semblante de los otros supo que había salido bien.

En ese momento, el padre Connlae gruñó y se incorporó. Oddo dejó caer la capucha rápidamente, notando el rubor en las mejillas mientras el sacerdote le dirigía una mirada perpleja. Frotándose la espalda, el padre Connlae se puso en pie tambaleándose. Advirtió que los chicos lo observaban y sonrió. Su sonrisa era tranquilizadora, como una mano que les acariciara la cabeza. Luego murmuró algo a Dúngal, cogió dos cubos y se los llevó al exterior.

—Ha ido a ordeñar las... *gaboro*... las cabras —explicó Dúngal.

—Vamos a ayudarle —sugirió Oddo.

—Espera un momento. —A Thora le brillaban los ojos de emoción. Cogió la piel de cabra y la agitó en el aire—. Hemos de encontrar un modo de utilizar esta magia —señaló.

—Bueno, si soy invisible, puedo moverme entre la gente sin que me descubran.

—Podrías hacer este truco con los vikingos —sugirió Dúngal—. ¡Y robarles un *drakar*!

—Ya, pero quizá sería mejor un barco no tan grande. ¿Qué tal... un bote?

Se miraron unos a otros.

—De acuerdo —dijo Thora levantándose—. Dúngal, tú habla con el padre Connlae y entérate de dónde están exactamente los vikingos. Oddo, nosotros nos encargaremos de ordeñar.

Al abandonar la cueva, Oddo alzó las cejas en dirección a Dúngal.

—¡Sí, capitana Thora! —cuchicheó.

El padre Connlae estaba agachado dentro del redil con su pequeño rebaño de cabras. Cuando Oddo y Thora se deslizaron por una de las bastas vallas de ramas de sauce, les dirigió su alegre y cálida sonrisa y les dio el cubo vacío.

—Dúngal, pregúntale adónde hemos de ir —dijo Thora.

—Sí, mi capitana —dijo Dúngal.

Thora se extrañó cuando Oddo y Dúngal soltaron unas risitas.

Bueno, parece que por fin os habéis hecho amigos —soltó—. ¿Dónde está la gracia?

Dúngal miró a Oddo haciendo una mueca y se apresuró tras el sacerdote.

—Eeeeh, nada, una tontería —musitó Oddo. Echó el brazo alrededor de una de las cabras—. Tú la ordeñas mientras yo la sujeto.

Cuando el balde estuvo lleno, lo llevaron a la hoguera, donde el sacerdote estaba echando a la comida unas hojas rizadas y de color pardo.

—Thora —siseó Oddo—, ese mejunje parece el liquen que dábamos a las vacas... ya sabes, aquella vez que Grimmur robó el heno.

—¿Y qué tiene de malo?

Oddo se mordió el labio. A Thora le parecía bien. Incluso en casa ella comía alimentos del bosque y del mar, pero él estaba acostumbrado a comidas decentes: gachas de avena, pan de cebada... Tomó un bocado de la papilla de hojas marrones

del padre Connlae. Era amarga y espesa.

Miró fijamente el fuego recordando la última imagen de su madre, inclinada sobre el puchero. ¿Volvería a verla?

—¿Quieres más? —Thora cogió el cucharón y se acercó al caldero.

Oddo se quedó sin respiración. Por un momento, Thora fue como su madre.

—Yo... —No podía contestar. Sólo la miraba.

—Eh, vosotros —interrumpió Dúngal—, el padre Connlae dice que los vikingos están sólo a unas horas de camino. Si partimos ahora, podemos llegar antes de anochecer.

Thora se enderezó y se volvió. Oddo parpadeó. Con su largo y sedoso cabello y su diminuta nariz, ¿cómo había llegado a pensar que se parecía a Sigrid?

—¿Le has pedido la piel de cabra? —preguntó ella.

Dúngal asintió.

—Dice que podemos llevárnosla. Pero he tenido que explicarle el motivo. —Miró a Oddo—. Ahora sabe que eres mago.

Cuando se marcharon, el sacerdote se despidió agitando la mano y gritó algo con voz trémula e inquieta.

—Dice que procuremos que los vikingos no nos descubran —tradujo Dúngal.

Thora se volvió y devolvió el saludo.

—No te preocupes. Tendremos cuidado —gritó.

Nadie se fijaba por dónde pasaban. Todos miraban al horizonte, porque cada uno quería ser el primero en avistar el asentamiento vikingo.

Finalmente, *Peluda* lo encontró. Alcanzó la cumbre de una colina, se dio la vuelta y soltó un breve ladrido. Oddo llegó jadeante a su altura, y en el fondo del valle vio una casa larga y baja con el tejado cubierto de tepe. Un hombre con la barba trenzada cruzaba el patio. Acarreaba en la mano un cubo de ordeño y le seguía un perro. Había vacas, ovejas, y... Todo resultaba familiar, como en su país. Oddo percibió una calidez que se le desplegaba desde el corazón y le llegaba a la garganta y los ojos. Sin pensar, abrió la boca para gritar un saludo. Lo siguiente que supo fue que estaba tendido de espaldas con Dúngal sentado encima y Thora agarrando a *Peluda* con una mano tapándole el hocico.

—¡Oddo, dile que deje de ladrar!

Con un sobresalto, Oddo se dio cuenta de que había estado a punto de echarlo todo a perder.

—*Pe... Peluda* —dijo con voz ronca—. ¡Silencio!

Dúngal lo soltó y se alejó a gatas, mirando con ferocidad, y todos se agacharon, atisbando ladera abajo. Salía humo de la chimenea, y el olor a comida llegaba flotando hacia ellos. No obstante, todas las miradas se dirigían al río, donde un *drakar* con la vela plegada se balanceaba en su amarradero.



21. Bajo la capucha



—Dame la piel de cabra —susurró Oddo.

Dúngal, que la había estado llevando a modo de capa, se la entregó a Oddo.

—Buena suerte.

Oddo se puso en pie y se cubrió cuidadosamente los hombros y la cabeza con el cuero.

—Funciona —exclamó Thora, entusiasmada—. Asegurate de que la llevas sobre la cabeza todo el rato.

Cuando Oddo se volvió para marcharse, *Peluda* saltó a su lado.

—No, pequeña, tú te quedas. —La perra se dejó caer pesadamente en el suelo y él frunció el ceño con preocupación—. Creo que aún puede verme —dijo—, ¡y esto significa que el sabueso de allá abajo también me verá!

¿Y qué? —replicó Thora—. Ordénale que se calle. ¡Tú puedes hablar con los animales!

Oddo descendió por la cuesta de puntillas. Cerca del patio, una ramita crujió bajo su pie. El perro comenzó a ladrar y el granjero echó un vistazo colina arriba. Oddo se tocó la cabeza para comprobar que la capucha seguía en su sitio. Esperó, conteniendo la respiración y sintiéndose alarmantemente expuesto, rezando para que Dúngal y Thora se hubieran escondido bien.

«Lo que decía Thora de que yo mande callar al perro está muy bien —pensó—. Pero ¿cómo voy a hacerlo si el hombre está a su lado? ¡La capa no ocultara mi voz!»

Cruzó la mirada con el animal y lo observó fijamente, deseando que se callara. El sabueso dejó de ladrar, ladeó la cabeza y se tendió en el suelo. El granjero se encogió de hombros y se dirigió a la casa.

Oddo volvió a avanzar despacio. La casa estaba hecha de turba extraída del terreno circundante. Oddo distinguía los toscos tajos en la tierra. Vio en el río el

drakar que se balanceaba ligeramente. Y atado detrás. Oddo tragó saliva. Había un pequeño bote con los remos apoyados y listos en las bancadas. No había nadie a la vista. Era el momento ideal para colarse en el amarradero y llevárselo sin hacer ruido.

Desde el interior de la casa llegaban fuertes voces vikingas y el tentador olor del cordero asado. Oddo dudó. Había pasado mucho tiempo desde el desayuno, y aún pasaría mucho más antes de volver a poner los pies en una casa vikinga.

«Sólo una miradita rápida —prometió—, y un bocadito. Y luego me llevaré el bote.»

Anduvo de puntillas por el camino empedrado, siguiendo al granjero por un túnel que atravesaba la gruesa pared. El hombre se abrió paso entre las colgaduras de piel hasta el otro extremo. Oddo alcanzaba a oír a hombres y mujeres hablando y riendo. Respiró hondo, se tocó de nuevo la capucha y cruzó la puerta.

Dentro, la escena era idéntica a la de cualquier casa de labranza de su país. Desparramada en bancos en torno a la mesa, una ruidosa multitud comía, bebía y reía a carcajadas. Estaban todos en una ligera penumbra, apenas alumbrados por los titilantes candiles. Un esclavo iba dando vueltas sosteniendo una gran jarra, y las manos se alzaban y bajaban mientras los comensales tragaban cerveza y alargaban sus cuernos pidiendo más. Había tres mujeres inclinadas sobre el fuego en mitad de la estancia, los rostros rojos y sudorosos mientras hacían girar un espetón y retiraban de las llamas una pesada cacerola. A Oddo se le hizo la boca agua. Cuando una de las mujeres empezó a cortar trozos de carne para ir amontonándolos en una fuente de madera, Oddo se acercó sigilosamente. En el preciso instante en que ella dio la espalda al asador, la mano de él saltó como un resorte, cogió un pedazo de carne y se lo llevó a la boca.

Masticando feliz, se puso en cuclillas en el suelo y comenzó a escuchar la ruidosa conversación de la mesa. Debido al caliente fuego le goteaba sudor por la parte posterior del cuello, y deslizó un dedo bajo la capucha para que entrara un poco de aire.

—¡Hay que ir a Dyflinn! —gritó un hombre con grises mechones y el rostro desfigurado por una larga cicatriz.

Dio un puñetazo en la mesa, y un cuenco de suero saltó y salpicó.

—Es verdad —respondió su vecino, un tipo de complexión pálida y voz grave y bronca—. Los irlandeses son los mejores esclavos. Vayamos al mercado de Dyflinn.

¿Y por qué no hacemos una incursión? —saltó otra voz—. En Irlanda es fácil cogerlos en cualquier sitio. Serán nuestros propios esclavos.

—¡Eso! ¡Eso!

Oddo se puso en pie de un salto, temblando de rabia. Eran patanes como aquéllos los que habían secuestrado a Dúngal y lo habían arrastrado encadenado al mercado. Fulminó sus complacidos rostros con la mirada.

Un hombre dirigió la mirada hacia él, se quedó perplejo y señaló.

—¿Quién es este chico? —preguntó.

Oddo se llevó la mano a la cabeza y, horrorizado, palpó cabello en vez de piel de cabra. Se le había caído la capucha y ahora todos podían verle.

Estaban callados, observándolo fijamente.

—Soy... soy vikingo —dijo—. I... iba en un bote que naufragó y... aquí estoy.

—¿Un bote?

—¿Qué bote?

—¿Hay alguien más?

—¿Dónde desembarcaste?

—¿Cómo te llamas?

Mientras lo acosaban a preguntas, Oddo les sostuvo la mirada y se sintió como un animal acorralado. Aún podía oír en su cabeza el asustado grito de Dúngal: «¡Si me ven, me convertirán de nuevo en esclavo!».

«¿Cómo voy a impedir que encuentren a los demás?», pensó, angustiado.

Una de las mujeres de cara enrojecida dejó bruscamente una fuente sobre la mesa y miró airada a los hombres.

—Eh, vosotros, patanes maleducados —les regañó—. Este pobre chico debe de estar hambriento y cansado. Dejad de agobiarle y que se siente a comer.

Se oyeron murmullos mientras los presentes se corrían en los asientos para hacer sitio a Oddo. Éste se sentó en el extremo de un banco con la cabeza gacha y las mejillas encendidas de vergüenza.

—Toma, cariño.

La mujer, que olía a humo y sudor, se inclinó hacia él y le dio un plato de madera rebosante de pan y carne. Oddo notaba que todos le miraban. Se llenó la boca de pan, espeso e insípido, y tuvo que engullirlo ruidosamente. Finalmente, los hombres apartaron la vista y volvieron a lo suyo.

—Hemos de salir pronto —dijo uno—, tenemos que ir y regresar antes de que acabe el verano.

—¿Y quién se quedará aquí? —preguntó la mujer, que dejó caer pesadamente otra bandeja sobre la mesa, se irguió y cruzó los brazos—. En las granjas hay mucho que hacer, y las tres mujeres no podemos con todo.

Hubo una pausa.

—Pues entonces nos quedaremos algunos —dijo Cara Pastosa.

—¡Un momento, no tan deprisa! —El hombre del cabello gris meneó el dedo—. Si la mitad de la gente se queda aquí aislada, ¿quién tripulará el barco? —Paseó la mirada por la mesa con aspecto amenazador, y los demás gruñeron, fruncieron el ceño y se tiraron de la barba.

El del pelo gris señaló repentinamente a Oddo.

—Eh, muchacho, has dicho que llegaste en bote. ¿Sabes remar? ¿Sabes navegar?

—¡Si no sabe, pronto le enseñaremos!

Hubo muchas carcajadas y golpearon la mesa con los mangos de los cuchillos.

Oddo miró fijamente las impúdicas caras y sintió un nudo en el estómago debido

al miedo y la preocupación. Esos hombres le estaban ofreciendo un pasaje en un bote para Irlanda. Sólo que... no podía dejar a Dúngal, Thora y *Peluda* en aquella tierra de hielo y fuego. Tenía que encontrar el modo de llevarlos con él. ¡No podía ir solo!



21. El plan



Thora abrió los ojos de repente. Ahí estaba otra vez... el sonido de pasos apresurados. Atisbo a través de las ramas de enebro. Era Oddo, que subía pesadamente la cuesta hacia ellos. Vio consternada que la capucha se le había deslizado de la cabeza y se mecía por detrás.

Él ya pasaba de largo cuando Thora le gritó en voz baja y ronca.

—¡Oddo!

Él dio media vuelta.

—¡Aquí, en el matorral!

Él se arrodilló y escrutó entre las agujas de enebro. Dúngal también estaba despierto, y *Peluda* forcejeó para salir y apoyar la cabeza en su rodilla y mirarle fijamente a la cara.

—Oddo, ¿ya sabes que se te ha caído la capucha?

Oddo torció el gesto.

—Lo sé. —Miró hacia atrás, colina abajo—. Larguémonos de aquí; ya os contaré qué ha pasado.

Cuando estuvieron a salvo en un bosquecillo de abedules, Oddo empezó a hablar.

—Los vikingos están a punto de zarpar. ¡Adivinad adónde van!

Thora se quedó mirándolo.

—¿Vuelven a casa?

—Qué vaaa. —En la cara se le pintó una amplia sonrisa—. ¡A Irlanda! —soltó eufórico.

—Pero... y eso ¿de qué me sirve a mí? —dijo Dúngal—. ¿Piensas que puedo esconderme en el bote?

—No hará falta —señaló Oddo recreándose—. Quieren gente que se incorpore a la tripulación. No tienen por qué saber que eres irlandés. Sabes hablar la lengua de los vikingos. Te llamaremos... Dufnall.

—¿Y yo, qué? —gritó Thora—. No querrán ninguna chica.

—Pues hazte pasar por un chico.

Thora lo miró pensativa.

—Podría llamarme Thorvald —sugirió—. Y acortarme el vestido hasta convertirlo en una túnica. Pero... no tengo pantalones.

—Ponte los míos —dijo Oddo—. Dúngal y yo fingiremos que perdimos los nuestros en el naufragio.

—¿Y qué pasa con el padre Connlae? —terció Dúngal—. Él no puede fingir que es vikingo. No conoce vuestra lengua.

—¿El padre Connlae? —exclamó Oddo—. ¿Qué pasa con él?

—No podemos dejarlo aquí a su suerte. Él también quiere regresar a Irlanda. Hemos de rescatarlo antes de que vuestros odiosos amigos lo cojan.

Thora advirtió la frustración en el rostro de Oddo. Intervino antes de que le gritara a Dúngal.

—¿Por qué no...? —Se devanó los sesos buscando desesperadamente una idea—. ¿Por qué no decimos que el padre Connlae se lastimó la lengua o algo así, y que por eso no puede hablar? —Miró a Oddo esperanzada.

—No digas bobadas —soltó él.

Entonces Thora recordó el mentón afeitado del sacerdote, y su cabello tonsurado. El padre Connlae no tenía aspecto de vikingo, desde luego.

—No puedes perder la barba en un naufragio —dijo Oddo.

—Pues que se deje crecer la barba —replicó Thora inmediatamente—. Que no se afeite y ya está.

—¡Una barba completa no crece en dos días!

Se miraron fijamente unos a otros; entonces Thora alzó un mechón de su cabello.

—Podríamos cortar mi pelo —dijo despacio— y pegárselo a la cara. —Miró expectante a Oddo. Éste exhaló un suspiro y se encogió de hombros.

—Si quieres, inténtalo —dijo.

Cuando Oddo le levantó el pelo para dar el primer corte, Thora se mordió el labio. Por el rabillo del ojo veía el destello de la daga, y a continuación oyó un sonido de rasgones junto al oído. Notó puntas cortas de cabellos cayéndole sueltas en la cara, mientras Oddo sostenía un puñado de mechones del color de la miel. Thora tragó saliva.

—Sigamos —dijo animado, y siguió cortando.

Al cabo de unos minutos, Thora se puso en pie. Notaba el cuello frío y desnudo.

Dúngal señaló los mechones que ya estaban en el suelo.

—Aquí está la barba del padre Connlae —dijo ahogando una risita.

—¿Cómo se la vas a pegar a la cara? —preguntó Oddo.

—Con cola de pescado —respondió Thora—. Herviré unas espinas.

A la mañana siguiente, sola en la cueva, Thora se quitó los imperdibles de bronce y dejó que el vestido se le deslizara hasta el suelo. Cogió el puñal y acortó la falda

hasta que le llegó justo por encima de las rodillas. Temblando, se puso los pantalones que le había dado Oddo para cubrirse las piernas desnudas.

—Ahora un cinturón. —Se anudó una cuerda a la cintura—. Y... —Vaciló, deslizó la daga en el cinto y respiró hondo—. Y estoy lista.

Vestida con aquel extraño atuendo, el corto pelo bailándole alrededor de la cara, se sentía una persona nueva, audaz y atrevida. Con el corazón acelerado por la emoción, cruzó la estancia y salió.

—¿Qué tal me queda? —gritó.

Nadie respondió. Estaban ocupados desmontando el redil y mandando los animales a los bosques. Thora observaba a Oddo corriendo entre los árboles, las piernas descubiertas, largas y escuálidas como las ramas de los sauces.

«Ha crecido casi tanto como Arni —pensó ella sorprendida—. Y... Dúngal tenía razón, ¡se parece a Arni!» En su tierra, Oddo llevaba siempre el pelo cepillado y cubierto con una gorra lustrosa de color castaño dorado, pero ahora lo tenía rebelde y enmarañado como el de su hermano.

El padre Connlae apareció tambaleándose, y ella sintió que en su interior se mezclaban el horror y la risa. Clavó la mirada en las dos guedejas que se balanceaban en la cara del sacerdote y rezó para que los asaltantes vikingos se tragaran que era una verdadera barba trenzada.

MSTF MS TF RDTF

22. *Striker*



Bajaron la colina hacia la granja de los vikingos. Dúngal vio el *drakar* con la vela desplegada. Unos hombres que se parecían a los asaltantes que lo habían capturado estaban cargando la embarcación. Sintió nauseas.

—En cuanto me vean el cabello y las pecas, sabrán que soy irlandés. Sabrán que soy un esclavo —gruñó.

—Tonterías. —Thora lo asió firmemente de la manga—. Ulf el Granjero es pelirrojo y vikingo. Sólo recuerda que no debes decir nada en irlandés.

—No soy estúpido.

Dúngal dirigió una mirada al padre Connlae. Las rodillas del sacerdote eran blancas y nudosas; en su afeitada cabeza llevaba una extraña capucha de lana y del mentón le colgaban dos ridículas trenzas. Pero mientras bajaba la ladera tambaleándose, el viejo se volvió hacia Dúngal y le guiñó el ojo.

Al acercarse a la casa, apareció un alto vikingo en el umbral. Bajo el pelo gris y enmarañado, tenía el rostro desfigurado por una cicatriz que iba desde la frente a la barbilla.

—Ah, mi nueva tripulación —dijo—. Soy el capitán del *Striker*. Me llamo Snari. Oddo se detuvo y los otros se arracimaron tras él.

—Son amigos míos. —Dúngal apreciaba el nerviosismo en la voz de Oddo—. Thor... vald y Dufnall. Y... eh... Kolli el Callado. Lo llamamos así porque... no puede hablar.

Dúngal notaba la tensión de sus compañeros. Todos esperaban que el capitán se burlara de ellos, o les hiciera preguntas. En cambio el hombre se limitó a indicarles un montón de armas.

—Elegid herramientas —dijo.

Dúngal se decidió por un yelmo, y cuando lo dejó caer sobre su cabeza casi pierde el conocimiento. Vaciló, pues el enorme peso del hierro casi le doblaba el cuello. El casco era demasiado grande y le tapaba los ojos, así que apenas podía ver, y la protección de la nariz le llegaba a la barbilla. Pero suspiró de alivio. Así quedaban ocultos el pelo rojo y las pecas.

Miró a los otros con ojos de miope. El padre Connlae forcejeaba para desenredar

el jubón de piel de su barba postiza. A Thora el jubón le colgaba por debajo de las rodillas, pero los ojos le brillaban emocionados bajo el yelmo de hierro.

—Ya vienen —susurró—. Mira, coge una lanza.

Se oyeron pasos y voces agitadas, y al instante el resto de la tripulación estuvo allí congregada, tratando de coger armas a empujones.

—¿Todo el mundo está preparado?

La voz del capitán se elevó por encima del jaleo, y acto seguido todos se callaron y se apartaron arrastrando los pies. Dúngal reparó en que los cuatro se habían quedado solos mientras los demás habían formado corro.

—¡Eh, vosotros, los nuevos, venid!

Se abrió un espacio para ellos. Al avanzar, Dúngal se sintió tembloroso, como si sus brazos y piernas fueran sólo una confusión de huesos desnudos que traqueteaban. Se acercó como pudo. El capitán Snari comenzó a hablar y Dúngal irguió la espalda, intentando mostrarse firme y orgulloso. Sujetaba la lanza y el escudo con las manos húmedas por el sudor.

—Hombres, ¿estáis dispuestos a jurar vuestra lealtad? —preguntó Snari.

Sus severos ojos recorrieron el círculo y cada uno murmuró un «sí». Todos menos el padre Connlæ. Snari resopló y fulminó al sacerdote con la mirada.

—Kolli el Callado, ¿me oyes? ¿Estás dispuesto? —preguntó.

—Haz un gesto con la cabeza —le dijo Dúngal en voz baja.

Vio con gran alivio que el sacerdote bajaba la cabeza despacio.

El capitán escogió una flecha de su carcaj y la encajó en el arco. Dúngal se puso a temblar.

—¡Odín nos protegerá! —bramó Snari.

La flecha salió disparada del arco y se elevó por encima del círculo. Cuando oyó un ruido sordo tras sus talones, Dúngal soltó un chillido y saltó hacia delante, los vikingos estallaron en risas.

Dúngal intercambió una mirada con Oddo y fue consciente de su compasión.

—Ahora estáis juramentados —gritó Snari—. Todo hombre aquí presente está comprometido a vengar a los demás como haría con sus hermanos, y ninguno de vosotros, con independencia del peligro al que se enfrente, dirá una sola palabra de miedo o temor.

Dúngal recorrió resentido con la vista el círculo de vikingos. «Vosotros no sois mis hermanos», murmuró. De pronto, sus ojos se fijaron de nuevo en Oddo. Contempló al delgado muchacho con el pesado yelmo de hierro en la cabeza, el muchacho que había menospreciado su *curach* pero que había accedido a viajar pese a sus temores. El que casi pierde la vida por ayudar a un desconocido esclavo irlandés.

«Tú puedes ser mi hermano —musitó Dúngal—. Yo me comprometo contigo. Te vengaré, aunque tenga que arriesgar mi vida.»

El capitán arrancó la flecha del suelo, y con un rugido de vítores y un traqueteo de

armas, los vikingos se precipitaron hacia el *drakar*. Dúngal se volvió para coger al padre Connlae del brazo y vio a Oddo al otro lado. Los tres se apresuraron hacia el barco.

—¡Esperad! —Thora, con su jubón y su pesado casco, quedaba rezagada—. ¿No os acordáis de mí? —dijo mal humorada, mientras jadeaba para alcanzarlos.

Cuando estuvieron cerca, Dúngal quedó pasmado ante el tamaño del *Striker*. La proa, con una impresionante águila tallada, se elevaba sobre su cabeza, y cuando subió a los alquitranados costados se quedó boquiabierto al ver las hileras de bancadas que se extendían de proa a popa. Vio consternado que los cuatro amigos eran separados. Dúngal acabó en una bancada de remos al lado de un hombre ceñudo con el rostro cetrino y curtido. Miró alrededor, preocupado por el sacerdote, y lo localizó unas cuantas filas más atrás, delante de Thora.

«Thora, cuida de él», rogó en silencio.

—¡Soltad amarras! —ordenó el capitán desde su plataforma elevada en la parte de popa.

Dúngal notó la boca seca al comprobar que los cables se soltaban de los postes de amarre y el *drakar* se alejaba de la orilla.

—¡Coged los remos!

El *Striker* se balanceó violentamente cuando los hombres se levantaron y con un gran estrépito agarraron un remo cada uno del estante. Bajaron los remos por los lados, se sentaron y se prepararon para empezar. Dúngal se dio cuenta de que ya tenía los músculos de la espalda tensos y doloridos.

El capitán hizo una serial al timonel, abajo.

—¡Listos..., remad! —chilló el timonel con voz aguda.

Dúngal sumergió el remo en el agua con todas sus fuerzas.

—No estamos recogiendo ostras —gruñó el hombre que había a su lado.

Sorprendido, Dúngal levantó la pala, salpicando a ambos de agua. Probó de nuevo, esta vez procurando no hundirla tanto.

—Remad —gritaba el timonel—. Remad... remad...

—¡Sigue el ritmo! —refunfuñó el hombre—. ¡Escucha!

Con las mejillas encendidas, Dúngal se esforzó por mantener la cadencia. Por el rabillo del ojo, alcanzaba a ver los remos a un lado y a otro balanceándose al unísono.

«¿Cuánto tiempo tendré que soportar esto?», se preguntó Dúngal. Los brazos y el pecho le dolían horrores. Con un mal presagio, recordó las temblorosas manos del padre Connlae.

Tras él, se oyó un chapoteo y un grito. El timonel interrumpió su sonsonete. El uniforme barrido de los remos vaciló en un cierto desorden.

—¡Los remos quietos! —bramó el capitán.

Dúngal se volvió y vio al sacerdote, el rostro horrorizado, inclinado sobre la borda tratando de alcanzar un remo que se alejaba flotando. En torno a él se apreciaban murmullos de enojo.

23. Desenmascarados



El compañero de banco de Oddo, un hombre joven llamado Völund, tenía unos brazos musculosos y bronceados del color de las bellotas, y el cabello rubio tan claro que casi era blanco. Sus ojos, rodeados de arrugas de tanto entrecerrarlos para mirar el mar, eran vivaces y atentos. Después de que Oddo le hubiera susurrado al viento, en varias ocasiones sorprendió esos ojos mirándole burlones.

Durante todo el día y toda la noche, Oddo condujo el *Striker* hacia el este. A la mañana siguiente, el cielo estaba encapotado, ocupado por nubes densas y grises. El mar estaba oscuro y picado, y el viento cortaba. Oddo iba cómodo con el grueso jubón y el yelmo de hierro, pero pronto sintió las manos entumecidas por el frío. Miró de soslayo y sorprendió a Völund observándolo atentamente con una expresión divertida en la cara. Oddo encogió los hombros y se sopló los dedos.

Las olas se levantaron más y el barco cabeceó dando escalofriantes bandazos. A un relámpago siguió el retumbo de un trueno.

—¡Se acerca tormenta! —avisó el capitán—. ¡Arriad las velas!

Todos se pusieron en pie al punto, y Oddo aprovechó la ocasión para alzar la vista y hablar en voz baja a las nubes. Al cabo de un instante, el cielo estaba despejado, el viento había amainado y había salido un sol esplendoroso. El capitán levantó la vista con expresión de desconcierto. Oddo cruzó su mirada con la de Thora, que se tapaba la boca con la mano para ahogar sus risitas.

Aquel atardecer, Völund dio un codazo a Oddo y señaló un punto en el horizonte. Oddo vio extrañas columnas de nubes que se extendían del mar al cielo.

—Eso deben ser las islas Feroe —dijo Völund—. Estate atento.

En efecto, por la mañana Oddo se despertó con el chillido de miles de aves marinas, y entre la bruma distinguió los negros y escarpados acantilados de las islas. Al recordar su última visita a ese lugar, atrapado en la forma de un ave, se estremeció.

—¡Tierra a la vista! —chilló el vigía.

Se menearon cabezas detrás de las bancadas, y los hombres fueron saliendo a duras penas de los sacos de piel en los que dormían. El águila labrada del mascarón de proa parecía abalanzarse sobre las rocas.

«Muy bien, viento, amaina», musitó Oddo.

Los marineros se tambalearon hacia las bancadas, cogieron los remos y se esforzaron por conducir el *drakar* sano y salvo a la orilla. Oddo lanzó una mirada

furiosa al encrespado oleaje. «Ojalá pudiera decirte que te alejaras.»

Entonces observó atónito cómo una enorme ola se detenía a mitad de recorrido y retrocedía. El agitado discurrir del *Striker* se transformó en un deslizamiento suave. Oddo miró, y todos los presentes a bordo guardaron un silencio pasmado. El único sonido era el chapoteo de los remos, y luego la quilla rozando la playa. Nadie se movió. Se quedaron todos sentados, boquiabiertos ante el mar inmenso, quieto y plano como una balsa.

—¿Qué ha pasado? —susurró el capitán.

Al lado de Oddo, Völund se removió y carraspeó.

—Este muchacho habla con el viento... —dijo, y Oddo sintió un nudo en el estómago— y también con las olas.

Todos se volvieron y lo miraron fijamente.

—¿Es verdad eso? —preguntó Snari.

Los ojos de Oddo recorrieron las largas hileras de bancos hasta encontrar a Thora, que se encogió de hombros. Él alzó la vista hacia el perplejo capitán.

—Yo... sí... tengo poderes mágicos —admitió con voz ronca.

—¡Ha hecho aparecer el viento que nos ha traído aquí! —gritó Thora.

—¡Bien! —La palabra fue una ráfaga de aire, como el soplido de una ballena—. ¡Parece que tenemos una tripulación perfecta!

Durante los minutos siguientes, todos estuvieron ocupados en las tareas propias del desembarco, llenar los barriles de agua y recoger leña. En cuanto el fuego estuvo encendido, se juntaron alrededor para contemplar el enorme caldero que borboteaba sobre la hoguera y Oddo se vio acribillado a preguntas.

—¿Qué otras clases de magia sabes hacer? —pregunto uno.

—¿Sabes decirme la buenaventura?

—¿Puedes grabar mi escudo con runas que me concedan larga vida?

—Siempre pensé que eras un poco raro —comentó un vozarrón.

—¿Yo?

Oddo lanzó una mirada a Thora con su corte irregular, al padre Connlae con su barba falsa, y a Dúngal con su pelo rojo y sus pecas. «Si supierais», pensó.

Pronto estuvo lista la comida, y todo el mundo se ocupó de los humeantes cuencos de harina de avena.

Oddo y sus amigos desaparecieron por una herbosa cuesta para ocultarse de la multitud. Se sentían aliviados de poder olvidarse un rato de fingir. Oddo se tendió de espaldas, deleitándose con el calor del sol en los doloridos músculos. Se apartó el pelo de los ojos.

—Esto es lo que hace Arni —dijo Thora.

—¿Qué?

—Se aparta el cabello así.

—Bueno, siempre ha tenido un flequillo largo.

—Sí, pero... te pareces mucho a él.

—Pues el otro día pensé que tú te parecías a mi madre.

—¿Ah, sí? —Thora se incorporó—. ¿Por qué?

—Oh, no sé, será porque las dos tenéis la cara redonda.

—Es realmente extraño que en mi familia todos sean altos y delgados como tú y en cambio yo sea mofletuda como Sigrid —dijo Thora, despacio.

—Es como si cada uno estuviera en la familia equivocada —soltó Dúngal riendo entre dientes.

Oddo y Thora no rieron. Se miraron fijamente uno a otro.

—Nacimos la misma noche —dijo Thora con un hilo de voz.

—No pensarás que... Gyda la Comadrona nos intercambió.

—¡Esto explicaría por qué tú puedes hacer magia y yo no!

—No puede ser... dos bebés en casas diferentes...

—Ya lo sé, pero... se lo preguntaré a Gyda cuando la vea.

A Oddo le pareció como si su vida y la de Thora hubieran quedado destrozadas y hechas añicos como dos tarros de arcilla. Y ahora esos añicos revoloteaban en su cabeza. Veía todo el rato su propio rostro, y el de Thora. Oía las palabras de su madre —«es como una hija»—, y a su padre, en un ataque de furia: «No puedo creer que haya engendrado a un alfeñique como tú». Y al ver la mirada aturdida en los ojos de Thora, dedujo que ella se sentía igual.

Cuando llegó el momento de volver a embarcar, los hombres murmuraban agitados. Sus voces tenían un timbre alegre, y todos daban palmaditas a Oddo al pasar. Incluso el capitán Snari reía satisfecho y se frotaba las manos.

—Nos alejaremos de la isla remando —dijo—, después, Oddo, puedes hacer aparecer el viento e izaremos las velas.

Oddo regresó de golpe a la realidad. Miró las velas.

—¿Ahora quieres ir al sur? —preguntó.

Snari asintió.

Oddo observó el cielo con el ceño fruncido. El sol de mediodía le daba pocas pistas sobre una dirección u otra. Se inclinó hacia *Peluda*, cuya nariz asomaba desde debajo de una bancada.

—Eh, pequeña —susurró—, sal y ráscate un poco.

La perra se escurrió hábilmente y empezó a rascarse enérgicamente con la pata trasera. Oddo se puso en cuclillas a su lado y miró detenidamente las minúsculas pulgas que le saltaban del lomo y se apresuró por la cubierta. Por el rabillo del ojo vio que Völund lo observaba desconcertado.

Oddo volvió a tomar asiento.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Völund.

Oddo sonrió con una mueca.

—Sólo miraba por dónde hemos de ir. —Señaló hacia el sur y llamó al viento.

—Pero... ¿cómo? —Völund miró fijamente la cubierta y luego alzó los ojos al cielo.

—¡Levantad los remos! —bramó el capitán.

Cuando los remos sonaron con estrépito alrededor, Oddo se ablandó.

—Son las pulgas —explicó—. Ellas me orientan. ¡Siempre saltan hacia el norte!

Empezó a soplar el viento y pusieron rumbo a Irlanda. Pero mientras avanzaban, Oddo seguía haciéndose preguntas sobre la noche en que nació.

SF11W

24. Un regalo para el rey



Dúngal miró las hileras de bancos. Mientras Oddo procuraba que el *drakar* navegara estable, los integrantes de la tripulación holgazaneaban, haciendo ruiditos secos con las piezas de sus juegos de tablero, o bebiendo de sus cuernos; incluso participaba el timonel, que había inmovilizado el timón.

Thora se acercó con sigilo y tocó ligeramente el brazo de Dúngal.

—Pronto llegaremos —susurró—. Si conseguimos que pasen unas cuantas horas más sin que nadie descubra nuestra identidad, estaremos a salvo.

Dúngal asintió. Se volvió para mirar la costa, aguzando la vista para distinguir el saliente rocoso de Ben Edair, señal para los que viajaban de regreso a Ériu. Al fin lo distinguió, un risco alto y solitario en una larga lengua de arena.

—¡Ahí está! —chilló una voz a su espalda—. ¡Hemos llegado a Dyflinn!

Mientras entraban en la bahía, miró a través del agua azul plateada hasta las impecables colinas onduladas. Más allá de aquellas verdes laderas, en algún lugar volvería a encontrar a los suyos.

Dúngal se dio la vuelta y miró a Oddo, que estaba en el otro extremo del barco, orgulloso junto al capitán. Sus miradas se encontraron.

—Gracias —musitó Dúngal, aunque Oddo no podía oírle.

Arriaron las velas y remontaron remando el río Liffey hacia el centro de la ciudad. El mercado se hizo visible, y cuando Dúngal vio las filas de esclavos en grilletes apretó las manos al remo.

Dejaron atrás los terraplenes que protegían la fortaleza del rey Yvar el Vikingo. Giraron hacia el remanso de agua oscura, de color pardo debido al tremedal, lo que daba a la ciudad su nombre: Dub Linn, remanso oscuro.

El viaje había terminado.

Dúngal bajó del barco a trompicones hasta el muelle de madera y Thora corrió a su lado.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Ya no hay peligro! —exclamó en voz baja.

Dúngal le respondió con una sonrisa bonachona.

—¿No te decía siempre que algún día regresaría a Ériu?

Ladrando agitada, *Peluda* saltó por la borda del barco. Un instante después estaban con ellos Oddo y el padre Connlae.

—Esto no puede ser Irlanda —dijo Oddo—. ¡Parece una ciudad vikinga!

—Es una ciudad vikinga —gruñó Dúngal—. En suelo irlandés. ¡Incluso han llevado al poder a un rey vikingo! Estos maleantes utilizan Dublín como base para sus correrías en el resto de Irlanda.

Dúngal observó ceñudo los largos *drakares* apiñados en la rada, el campamento vikingo y la imponente mole de la fortaleza del rey.

—*Tíagam ass*. ¡Vayámonos de aquí! —soltó.

Cuando dieron media vuelta, dispuestos a marcharse, el capitán Snari lanzó un grito.

—¡Eh, vosotros! —Se acercó a ellos y sus pesados pasos retumbaron—. ¿Dónde creéis que vais?

Los cuatro vacilaron, mirándose unos a otros. A Dúngal le invadió una oleada de alarma. Observó la cara pálida, sobresaltada, del padre Connlae, los mechones de pelo que le colgaban de la cara, y supo que estaban a punto de ser desenmascarados.

—¡A correr! —gritó.

Saltó hacia delante, pensando por un fugaz instante que lograrían huir. Pero era demasiado tarde. La tripulación los cercó. Enseguida estuvieron rodeados por una empalizada de lanzas.

El capitán cruzó el círculo y los fulminó con la mirada.

—¿Que pretendíais? —preguntó—. ¡Habéis jurado lealtad a mi barco! ¡No andaréis por ahí hasta que yo os de permiso!

Dúngal lo miraba boquiabierto. A ese pomposo zoquete sólo le preocupaba perder su tripulación. ¡Ni siquiera había sospechado de sus disfraces!

—Da la casualidad —prosiguió Snari— que estaremos amarrados un tiempo, así que podéis distraeros unas horas. Todos menos ese chico, Oddo. Es demasiado valioso para ir deambulando por ahí. ¡Völund, Egil, traédmelo! ¡Tengo la intención de ofrecérselo al rey Yvar como regalo!

Dúngal y Oddo se quedaron rígidos por la conmoción.

—¡No me puedes regalar! —protestó—. ¡No soy ningún esclavo! ¡Soy vikingo!

El capitán bufó.

—Yo puedo hacer lo que quiera —dijo—. Soy tu capitán.

Los dos marineros más fornidos agarraron a Oddo de los brazos.

—¡No!

Oddo trató de zafarse, y *Peluda* saltó hacia delante con un gruñido. Dos lanzas entrechocaron frente a su nariz con un ruido metálico.

—¿Quieres esto entre las costillas? —gruñó uno de los tripulantes.

—¡Thora... Thorvald, cuida a *Peluda*! —gritó Oddo.

Sus amigos contemplaron su cara pálida y aterrada.

«¡Esto no puede ser verdad! —pensaba Dúngal. ¡Oddo era el único que no corría

peligro!» Echó una mirada a Thora, que agarraba a *Peluda*, y al sacerdote, que parpadeaba desconcertado. «No podemos quedarnos así sin más. ¡Incluso *Peluda* ha hecho algo más que eso!»

Apretando los puños, avanzó unos pasos.

—¡Dúngaal! —La voz de Thora era apremiante, de alerta, pero en la cabeza de Dúngal resonaba un martilleo.

—El esclavo soy yo —chilló—. Eh, vosotros, vikingos estúpidos, ¿estáis ciegos? ¿No lo veis? Soy irlandés. Miradme. ¡Miradme! —Se quitó el yelmo y se entregó a sus atónitos captores—. ¡A mí es a quien tenéis que apresar, mentecatos, tarados!

ƒ

25. Prisioneros



—Dúngal, ¿por qué diablos lo has hecho? —preguntó Oddo.

Los dos estaban acurrucados en el suelo de un diminuto cubículo con paredes de piedra. Dúngal apretaba la cabeza contra las rodillas.

—Eres mi amigo —murmuró—. Y... yo hice el juramento vikingo. He de ser tu hermano sin miedo ni temor.

Oddo miró su cabeza inclinada y suspiró.

—Pues ahora los dos estamos en un apuro.

Tocó con pesar la piel de cabra que llevaba echada sobre los hombros. Si hubiera sido la suya, habría podido ponérsela sobre la cabeza, volverse así invisible, y escapar.

Se oyó un crujido de pies procedente de la grava exterior. Alguien corrió el pestillo y se abrió la puerta. Oddo se protegió los ojos de la luz deslumbrante que inundó la estancia. En el umbral apareció el corpulento Egil.

—Vamos, chicos —dijo—. De pie. ¡Vais a conocer al rey!

Los dos se levantaron entumecidos y siguieron a Egil por el patio hasta la calle.

—Mira —susurró Dúngal.

—¿Qué?

A lo largo de la sinuosa calle la multitud se ajetreaba, y los tejedores, escultores, herreros y curtidores entraban y salían de las diminutas casas y los talleres que flanqueaban la calzada.

Oddo oyó un ladrido y vio, a la sombra de un roble, un perro, un anciano y alguien vestido como un muchacho.

—¡Thora, *Peluda* y el padre Connlae! —musitó.

Mientras Dúngal y él eran empujados calle abajo, advirtió que los otros abandonaban las sombras para seguirles. Volvió la vista atrás y trató de sonreír.

Ante ellos se alzaba el terraplén de la fortaleza del rey. El elevado talud de tierra estaba rematado por una empalizada de avellano y endrino y protegido por atalayas de madera. Muchos ojos bajo yelmos de hierro los observaban mientras ellos se acercaban. Doblaron el muro y vieron al capitán Snari esperándoles en la entrada. Se frotaba las manos, radiante.

—¿Listos para conocer al rey?

Oddo advirtió que Dúngal se alarmaba, como si buscara un modo de huir. Pero el capitán los sujetó a ambos fuertemente por el brazo, y cuando los guardias abrieron las puertas de madera, los dos muchachos fueron empujados por el largo pasadizo hacia la fortaleza.

Dentro había varios edificios aislados, pequeños y con el techo de paja, como los de la calle. Snari los hizo pasar frente a un herrero que daba martillazos sobre un yunque, un alfarero que manipulaba arcilla, un corral de ordeño, una pocilga, hasta llegar a la casa comunal del centro. Cubrían el umbral colgaduras de exóticas pieles amarillas moteadas de círculos negros. Un guardia apartó las cortinas a un lado, y Oddo y Dúngal cruzaron impelidos por el capitán.

El inmenso salón rebosaba de color, luz y sonido. Un hombre que estaba sentado sobre un cojín tensaba las cuerdas de latón del instrumento que sostenía en el hombro. Por toda la estancia titilaban y brillaban gran cantidad de candiles. Humeantes ollas de cobre relucían sobre las danzarinas llamas en el hogar del centro. Personas suntuosamente vestidas se daban un festín sentadas a una larga mesa que se extendía a todo lo ancho del estrado que había en un lado. El blanco mantel quedaba casi oculto por los platos y el líquido derramado. De la pared a su espalda colgaban coloreados tapices, y unos pilares altos y labrados señalaban el lugar de honor. Los ojos de Oddo se posaron en el hombre sentado entre los pilares.

—Ése debe de ser el rey —susurró.

El hombre tenía un flequillo que le caía sobre los ojos, hundidos en un rostro adusto. Una barba negra le llegaba a la mitad del pecho. La capa de color ciruela tenía bordados de plata y estaba sujeta con un enorme broche dorado. Para beber, en vez de cuerno tenía una copa con joyas incrustadas, y al inclinarla, brilló en su dedo un anillo de oro.

—Venid. —Mientras empujaba a los chicos hacia la mesa, el capitán Snari parecía nervioso.

Un escaldo que actuaba para los comensales terminó su balada, y la gente sentada a la mesa lanzó vítores y aplaudió. Las muchachas que servían la mesa se apresuraron llevando más platos: relucientes piernas de cerdo, aves enteras asadas y extrañas fuentes que olían a hierbas y especias. Oddo inspiró con añoranza.

«¿Por qué siempre tengo hambre?», pensó.

Los aplausos se fueron apagando y el capitán aprovechó la oportunidad.

—¡Majestad! —exclamó.

El rey estaba royendo un carnosos hueso, pero enarcó las cejas con aire interrogativo.

—Majestad, soy el capitán Snari, del *drakar Striker*. He venido desde el nuevo asentamiento de Islandia para comerciar. Y como prueba de mi lealtad, tengo el gran placer de ofreceros un presente. Éste es Oddo, el Señor del Viento... ¡un muchacho con poderes mágicos!, y —hizo un gesto en dirección a Dúngal— su humilde compañero.

El rey siguió masticando en silencio, mirando fijamente a los dos cautivos. Cuando hubo dejado el hueso bien pelado, levantó el mantel para limpiarse la barba derramando bebidas y desparramando platos.

—¿Qué clase de poderes mágicos? —quiso saber.

—Pues... ¡puede dar órdenes al viento y las olas!

—Estúpido ignorante —espetó el rey—. Esto puedo hacerlo yo también. ¡Para un rey es muy sencillo dominar la meteorología a voluntad!

Ruborizado de vergüenza, el capitán Snari empezó a retirarse de la estancia.

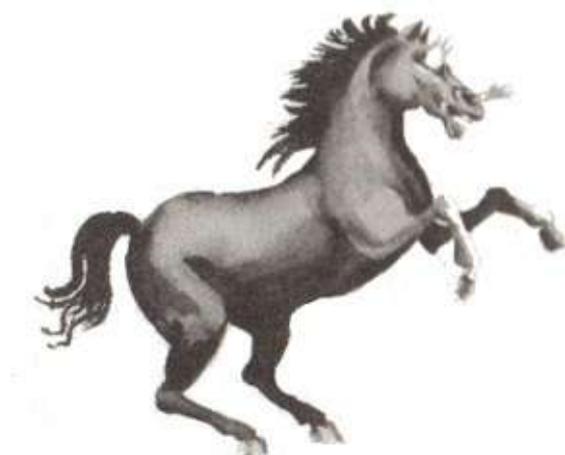
—¡Puedo hablar con las aves, interpretar runas! —proseguía el rey Yvar.

—Entonces, por favor... —Snari se detuvo y extendió los brazos—. Acéptalos como esclavos tuyos. Pueden cosechar tu grano y ordeñar tus vacas. Serán buenos esclavos. Son fuertes, jóvenes... —Había salido de la habitación y aún seguía hablando.

¿Esclavos? Incrédulo, Oddo se quedó boquiabierto mientras las colgaduras se cerraban sobre un espacio vacío.

MSTF SIRBM

26. El caballo negro



Thora esbozó una temblorosa sonrisa cuando el padre Connlae le ofreció un cuenco de gachas. Estaban sentados a una mesa en una estancia atestada, y la amable familia que les había dado cobijo les servía comida sin parar. Cuando Thora acercó el cuenco a sus labios, sus ojos se detuvieron en *Peluda*. La perra no había tocado la comida y seguía en el umbral, observando a Thora con aire de reproche.

La joven miró al padre Connlae, que sonreía mientras tomaba sorbos, contemplando con sus ojos ensoñadores al más pequeño de la familia. Por un instante, Thora observó al niño rubio, al que le goteaban gachas por la barbilla, y recordó a Ketil, su hermano menor.

—Ketil —gimió—. Ojalá pudiera volver contigo.

Rodeada por aquella multitud de desconocidos, se sentía más sola que nunca. La atormentaba la imagen de sus dos mejores amigos desapareciendo por el pasadizo de la fortaleza. Se puso en pie tambaleándose, con los ojos empañados por las lágrimas, y se dirigió a la puerta. La siguió un guirigay en irlandés, pero ella se limitó a asentir y salió al exterior.

En la calle, se puso la capucha para ocultar la cara. Por todas partes había vikingos que vociferaban y reían, y cualquiera podía ser un marinero del *Striker* en busca de la tripulación fugitiva. Le aterraba la posibilidad de que la atraparan y la obligaran a regresar al barco.

—¡*Peluda*, aquí! —susurró con apremio.

Las calles eran estrechas y estaban muy concurridas, los edificios se hallaban apiñados unos contra otros, sin apenas espacio para que una cabra pasara entre ellos. Unos hierbajos miserables y polvorientos eran las únicas plantas que crecían entre las duras piedras del pavimento y las cercas. El aire estaba saturado de humo y del hedor de las letrinas.

Recibiendo golpes y empujones de la gente, Thora intentaba abrirse camino hacia la fortaleza.

—Hemos de encontrar un modo de rescatar a los chicos —le dijo a *Peluda*. Pero

acabaron atrapados entre la muchedumbre y arrastrados al mercado.

En medio de la plaza ardía una hoguera y circulaba un rumor festivo entre los puestos. Por todas partes se veían rostros pecosos y cabellos pelirrojos que le recordaron a Dúngal. Las muchachas irlandesas sacudían sus rojizos mechones mientras bailaban alrededor del fuego al son de una flauta de hueso. Los jóvenes cogían puñados de arándanos de cestos rebosantes y se manchaban las sonrientes caras con jugo de índigo. Reñían para llamar la atención de las chicas, volcando las pilas de coles gordas y redondas y mandando al suelo los pegajosos panales de los puestos.

Las mujeres mayores estaban atareadas regateando con los vendedores y llenando la cesta de ajo silvestre, manojos de berros, pan, bayas y coles. Pero, para el asombro de Thora, los artículos más buscados eran las ramas de serbal. De todas las cestas colgaban los verdes tronchos, con sus racimos de bayas rojas y brillantes.

—¿Qué hacéis con esto? —preguntaba, pero todos se limitaban a menear la cabeza y volverse.

Thora se sintió asustada e impotente al darse cuenta de que, entre aquella bulliciosa multitud, nadie entendía ni una palabra de lo que ella decía, por mucho que gritara hasta desgañitarse.

«Cuando fue capturado por los asaltantes vikingos, Dúngal debió de sentirse así», pensó.

Al abandonar el mercado, notó que el frío de la noche iba penetrando en la ciudad. Ahora las multitudes se dispersaban deprisa, pues al parecer todos deseaban llegar a casa. Mientras se apresuraba en compañía de *Peluda*, Thora observó ramas de serbal adornando los umbrales.

—¡Espera, *Peluda*!

Se paró y vio que una mujer aparecía en una puerta y se agachaba para dejar una hogaza de pan y un plato de bayas en el suelo. Thora observó la calle y advirtió que en todas las casas hacían lo mismo.

«Es como si dejaran comida para la gente menuda —pensó—. ¿Cómo los llamaba Dúngal? Sí... no sé qué. Y los tronchos de serbal; en nuestro país los colgamos para protegernos de los maleficios. ¿Ocurrirá aquí lo mismo?»

El miedo empezó a dominarla. Las calles estaban casi desiertas, y la mitad de los edificios se hallaban sumidos en la oscuridad. Parecía que todo el mundo se había recogido en sus hogares. Sólo seguían callejeando los asaltantes vikingos, cuyas potentes voces perforaban la penumbra.

—*Peluda*, ¿qué sucede? —susurró Thora.

La perra gruñó y se le erizaron los pelos del lomo. Thora oyó el débil susurro de una canción y algo suave como la cola de un gato le rozó los tobillos. Miró hacia abajo. Correteando entre las piedras del pavimento vio unas personas pequeñísimas, transparentes como el agua. ¡La gente menuda!

Como *Peluda*, Thora notó que se le ponían los pelos de punta.

A su espalda oyó el ruido de cascos de un caballo a medio galope. *Peluda* salió disparada como una flecha y, con gran asombro de Thora, los vikingos empezaron a correr por delante de ella, gritando asustados. Thora percibió que el caballo aminoraba el paso hasta pararse. Soltó un relincho y ella notó que la respiración del animal le atravesaba la capa como un fuego abrasador. Se volvió.

La bestia era negra como una noche sin luna, pero al echar la cabeza hacia atrás, Thora vio el brillo de llamas donde debía haber los ojos, y advirtió que de las narices salían chorros de humo y fuego. El caballo relinchó de nuevo y se encabritó. Al ver los enormes cascos agitándose sobre su cabeza, Thora retrocedió de un salto. Los cascos cayeron con estrépito donde ella había estado y partieron las piedras. Una lluvia de grava cayó sobre ella. Thora se incorporó a duras penas y huyó a toda prisa.

Corrió por las vacías y tortuosas calles, a ciegas en la oscuridad. Y de repente, al salir de un estrecho callejón, oyó el rumor del agua y estuvo a punto de resbalar y caer al río.

Se desplomó en la blanda tierra y hundió el rostro en la hierba fragante. Tensa, aguzó el oído para captar el ruido sordo de aquella monstruosa montura, pero los únicos sonidos eran el murmullo del agua y sus propios jadeos sollozantes. Se fue sosegando poco a poco. Respiró honda y pausadamente y percibió el aroma de la manzanilla. Se sentó en el suelo y miró los aplastados pétalos y hojas que tenía en la palma de la mano. A la pálida luz de la luna distinguió una flor con el centro amarillo, medio desprendida de su veloso tallo gris. Sonrió, se apretó la flor contra la nariz y aspiró el agradable perfume de la manzanilla.

—¡La manzanilla calma los nervios! —se dijo en voz baja.

Se levantó temblando. Luego se le cayó el alma a los pies al reparar en que no tenía ni idea de cómo encontrar el camino hasta la casita donde había dejado al padre Connlæ. ¿Y *Peluda*?

Miró a lo largo de la orilla esperando vislumbrar las erguidas orejas y la espesa cola; pero en lugar de ello sus ojos se fijaron en la amenazadora mole de la fortaleza del rey.

«Ojalá el caballo entrara ahí —pensó—. ¡Asustaría a los guardias, y Oddo y Dúngal podrían huir!»

En ese instante, oyó unos ladridos de terror. *Peluda* salió corriendo de la callejuela y se abalanzó sobre Thora. Las dos acabaron en el suelo.

—¡*Peluda*! —exclamó Thora, sollozando de alivio, y acunó en sus brazos al tembloroso animal—. Toma. —Sostuvo la manzanilla frente a la nariz de la perra, pero *Peluda* abrió la boca y la intentó morder—. Eh, sólo tienes que olerla. —Thora se echó a reír, pero de pronto oyó el ruido de cascos que se les acercaban. Se puso en pie de un salto—. ¡Corre!

Echó una mirada a *Peluda* y se asombró al verla entreteniéndose en la orilla.

—¡*Peluda*! ¿No me oyes?

La perra la miró y siguió masticando tranquilamente la manzanilla.

Thora miró fijamente a su vez. De súbito, empezó a tomar forma en su cabeza una idea disparatada, imposible. Se arrodilló y se puso a arrancar hierbas del suelo, oliéndolas con frenesí. Cuando el caballo negro salió trotando del callejón, Thora estaba esperando, con el corazón desbocado y las manos llenas de flores.

WFRF <M SMFS

27. *Lugnasad*



A Oddo lo despertaron unos gritos y ruidos sordos. Atisbo por encima de la pared de la pocilga, donde había estado durmiendo. A su lado, Dúngal se dio la vuelta y fue a parar sobre un montón de estiércol.

—¿Qué pasa? —gruñó.

Oddo entrecerraba los ojos en la penumbra. Entre los gritos de alarma alcanzó a oír algo pesado que se estrellaba contra la puerta de la fortaleza.

—Creo que alguien intenta entrar a la fuerza —dijo.

Instantes después, se oyeron gritos y unos cuantos guardias pasaron como el rayo por delante de la porqueriza. Desaparecieron en la casa comunal. Tras ellos, retumbando en la oscuridad, galopaba un caballo negro y gigantesco. Oddo miró con ojos desorbitados las llamas que le salían al animal de los ojos y el humo que le brotaba de las narices. Entonces alzó la vista y vio a una chica montada sobre el tembloroso y brillante lomo, aferrándose a las largas y negras crines.

¿Thora?

—¡Oddo! ¡Dúngal!

El caballo se detuvo lentamente. Se oyó un ladrido y *Peluda* surgió de las sombras. Se lanzó sobre la pared de la pocilga, meneando desesperadamente la cola.

—Thora, ¿qué demonios...?

Oddo saltó el muro, y cuando el caballo negro piafo y resopló, retrocedió enseguida. Atónito, vio que Thora le acariciaba tranquilamente el cuello y luego buscaba una esquina anudada de su capa. Sacó una flor, se inclinó hacia delante y la introdujo entre los rechinantes dientes del animal. Éste soltó un débil relincho y bajo la cabeza para masticar.

—¡Rápido! —dijo Thora—. ¡Subid!

—¡No! —Dúngal agarró a Oddo del brazo—. Es el caballo de los *sídaigi*. ¡Mira!

Señaló abajo con un dedo trémulo. La tierra se rizaba como si estuviera cubierta de olas. Había una infinidad de figuritas, apenas más sólidas que sombras, correteando por la superficie.

—¿Qué son? —preguntó Oddo en un susurro.

—Los *sídaigi*. La gente menuda. Si podemos verlos es porque esta noche será *Lugnasad*, cuando ellos vienen del Otro Mundo.

—¡Vamos! —apremió Thora—. Aprisa, antes de que vuelvan los guardias.

Oddo intentó avanzar hacia ella, pero Dúngal lo sujetaba con fuerza.

—No lo hagas —dijo—. Los *sídaigi* se pondrán furiosos.

—¿Por qué?

—¡Porque es su caballo! —soltó furibundo—. Su caballo mágico. No sé cómo se las ha arreglado Thora para montarlo, pero a ellos no les hará ninguna gracia. Y nosotros no les hemos dejado comida ni regalos ni nada. Ni siquiera tenemos ramas de serbal para protegernos.

—¡Aráندانos reventados! —exclamó Thora—. ¿Qué os pasa? ¿No queréis escapar?

Se deslizó de lomos del caballo, y Oddo, fascinado, observó que los *sídaigi* correteaban alrededor de los pies de ella como hace un río con una roca. Al instante siguiente, oyó los chillidos de los lechones en la pocilga, y al dar media vuelta vio que los *sídaigi* tiraban de sus rizados rabos. Al mismo tiempo se oyeron unos asustados mugidos procedentes del establo y sobresaltados cacareos en el gallinero.

Fue entonces cuando Oddo notó el primer hormigueo en los tobillos. Bajó la vista y vio a los *sídaigi* pululando a sus pies. En cuestión de segundos, sintió el contacto de miles de diminutos dedos trepando por los pantalones y la túnica, dando tirones y pellizcando, hasta llegar a la cabeza. Él saltaba y se retorció, tratando de quitárselos de encima, pero ellos se agarraban como lapas a una roca. Cuando los cogió para intentar arrancárselos, se le aferraron a los cabellos. *Peluda* daba vueltas, gañendo y tratando de morder a sus minúsculos torturadores. Dúngal vociferaba en irlandés.

—¿Cómo nos libramos de ellos? —preguntó Oddo a gritos.

—Creo —respondió Dúngal jadeando— que siguen a su caballo. —Soltó otra retahíla de maldiciones en su lengua—. ¡Hemos de desembarazarnos de la bestia!

—¡Pero yo la he traído para que podáis huir! —se lamentó Thora.

—¡Pues llévatela!

En ese instante, Oddo consiguió arrancarse del cabello uno de los *sídaigi*. Lo miró fijamente mientras el ser se retorció en su palma, y de repente desapareció. Notó una sensación de goteo que le recorría el cuerpo desde lo alto de la cabeza, y reparó en que los otros *sídaigi* estaban derramándose hacia abajo. Por breves momentos, el suelo volvió a estar cubierto por las pequeñísimas figuras apresuradas, y luego pareció como si se las hubiera tragado la tierra, como la nieve que se derrite al sol.

—¡Se han ido! —graznó Oddo.

Giró lentamente sobre sus talones. Había desaparecido incluso el caballo negro. Y al este asomaba en el cielo una minúscula franja de luz.

—Amanece —dijo Dúngal entre resuellos—. ¡*Lugnasad* ha terminado!

Entonces surgieron bramidos de cólera de la casa comunal. Los guardias salieron en tropel, con expresión avergonzada, en dirección a la puerta. Por toda la fortaleza,

más gente fue abandonando las casas. Todos miraron alrededor y se inició una animada cháchara.

Oddo se volvió hacia Thora, que estaba muy disgustada. Él sintió el impulso de abrir los brazos y estrujarla con fuerza, pero cuando Thora advirtió que él la miraba, le dirigió una sonrisa vacilante y se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—, al menos volvemos a estar juntos. Y ahora ¿qué vamos a hacer?

MFŠ NŠ↑Ø

28. Un trato con el rey



Oddo arrastraba el rastrillo por el heno formando un ordenado montón. Campo arriba y abajo, otros esclavos hacían lo mismo, y el aire del caluroso verano se llenaba de remolinos de polvo y del olor del heno. A su lado, Thora estornudó por centésima vez. Se sorbió la nariz y se pasó la mano por la enrojecida punta.

—¡Eh, tú, no gandulees! —Un fornido capataz la pinchó con su palo, como si ella fuera un caballo o una vaca.

A Oddo le rechinaron los dientes.

—¡Oddo! ¡Oddo, Señor del Viento!

Oddo sacudió la cabeza sorprendido. Un guardia, haciendo bocina con las manos, lo llamaba desde el límite del campo.

Dúngal asió el rastrillo de manos de Oddo y lo tiró al montón de heno.

—¡Venga, vamos a ver qué quiere!

Oddo lanzó una mirada preocupada a Thora, que forcejeaba con su pesada herramienta, y a continuación siguió a Dúngal hacia el vigilante que le había llamado.

—¿Qué pasa? —preguntó Oddo.

El hombre enarcó las cejas y alzó la voz asombrado.

—¿Tú eres el Señor del Viento?

Oddo asintió.

—El rey solicita el favor de una audiencia —declaró el guardia.

Cuando los chicos entraron en la casa comunal, el rey se volvió y miró fijamente a Oddo con sus ojos hundidos.

—De modo que tú, Oddo, el Señor del Viento, has hecho que mis vacas dejen de dar leche y que mis gallinas dejen de poner huevos. ¡Has aterrorizado a mis corceles y conseguido que a mi cerdo le dé asco su comida!

—Yo... no fue...

Oddo empezó a hablar, pero Dúngal le dio un codazo en las costillas.

—¡Parece que tienes otros poderes, aparte de dominar los cielos! —prosiguió el rey—. Me precipité al juzgarte y tú te has vengado. Si ahora te ofrezco una recompensa, ¿desaharás el hechizo?

—¿Qué clase de recompensa? —preguntó Dúngal antes de que Oddo tuviera tiempo de responder.

El rey arqueó las cejas.

—Seréis libres —anunció—. Si todo va bien, mañana podréis abandonar la fortaleza.

Agitó la mano con gesto autoritario mientras los chicos salían de la estancia de espaldas. Oddo agarro a su amigo del brazo.

—¿Por qué has dicho esto? —le dijo en voz baja—. ¡Sabes que no soy yo quien ha trastornado a los animales, sino los *sídaigi*!

—¿Y qué? Gracias a eso has conseguido lo que querías.

—¿Estás loco? ¡Ahora tengo que deshacer los hechizos! ¿Cómo voy a hacerlo?

Dúngal ahogó una risita.

—Éste es el truco —dijo—. Lughnasad se ha acabado, ¿recuerdas? Los *sídaigi* se han marchado, así que de todos modos los hechizos desaparecerán. Mañana todo volverá a su estado normal. Las vacas darán leche, las gallinas pondrán huevos. Todo el mundo estará contento. Saldremos de aquí. ¡Y yo regresaré a mi casa!

Aquella noche fueron invitados a un banquete en la casa comunal. Después, a Oddo se le ofreció una cama primorosamente labrada y a Dúngal un sitio en el suelo junto al fuego. Se miraron el uno al otro. Thora y *Peluda* estarían esperándoles junto a la porqueriza.

—Te... tengo que salir. Para deshacer el hechizo —murmuró Oddo.

Peluda los vio acercarse y soltó un ladrido de bienvenida.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué quería el viejo Yvar? —preguntó Thora cuando se dejaron caer pesadamente a su lado.

—Espera —dijo Oddo jadeando—. Primero, ahora que nadie nos oye, explícanos cómo amansaste ese caballo.

Thora sonrió burlona.

—Sólo con hierbas —contestó.

Oddo la miró fijamente y meneó la cabeza.

—No sé cómo te atreviste a acercarte tanto —dijo—. ¡Y... montarlo!

—Lo hice para rescataros —explicó Thora, que luego puso mala cara—. No sabía que los *sídaigi* me seguirían.

—Donde van los caballos negros, allá van los *sídaigi* —explicó Dúngal. Luego soltó una carcajada—. ¡Por suerte! —farfulló—. ¡El rey se ha asustado de veras!

—¡Tenías que haber visto a Dúngal! —terció Oddo—. ¡Se ha atrevido con el rey!

Entre risitas y exclamaciones, le contaron a Thora la petición de Dúngal y la promesa del rey. Después se acurrucaron los tres muy juntos y cerraron los ojos.

A su alrededor, la fortaleza se preparaba para la noche. El humo de la chimenea se iba extinguendo. Las voces se fueron convirtiendo en murmullos hasta que reinó el silencio. Los únicos sonidos eran el ocasional resoplido de un caballo en el establo y el gruñido de la cerda en la pocilga.

El sol desapareció tras el horizonte.

¡*Clooc, clooc, clooc!* Los asustados gritos de las gallinas quebraron el

silencio. Alborotadas en los palos, batiendo las alas, empezaron a corretear por el patio. De los establos surgió una andanada de relinchos. Aterrados, los caballos aporreaban las puertas de madera con los cascos. En el mismo instante, las vacas comenzaron a mugir, los lechones chillaron en la porqueriza, y por todo el recinto los perros se pusieron a ladrar de miedo.

Oddo asió a Dúngal y apretó la cara contra la pequeña y pecosa nariz.

—¡Me dijiste que los *sídaigi* se habían ido! —grito.

Dúngal apartó a Oddo.

—No puede ser cosa de los *sídaigi* —replicó—. ¡Mira! —Se volvió y señaló sin ton ni son—. ¡Date cuenta, no hay ninguno!

—¡Serán invisibles, estúpido cerebro de mosquito! —Oddo le agarró del cabello—. ¿No los oyes? —Miró a Dúngal desesperado—. El hecho de que sólo aparezcan en la... noche de la luna o como se llame no significa que... ¡Naturalmente, si están lo bastante enfadados, habrán regresado!

—¿Enfadados? ¡Están que se suben por las paredes! Vosotros, idiotas vikingos, no les habéis dejado ni un solo regalo.

A medida que la gente salía de los edificios de alrededor, los gritos humanos se añadían a los chillidos y gruñidos. Las llamas de las antorchas oscilaban, vacilantes.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? —preguntaban todos a voces.

Oddo se dejó caer pesadamente y escondió la cara entre las manos.

—Y ahora ¿qué va a decir el rey? —gimió.

—Yo todavía tengo manzanilla —gritó Thora, que saltó la pared de la pocilga y sacó el pañuelo de lana anudado que había dejado tirado tras el pesebre—. ¡Si encontramos ese caballo negro, acabaré con esto!

—¡Yo lo encontraré! —dijo Dúngal, y se precipitó hacia las sombras.

Oddo miró a Thora.

—Si no vemos a los *sídaigi*, tampoco veremos su caballo —dijo.

—Pero tú eres mago. ¡Tú has de verlos!

Oddo meneó la cabeza. En ese momento, tras ellos se produjo un chasquido sordo, como el de una lanza golpeando el suelo. Oddo vio que Thora abría los ojos desmesuradamente. Se volvió.

—Lo has dejado muy claro —dijo la voz del rey Ivar. El rostro ceñudo, sombrío y curtido brillaba a la luz de las antorchas de los guardias. Se peinaba la barba con los largos y huesudos dedos, que de pronto se retorcieron y se soltaron—. Ya he comprendido que he de ofrecerte una recompensa mejor para convencerte de que deshagas el hechizo. —Extendió la mano y alzó con fastidio un extremo de la capa de Oddo—. Tal vez ropa nueva —añadió—. Ésta ya no es apropiada para alguien de tu categoría. Tira este andrajo al montón de estiércol y permíteme ofrecerte mi propia capa. Está tejida con seda hilada en las Tierras del Este.

—¡No! —Oddo agarró la piel de cabra y retrocedió un paso.

Notó que Thora también cogía la capa desde el otro lado.

—¡Oddo, ésta es la piel de cabra!

Se volvió para mirarla.

—¿Y qué?

—¿Es que no lo entiendes? —Se inclinó para susurrarle al oído—. Hazte invisible, bobo, y entonces quizá puedas ver otras cosas invisibles.

Oddo miró y luego se dirigió al rey, que seguía hablando con tono pomposo.

—... Un barco —iba diciendo— cargado con lo que deseas... barriles de trigo, balas de lanas, plata... oro...

Hizo una pausa, a la espera de una respuesta.

Oddo se limitó a mirarlo unos instantes; acto seguido, asió la piel de cabra y se la colocó sobre la cabeza.



29. ¡Aprisa!



El rey Yvar y sus guardias retrocedieron con los ojos desorbitados como tres peces varados en la playa. Cuando se refugiaron en la casa comunal, Thora esbozó una mueca de satisfacción.

Al cabo de un instante, Dúngal se presentó como una bomba.

—No lo encuentro —dijo entre jadeos—. En el establo hay un caballo negro, pero no es el que buscamos. —Se calló y miró en derredor—. ¿Dónde está Oddo?

Thora rió entre dientes.

—Se ha vuelto invisible —explicó—. Está buscando a los *sídaigi*.

—De hecho, aún estoy aquí —intervino la voz de Oddo.

Dúngal y Thora soltaron un chillido de entusiasmo.

—Bueno, ¿los ves o qué? —preguntó Thora.

Hubo una pausa. Notó que Dúngal la agarraba del brazo.

—Creo que sí —dijo Oddo—. Sólo... tenues... imágenes. —A medida que se alejaba, su voz se fue apagando.

—Encuentra el caballo —gritó Thora.

Esperaron con la respiración entrecortada. Pasó un guardia, que los apartó bruscamente a un lado. De repente, se apagaron las antorchas y los gritos humanos cesaron.

—Se están escondiendo —dijo Thora.

—Tienen miedo —señaló Dúngal, sonriendo satisfecho.

—¡Ojalá Oddo se dé prisa!

Los lechones chillaban a pleno pulmón. Thora echó un vistazo a *Peluda*, que aullaba lastimeramente encogida en el suelo.

—No pasa nada, *Peluda*. Oddo nos salvará.

Thora se agachó para acariciar el lomo de la perra y tuvo la impresión de que por su mano correteaban unos pies diminutos. Se estremeció y se puso en pie al punto.

Se oyeron pasos apresurados y Oddo apareció súbitamente frente a ellos, quitándose la capucha y resollando.

—Ya viene —dijo sofocado—. ¡Rápido, Thora! ¡Las hierbas!

—Pero... yo no lo veo... ¡Me pisará, me aplastará! Creía que tú...

Oddo giró sobre sus talones y volvió a ponerse la capucha.

—¡No sé qué hacer! —gritó—. ¡Aprisa!

La bestia se abalanzaba sobre ellos y Thora notó que la tierra vibraba. Cogió el pañuelo y empezó a desanudarlo.

—¡No logro deshacer el nudo!

—¡Aprisa!

Thora lo pilló con los dientes y tiró con fuerza. La tela se rasgó, y Dúngal se apresuró a coger las flores cuando ya caían.

—Toma. —Se las alcanzó a Thora, que notó la mano temblorosa de él.

Se oía un retumbo sordo, como si la criatura estuviera piafando. De pronto el ruido cesó y Thora comprendió que el caballo se estaba empinando, y que los enormes cascos estarían agitándose por encima de su cabeza. Se dispuso a retroceder, pero tenía las piernas inmovilizadas contra la pared de la porqueriza. Tendió la mano, en la que guardaba las flores con centros amarillos y pétalos blancos. Delante de ella, la tierra parecía estallar. Se notaba un calor abrasador.

Las flores desaparecieron.

—¡Rápido! —Thora alzó los brazos, palpó el imponente y musculoso cuello y pasó la mano por el palpitante costado—. Ayúdame a subir. ¡Deprisa, no tengo más flores!

—¿Qué?

—¡Aprisa!

Se agarró a las crines y se subió a la enorme e invisible mole. Tenía la pierna medio colocada sobre el lomo del monstruo cuando notó que éste se levantaba. Se vio lanzada al aire, los brazos casi descoyuntados. Cuando el animal bajó con estrépito, ella sintió como si todos los huesos del cuerpo le traquetearan, mientras la bestia se dejaba caer de nuevo al suelo.

—¡Suéltale! —gritaba Oddo—. ¡Bájate!

—¡No! —chillaba ella.

—¡Te matará!

Pero ahora Thora ya estaba sentada a horcajadas, alborozada. Alzó los talones y golpeó los ijares del caballo con todas sus fuerzas. Notaba como si sus pies se estrellaran contra un muro de hierro, pero un temblor recorrió el cuerpo de la criatura, y al instante siguiente ya iba lanzada. Thora percibía las llamas de las cuencas oculares fluir hacia atrás, quemándole las mejillas, chamuscándole el pelo. Oía a *Peluda* correr a la zaga, ladrando agitada. Pasaron a toda velocidad frente a la casa comunal, desparramando un montón de leña y atravesando un pajar descubierto. Thora se sacudió el heno de los ojos, y entonces vio que delante surgía amenazadora la puerta de madera. Alcanzó a ver troncos atados con correas en estacas rotas. De repente notó que, debajo de ella, los músculos se contraían y acto seguido el inmenso caballo se lanzó sobre la puerta. El impacto fue tal que Thora se soltó y voló por los aires gritando.

I MS↑F MS ↑F R↓↑F

30. Tesoro



—Ya no los veo —dijo Oddo, cuando el último parpadeo de las bolas de fuego desapareció a lo lejos.

Durante unos instantes aún alcanzó a oír el ruido de los cascos y los frenéticos ladridos de *Peluda*; después, también éstos se desvanecieron.

—¿Y los *sídaigi*? —preguntó Dúngal.

Oddo miró al suelo y vio una onda, una especie de ola al retirarse de la playa. Era la gente menuda, que iba en tropel tras el caballo.

—Se marchan —dijo.

Hubo un silencio.

—Los lechones ya no gritan —señaló Dúngal.

Oddo prestó atención. Tampoco se oían aullidos ni cascos golpeando. Los mugidos y balidos fueron cesando poco a poco. Las gallinas revolotearon y cacarearon por última vez y volvieron a sus palos.

Oddo exhaló un suspiro y se quitó la capucha.

—Esta vez sí se han ido —dijo Dúngal.

—Sí —confirmó Oddo, pero no estaba pensando en los *sídaigi*. Observó la tranquila y oscura fortaleza. Sin Thora, le parecía muy, muy vacía.

—Ahora vayamos a reclamar la recompensa —sugirió Dúngal.

Oddo lo miró, pero ninguno de los dos sonrió. Ambos se estaban imaginando a una chica arrojada a la oscuridad a lomos de un monstruo invisible.

—Vino a rescatarnos —susurró Oddo—, y lo ha conseguido.

Se agachó a recoger la capa de Thora, rota y pisoteada. Una flor de manzanilla se deslizó y cayó al suelo. Oddo la miró fijamente con los ojos anegados en lágrimas.

—Quedaba otra flor —murmuró.

Cuando al cabo de unas horas los guardias le sacudieron el hombro, Oddo estaba dormido junto a la pared de la porqueriza, abrazando estrechamente la ropa de Thora. Se levantó aturdido y despertó a Dúngal con el pie.

—El rey quiere vernos —masculló.

En la casa comunal todas las lámparas estaban encendidas, y en la mesa con mantel blanco brillaban fuentes doradas con joyas incrustadas. El rey se puso en pie y

los observó acariciándose la larga barba.

—¿Y bien? —preguntó.

—El hechizo ha quedado sin efecto —dijo Oddo con aire cansado—. Tendrás otra vez tu leche y tus huevos.

—Ah. —La boca del rey se crispó—. Entonces, por favor... ¡comed! —Hizo un gesto indicando la mesa.

Oddo y Dúngal se arrellanaron en el banco de madera y al instante unos esclavos anduvieron de un lado a otro llenándoles los platos de comida.

—Tal vez alguien podría cuidar de vuestras... eh... pertenencias —comentó el rey Yvar.

Oddo dio un respingo y reparó en que aún tenía sujeto el andrajoso fardo de Thora. Lo dejó al lado, cogió un trozo de excelente pan de trigo y dio un mordisco.

—Cuando estéis preparados —prosiguió el rey—, iremos al río y escogeréis vuestro barco.

Oddo contempló los montones de deliciosos alimentos que quedaban intactos en las bandejas y luego miró a Dúngal. De común acuerdo, tragaron sus bocados a medio masticar y se pusieron en pie.

—¡Vamos! —dijo Oddo.

Cuanto antes salieran de la fortaleza, antes averiguarían qué le había pasado a Thora.

En cuestión de breves minutos estuvieron sentados en el *drakar* real con sus remeros, todos vestidos de escarlata y oro, doblando la curva del río. Nuevamente se hicieron visibles los barcos en la rada oscura.

—Escoge uno que no sea demasiado grande —susurró Dúngal—. No tenemos tripulación.

Oddo asintió.

Se deslizaron lentamente entre los anchos cargueros y las amenazadoras proas de los barcos de guerra. Oddo señaló la nave más corta y rechoncha. La recogida vela era de alegres rayas rojas y blancas.

—¡Ése! —dijo.

En la boca del rey se formó una mueca de desdén.

—Llenad la bodega de pieles y vino, aceite y oro —ordenó.

—Que se den prisa, por favor —dijo Oddo.

—Así se hará.

—Embarcaremos enseguida —añadió Oddo—. Y en cuanto todo esté listo, saldremos a la mar.

—¿Necesitáis tripulación?

Oddo negó con la cabeza.

En la cara del rey se dibujó una amplia sonrisa.

—Naturalmente. Tú puedes controlar el viento y las olas —dijo con una risita—. Con esta embarcación pequeña los dos ya os arreglaréis, ¿no?

Oddo tamborileaba impaciente con los dedos a medida que las mercancías iban pasando por la cadena de fornidos criados y subiendo a bordo.

—¡Mira todo esto! —exclamó Dúngal.

Cogió una piel de color de mantequilla y se la echó a los hombros. Después asió una bandeja dorada y la movió para que las pulidas superficies brillaran a la luz del sol. Pero Oddo miraba cómo apretujaban en la bodega la última jarra de grasa de foca.

—¡Ya está! —gritó—. ¡Izad velas!

Miró al cielo y señaló impaciente río abajo, llamando al viento. Las rayas blancas y rojas empezaron a ondear, y el pequeño carguero se deslizó por el agua.

—¡Cuando hayamos doblado la curva, echaremos el ancla y buscaremos a Thora! —chilló Oddo.

—¡Y al padre Connlae! —dijo Dúngal.

Oddo parpadeó. Casi se había olvidado del sacerdote.

Dejaron atrás los altos muros de la fortaleza y apareció ante su vista el mercado de esclavos. Los dos muchachos permanecieron en silencio mientras contemplaban las indignantes hileras de hombres, mujeres y niños encadenados. Por el rabillo del ojo, Oddo advirtió que a Dúngal le temblaba la mandíbula.

—¡Espera! —gritó—. Acerquémonos. —Saltó a tierra y alargó la mano—. Pásame algo de la carga —dijo—. ¡Vamos a comprar a todos estos esclavos!

En cuestión de minutos, aquello fue un caos. Los cautivos reían, chillaban y soltaban vítores mientras Oddo los liberaba uno por uno. Después desaparecieron en el laberinto de calles, y los comerciantes vikingos se quedaron mirando perplejos su mercado vacío. Uno era el capitán Snari, que fulminó a Oddo con una mirada recelosa.

—¿De dónde has sacado todas esas riquezas?

—Es sólo una recompensa —contestó Oddo con suficiencia—. Por la magia. — Snari frunció el ceño—. Bueno, debo regresar a mi barco.

Pero en cuanto se volvió, advirtió un movimiento fugaz en una callejuela oscura. Un brazo extendido le hizo señas. Él dudó, pero acto seguido se acercó sigiloso con el corazón en un puño. Con una tremenda decepción, vio surgir de las sombras la figura del padre Connlae.

Después oyó un ladrido apagado a lo lejos.

Oddo echó a correr y sus pies parecieron volar sobre los guijarros. Tras dejar atrás al sacerdote, escudriñó el callejón. Hubo otro ladrido. Apareció *Peluda* correteando. Y detrás del animal, alguien con el pelo corto y del color de la miel y una sonrisa inmensa y satisfecha.

—¡Lo habéis logrado! —gritaba—. ¡Habéis salido!

Mientras corría hacia ella, Oddo notó que las lágrimas le caían por las mejillas. Apenas era consciente de que *Peluda* daba vueltas a su alrededor, alborotada.

Llegó junto a Thora y la tomó de los brazos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó tartamudeando.

Thora se encogió de hombros, pero Oddo observó con preocupación las magulladuras y los arañazos que su amiga tenía en la cara.

—Me caí cuando nos estrellamos contra la puerta. Después sólo recuerdo al padre Connlæ inclinado sobre mí. Había supuesto que yo iría a la fortaleza y me esperaba fuera. No te apures, ya no me duele. —Señaló los rasguños—. He tomado unas hierbas.

Oddo empezó a reír entre dientes y pensó que ya no iba a poder parar. Cogió a Thora de la mano y tiró de ella hacia el mercado.

—¡Aguarda! Por ahí anda el capitán Snari. Me verá y...

—¡No importa! —dijo Oddo riendo—. No puede hacer nada. ¡Soy Oddo, el Señor del Viento, recuerda! Vamos. —Cuando atravesaron la vacía plaza del mercado, Oddo buscó con la vista al capitán—. ¡Eh, Snari! —gritó. Se quitó del brazo un brazalete de oro y lo arrojó al aire—. ¡Esto es por mis amigos! ¡Thora y el padre Connlæ!

Él y Thora estallaron en carcajadas, e incluso el sacerdote pareció entender la broma. Estaba ahogando una risita cuando Oddo y Thora le cogieron las manos y, llevándolo casi en volandas, se precipitaron al barco.

Al verlos, Dúngal se puso a bailar entusiasmado; Thora se inclinó sobre la borda, boquiabierta ante los tesoros de la bodega.

—Tienes suficientes riquezas para pagar los tributos al rey Harald cada año durante el resto de tu vida —exclamó ella.

—Ah, no —replicó Oddo—. Ese canalla avaricioso no tocará nada de esto.

—¿Entonces...? —Thora lo observó con ojos muy abiertos, interrogativos.

Él sonrió radiante de satisfacción e hizo un gesto con la cabeza.

—Ahora tenemos un barco. ¡Podemos recoger a nuestras familias y luego ir a donde queramos!

—¡A la Tierra del Hielo! —susurró Thora.

—¡A la Tierra del Fuego! —dijo Oddo.

<M ↑M FMMMMFF

31. El Jinete de las Tormentas



—Pero primero me dejaréis en casa, ¿no? —preguntó Dúngal preocupado.

Los otros dos se volvieron y lo miraron sin comprender.

—Yo... olvidaba que no venías con nosotros —dijo Oddo.

—¿Cómo que olvidabas? ¡Hemos venido aquí para eso!

—Lo sé. Pero han pasado muchas cosas, hemos sido esclavos y hemos vivido muchas aventuras. Me resulta raro dejarte ahora atrás.

—Pues claro que te llevaremos a tu casa si quieres —señaló Thora—. Y también al padre Connlae.

—Comparado con aquel cascarón de *curach*, en un barco de verdad será muy fácil —soltó Oddo.

Dúngal sorprendió a Thora mirándolo con cierto reproche.

—Dúngal fue muy hábil al construir aquel bote —protestó ella.

Le cambió la cara cuando Oddo y Dúngal rompieron a reír y ella se dio cuenta de que le estaban tomando el pelo.

—Vamos, ¿a qué estamos esperando?

Saltó al interior por la borda. Dúngal iba a seguir detrás, pero el padre Connlae lo detuvo.

—Es hora de despedirme.

—Pero... ¿no vienes con nosotros?

—No, hijo mío. Me he encontrado con hermanos que están viajando a un nuevo monasterio, y mi sitio está con ellos. Pero gracias por traerme a casa, a Ériu, os bendigo a todos. —Puso su temblorosa mano sobre la cabeza de Dúngal.

—El padre Connlae no viene —explicó Dúngal a los otros.

Oddo y Thora se inclinaron sobre la borda y el sacerdote levantó la mano, que posó en una cabeza y luego en la otra. A continuación se agachó y acarició a *Peluda*. Cuando se incorporó estaba sonriendo, pero se apreciaban lágrimas en sus claros ojos azules.

—¡Adiós!

Al cabo de unos minutos, los tres amigos gritaban alegres y entusiasmados mientras salían del Liffey y regresaban al mar.

—¡No queda lejos! —señaló Dúngal.

Pusieron rumbo al sur a lo largo de la costa. La alta proa se mecía mientras el pequeño barco avanzaba y oscilaba.

—Eh, ¿cómo se llama el barco? —preguntó Thora.

Dúngal y Oddo se miraron.

—No caí en preguntarlo —dijo Oddo.

—Entonces hemos de ponerle uno. ¿Qué tal *Alcatraz*?

—¡Ni hablar! —soltó Oddo estremeciéndose ante el recuerdo de su último cambio de forma. De repente en su cara apareció una amplia sonrisa—. ¿Y *El Jinete de las Tormentas*? Desataré una tormenta que nos lleve a casa. ¡Agarraos fuerte!

Todos soltaron una exclamación cuando el viento se desató y la embarcación se deslizó sobre las olas.

—¡Mirad cómo está el mar! —chilló Thora, mientras las blancas crestas de espuma se estrellaban contra ellos. Se desplegó la vela y se tensaron las jarcias—. ¡Cuidado, que aquí vienen los jinetes de las tormentas!

En la proa, *Peluda* ladraba alborotada ante las olas. Pero Dúngal fruncía el entrecejo. El pequeño barco se estaba escorando demasiado.

Instantes después pareció tambalearse y el agua entró por los agujeros de los remos. Se oyó un inquietante sonido de chapoteo de agua en cubierta. En vez de cabecear con las olas, *El Jinete de las Tormentas* empezó a dar bandazos perezosamente.

—¿Qué pasa?

Dúngal saltó a la bodega, y con gran sorpresa suya cayó en un charco. El agua helada se le arremolinaba en torno a los tobillos. ¡Con tanto peso yendo de un lado a otro en su interior, no era extraño que *El Jinete de las Tormentas* perdiera el equilibrio! Agarró un plato dorado que flotaba y se puso a achicar.

—Venid —chilló—. Ayudadme.

Oddo se agachó a su lado. El barco batió otra ola, y los dos observaron consternados que el agua se filtraba por entre las tablas.

—¡Estamos haciendo agua! —Cuando el barco se escoró, vieron una grieta de luz en la tablazón—. ¡Ahí está el agujero! —Dúngal agarró a Oddo de la manga—. Oddo, detén el viento. Será mejor que nos dirijamos hacia la costa antes de hundirnos.

Thora los observaba con semblante inquieto.

—No podemos desembarcar aquí. Es demasiado rocoso.

El Jinete de las Tormentas volvió a escorarse y los chicos se vieron arrojados por la bodega. Dúngal derribó un montón de pieles y cayó en un charco.

—¡Achicad! —gritó.

Ahora Thora estaba a su lado. Asió un cáliz enjovado y lo llenó de agua, pero cuando intentó levantar el peso por encima de la borda le temblaron los brazos. Un segundo después se cayó hacia atrás con el agua derramándosele sobre la cabeza

cuando *El Jinete* se ladeó de nuevo.

—Es inútil —chilló—. Hemos de repararlo. Oddo, tapaste los agujeros de *El Cormorán*. ¿Por qué no puedes arreglar éste?

—¿Y cómo voy a salir del barco? ¿No te has dado cuenta de que estamos en medio del mar?

—¡Pues repáralo desde dentro!

—No saldrá bien.

—¡Inténtalo!

Apretando los labios, Oddo arrancó un puñado de pelos de una de las pieles y los remetiÓ en el agujero con la punta del puñal.

—¡Ahí viene una ola grande! —avisó Dúngal, que miraba por encima de la borda. Todos observaron cómo la ola azotaba el casco. Dúngal contuvo la respiración.

—¡Funciona! —exclamó Thora.

Acto seguido, los pelos se salieron del agujero y entró agua.

—¡Ya te lo decía! —bramó Oddo.

Todos resbalaron por el barco, que no paraba de oscilar. Dúngal se estrelló de cabeza contra un barril de vino y se incorporó con dificultad; los ojos le escocían por las lágrimas.

—No he hecho este viaje para morir ahogado —protestó furioso—. Casi estaba en casa.

—¿No puedes arreglarlo? —preguntó Oddo—. ¡Construiste un bote entero!

—Si fuera un *curach*, sí. —Dio unas palmadas a las pieles húmedas—. Tengo todos estos cueros, pero...

—Eh, tú sabes nadar —señaló Thora.

—¿Y qué?

—Pues que puedes hacerlo desde fuera. Tú puedes tapar el agujero.

El mar se encrespó y *El Jinete de las Tormentas* se escoró. Esta vez no volvió a enderezarse.

—Muy bien. —Dúngal se puso en pie—. Dadme algunas pieles. —Hizo saltar la tapa de una jarra de arcilla y vertió un poco de grasa de foca en las peludas tiras—. Con esto conseguiré pegarlas y serán más impermeables.

Al intentar salir de la bodega, sus dedos cubiertos de grasa resbalaban sobre la madera. Oddo y Thora tiraron de él hasta que alcanzó el borde y quedó con las piernas colgando. Ella le pasó los pringosos trozos de piel, y mientras el barco se balanceaba y daba sacudidas, él se esforzó para sujetarse con una mano.

—Mete algo por el agujero —dijo resollando—, así sabré... —Perdió el agarre y resbaló al agua. El mar lo capturó y lo succionó, y a continuación lo lanzó contra el casco de madera. Dúngal se sintió como si le hubieran aplastado todos los huesos, pero por una razón u otra la piel seguía en su poder—. ¡Oddo, detén estas olas! —gritó.

HundiÓ la cabeza en el agua gélida. Bajo la superficie vería algo que le indicara

un movimiento relacionado con el agujero. Entrecerró los ojos en la verde y salada oscuridad.

«¡Vamos, Thora, vamos! —Unos trozos de piel se le escaparon de la mano—. ¡Date prisa!»

Vislumbró un parpadeo debajo. Se sumergió y buscó a tientas.

«¡Ay!»

Se pinchó la mano con una aguja de un prendedor. Dio un puñetazo en el costado del barco. La punta desapareció. Acto seguido, Dúngal rellenó el hueco lo más rápido que pudo con sus dedos titubeantes. Esperó un instante para comprobar que se quedaban en su sitio. Temblaba de frío, el mar le aplastaba la cabeza, el agua se le metía en los oídos y en la nariz. Empujó por última vez el bulto de piel para encajarlo y se impulsó pataleando con todas sus fuerzas. Arriba, arriba... Salió a la superficie y aspiró una bocanada de aire.

—¿Funciona? —preguntó.

Hubo una larga pausa, y empezó a chapotear desesperado. Entonces apareció la cabeza de Thora.

—¡Lo has conseguido!

Le tiraron una cuerda. La agarró y sintió que lo izaban en el aire. Rodó sobre la borda y se desplomó en cubierta.

—Seguid achicando —dijo entre jadeos—. Si no sacamos el agua, podemos hundirnos.

Se quitó de encima la piel que Thora trataba de pasarle por los hombros y se precipitó a la bodega. El agua le llegaba a las rodillas.

—Al menos has logrado que deje de entrar —dijo Oddo.

Peluda miraba desde cubierta, soltando ladridos de aliento mientras ellos achicaban el agua.

Finalmente Dúngal se incorporó y se frotó la espalda.

—¡Con esto bastará! —El suelo aún estaba húmedo, pero ya no se les arremolinaba agua entre las piernas y *El Jinete de las Tormentas* volvía a avanzar suavemente—. Bien, Oddo, y ahora ¿qué tal un viento fuerte? ¡Pongamos esto en marcha otra vez!

Los tres gatearon a cubierta mientras el barco navegaba. Esta vez, cuando Thora le tendió una piel, Dúngal la cogió y se acurrucó en ella.

—Dúngal —los dedos de Thora jugueteaban con la piel, arrugándola al revés—, ¿has de quedarte en Ériu? ¿No podrías venir con nosotros? —Alisó la piel otra vez—. Ahora eres un vikingo.

—¡Sí! ¡Tú eres mi hermano vikingo! —exclamó Oddo—. ¿Recuerdas? Te compraremos a Grimmr y serás libre.

Dúngal los miró.

—Podrías vivir en mi casa —añadió Thora—. ¡Allí hay tanta gente que nadie notaría la presencia de otra persona!

—No, mejor en la mía —terció Oddo—. Yo no tengo hermanos ni hermanas.

—Gracias —dijo Dúngal. Su voz sonó como un gracioso chirrido. Intentó tragar saliva, pero parecía tener un nudo en la garganta—. Pero, yo... soy de aquí.

Se puso en pie y fue a apoyarse en la borda.

—¡Ya casi hemos llegado! —gritó. Habían arribado a las amarillas playas de arena. Distinguieron redes de pesca y...—. ¡Espacio! ¡Espacio! —chilló.

Se protegió los ojos de la luz, entrecerrando los párpados para evitar el resplandor del sol poniente.

—¡Es... es... por allí!

Indicó triunfalmente la desembocadura del río. Cuando doblaron, fue como si estuvieran entrando en un río de fuego.

—¿Queda lejos? —preguntó Oddo.

—No.

Cuando el sol hubo desaparecido, buscó desesperado entre las sombras oscuras a lo largo de la orilla.

—Está anocheciendo —señaló Oddo—. Hemos de acercarnos.

—¡Espera! —suplicó Dúngal—. Sólo un poco más.

Pero finalmente estuvo demasiado oscuro para manejar el timón. Abatido y decepcionado, Dúngal siguió a los otros a la orilla del río.

—¡Cuidado, no resbaléis! —advirtió Thora—. Esta tierra está toda empapada.

—Ya lo sé —gruñó Dúngal.

Demasiado nervioso para sosegar, dormitó a ratos. Al amanecer, notó que una débil llovizna le acariciaba la cara.

Oddo se revolvió, abrió los ojos y miró ceñudo al cielo.

Dúngal le tapó la boca con la mano.

—No pares la lluvia —le rogó—. Aún no.

Thora y Oddo protestaron y se cubrieron la cabeza con la piel. Pero Dúngal se sentó con la espalda bien recta y dejó que la humedad le impregnara el cabello. Aspiró el agradable olor de la tierra mojada y escuchó el goteo de los árboles a su espalda. A lo lejos trino un chorlito.

—Esto es Ériu —susurró.

A medida que fue clareando, recorrió el familiar paisaje con la mirada. Ya se distinguían siluetas moviéndose en los campos, y en la lejanía alcanzó a ver el puntiagudo remate de un techo de paja por encima de la valla redonda de un poblado. Con la emoción se le hizo un nudo en el estómago. ¡Quizás era su casa!

—¿Ya puede Oddo detener la lluvia? —preguntó Thora—. Me estoy mojando y tengo frío.

—Sí, de acuerdo.

—Creo que deberíamos encender un fuego para calentarnos.

Dúngal la miró horrorizado. Ella rió.

—No te preocupes. Sólo era una broma. —Con la embarrada piel sobre los

hombros, Thora trepo a bordo—. ¡En la Tierra del Fuego, cuando tengamos frío podremos bañarnos en un lago caliente! —dijo.

Cuando se hicieron de nuevo a la mar, Dúngal miró desde la proa, expectante y nervioso. Doblaron una curva, y soltó un grito cuando se hizo visible el poblado circular de Finán Mac Taidhg.

—El siguiente...

¡Y allí estaba! Ya distinguía el bosquecillo de robles, la sonrosada cerda con la mancha negra hozando en busca de bellotas, y entre los troncos, los rastrojos y la cerca rodeada de hierba.

—¡Ahí está! —chilló—. ¡Estoy en casa! ¡Estoy en casa!

Thora se puso a su lado y le cogió la mano.

—Aquélla es Eithne.

Señaló emocionado a su hermana, vestida con su *léine*, que recogía leña agachándose entre los árboles. En ese momento, Eithne alzó la cabeza y descubrió el barco. Soltó un chillido, dejó caer el haz y apretó a correr.

—¡Eithne! —gritó él, pero ella no le escuchó—. ¡Párate! —Agitando decepcionado el puño, Dúngal observó que todos sus parientes se precipitaban aterrados al poblado—. Creen que somos asaltantes vikingos —dijo ahogando un sollozo.

Antes de que el barco tocara siquiera la orilla, Dúngal ya había saltado por la borda y corría tras su hermana. Pero en cuanto salió de los árboles de sopetón, vio nuevamente que era demasiado tarde. La rampa ya había sido retirada. Se apresuró hacia el extremo de la zanja, gritando hasta desgañitarse.

—¡Soy yo, Dúngal! ¡Mirad!

La puerta se abrió un poco y asomó una cabeza cautelosa.

—¡Dúngal!

Se oyó un chillido. La puerta se abrió del todo y toda la familia se reunió para verle.

—¿Cómo puedes ser tú? ¡Los vikingos te apresaron!

—Me he escapado —dijo Dúngal con una sonrisa satisfecha—. Y ahora, si volvéis a poner la rampa, podré entrar en casa.

F BIBIR AN<NØ TIMCØ

32. Epílogo



—Ahora sólo somos dos jinetes de la tormenta.

Oddo y Thora se quedaron callados, sin mirarse.

—Por lo menos lo llevamos a casa —musitó Thora—. Lo que él quería.

—Al principio ni siquiera me caía bien —dijo Oddo—. Y ahora... lo echaré de menos cada día. —Sus palabras terminaron en un hilo de voz; se frotó los ojos con el dorso de la manga.

El barco rozó la orilla.

—¡Vigila por dónde vas! —soltó Thora—. ¡No queremos echar a pique el barco antes de llegar a casa!

—¡No queremos echar a pique el barco antes de llegar a la Tierra del Fuego! —puntualizó Oddo.

Irguió la espalda y frunció el ceño en un gesto feroz. Estaban acercándose a la desembocadura del río. Llevó el timón con cuidado mientras *El Jinete de las Tormentas* daba sacudidas y se balanceaba en el agua encrespada, y enseguida estuvieron navegando en mar abierto.

—Bien. Ahora, una buena brisa. Y... a casa —dijo Oddo.

Inmovilizó el timón, apoyó la espalda en el mástil y cruzó los brazos.

Thora sonrió burlona y se puso a su lado.

—Así, ¿pasaremos por la casa de Gyda?

—¿Para qué?

—Ya lo sabes. Para buscar mi plata y...

Oddo solió un bufido apagado.

—No creo que necesitemos ya la plata.

Ambos contemplaron el botín amontonado en la bodega.

—Bueno, ¿pues qué te parece si le preguntamos sobre la noche en que nacimos?

Oddo torció el gesto.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué?

—Si averiguaras que tu familia no es realmente tu familia, ¿qué harías?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿se lo dirías a tus padres? ¿Cambiarías de casa, y de familia? ¿Irías a vivir con tus verdaderos parientes?

—Yo...

En la cabeza de Thora se formó una imagen de la ordenada y limpia casa de Oddo. Sigrid cocinando, en paz y tranquilidad, sin más momentos embarazosos porque ella no sabía hacer magia... Pero ¿y Ketil, Harald, Sissa y...?

—No, desde luego que no. No podría abandonar a mi familia. ¡Me necesitan! — Guardó silencio, sobresaltada por sus palabras.

—¡Exacto! En tu casa no necesitan a otro hechicero que ande enredando con la magia..., te necesitan a ti.

—El año pasado, cuando tenían que pagar los tributos, si no hubiera sido por mí los habrían echado a la calle.

—Y yo tampoco dejaría a mi familia —dijo Oddo—. ¿Qué haría mi padre sin mí? Mi magia le sirve de ayuda con los animales, las cosechas y todo lo demás.

—Pues entonces olvidémonos de Gyda. Regresemos a casa sin perder tiempo.

Thora meneó la cabeza.

—Además, ¿qué importa? Somos del lugar donde vivimos. —Hizo una mueca—. Supongo que por eso Dúngal quería quedarse en Ériu, con su familia. ¿Crees que volveremos a verle?

—¿Por qué no? Tenemos *El Jinete de las Tormentas*. Y yo soy el Señor del Viento. Podemos ir a donde queramos.

—Podríamos ver otra vez a los *sídaigi* —señaló Thora riendo entre dientes.

—Llevaremos a nuestras familias a la Tierra del Fuego. Les enseñaremos el lago que hierve y el hielo que quema.

—¡Y construiremos casas nuevas, donde no haya rey ni tributos!

—También podríamos visitar otras tierras.

Se volvieron para contemplar el mar. En algún lugar, más allá del horizonte, había más lagos desconocidos, y montañas, y gente. Y magia...



El futhark

Para leer o escribir palabras escritas en runas, hay que guiarse por su sonido. Los sonidos son los siguientes:

ƒ	f	ǰ	æ a/e
ᚢ	u	ᚱ	p
ᚦ	th	ᚹ	z
ᚱ	a	ᚵ	s
ᚱ	r	ᚰ	t
ᚨ	k	ᚷ	b
ᚨ	g	ᚺ	e
ᚱ	w	ᚻ	m
ᚱ	h	ᚲ	l
ᚦ	n	ᚫ	ng
ᚲ	i	ᚩ	d
ᚵ	j	ᚪ	o

¿Entiendes por qué el alfabeto se llama *futhark*?

Si escribes tu nombre en runas, tendrás poderes mágicos.



Anna Ciddor (Melbourne, Australia, 1957).

Es autora e ilustradora de libros infantiles. Empezó como profesora de matemáticas de la escuela superior, pero cuando se casó y tuvo hijos decidió intentar tener un libro publicado. Desde entonces ha escrito e ilustrado cincuenta y cinco libros sobre temas tan diversos como los vikingos, druidas irlandeses, la historia de Australia, viajes, etc...